

LA REVISTA DEL PLAN FÉNIX AÑO 6 NÚMERO 51 DICIEMBRE 2015

ISSN 1853-8819

VOCES

en el Fénix



LOS JÓVENES SON UNO DE LOS GRUPOS MÁS VULNERABLES. COMO SOCIEDAD DEBEMOS GARANTIZAR EL ACCESO IRRESTRICTO A SUS DERECHOS PORQUE DE ELLOS DEPENDERÁ EL FUTURO DE TODOS.

FEOS, SUCIOS Y MALOS

sumario

n°51

diciembre

2015

editorial

SER JOVEN. UN PROCESO
PLENO DE DIFICULTADES

Abraham Leonardo Gak

MARIO MARGULIS Juventudo juventudes. Dos conceptos diferentes 6 **MONICA BELTRÁN** Juventud: ¿Divino tesoro? O ¿Botín político? 14 **MARÍA DEL CARMEN FEIJÓO** Los Ni-Ni: una visión mitológica de los jóvenes latinoamericanos 22 **ANA WORTMAN** Los jóvenes: actores de la cultura emergente de Buenos Aires 32 **EDUARDO LÉPORE Y MARIANA ÁLVAREZ** La situación laboral de los jóvenes en la Argentina: diagnóstico actual y principales cambios en el período 2003-2014 40 **IRENE MELER** Juventudes, condiciones de vida y subjetividades 48 **JUAN CARLOS VOLNOVICH** Ritos y mitos sobre la iniciación sexual de los varones 56 **ALEJANDRA OTAMENDI** Los jóvenes y las violencias 62 **GABRIEL KESSLER** ¿Disminuye la desigualdad pero no el delito? 72 **SILVIA GUEMUREMAN** Jóvenes y sistema penal: de las leyes que no fueron y de las leyes que pueden ser. El espejo de Brasil 80 **EVA GIBERTI** Lucy, una joven inesperada 90 **JULIO SARMIENTO Y MARIANA CHAVES** Jóvenes y participación política: vaivenes de una relación compleja 96 **FORTUNATO MALIMACCI Y MARIELA MOSQUEIRA** Las múltiples formas del creer religioso entre los jóvenes argentinos 104

AUTORIDADES DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

Decano

Dr. César Humberto Albornoz

Vicedecano

José Luis Franza

Secretario General

Walter Guillermo Berardo

Secretaria Académica

Dra. María Teresa Casparri

Secretario de Hacienda y Administración

Contadora Carolina Alessandro

Secretario de Investigación y Doctorado

Prof. Adrián Ramos

Secretario de Extensión Universitaria

Carlos Eduardo Jara

Secretario de Bienestar Estudiantil

Federico Saravia

Secretario de Graduados y Relaciones Institucionales

Catalino Nuñez

Secretario de Relaciones Académicas Internacionales

Humberto Luis Pérez Van Morlegan

Director Gral. de la Escuela de Estudios de Posgrado

Catalino Nuñez

Director Académico de la Escuela de Estudios de Posgrado

Ricardo José María Pahlen

Secretario de Innovación Tecnológica

Juan Daniel Piorun

Secretario de Transferencia de Gestión de Tecnologías

Omar Quiroga

CONSEJO DIRECTIVO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

Claustro de Profesores

TITULARES

José Luis Franza
Juan Carlos Valentín Briano
Walter Fabián Carnota
Gerardo Fernando Beltramo
Luis Alberto Beccaria
Héctor Chyrikins
Andrés Ernesto Di Pelino
Pablo Cristóbal Rota

SUPLENTES

Domingo Macrini
Heriberto Horacio Fernández
Juan Carlos Aldo Propatto
Javier Ignacio García Fronti
Roberto Emilio Pasqualino
Sandra Alicia Barrios

Claustro de Graduados

TITULARES

Luis Alberto Cowes
Rubén Arena
Fernando Franchi
Daniel Roberto González

SUPLENTES

Juan Carlos Jaite
Álvaro Javier Iriarte

Claustro de Alumnos

TITULARES

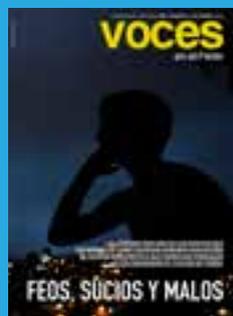
Mariela Coletta
Juan Gabriel Leone
María Laura Fernández
Schwanek
Florencia Hadida

SUPLENTES

Jonathan Barros
Belén Cutulle
César Agüero
Guido Lapajufker

Voces en el Fénix es una publicación del Plan Fénix

ISSN 1853-8819
Registro de la propiedad intelectual en trámite.



Los artículos firmados expresan las opiniones de los autores y no reflejan necesariamente la opinión del Plan Fénix ni de la Universidad de Buenos Aires.

staff

COMITE EDITORIAL

Eduardo Basualdo
Aldo Ferrer
Oscar Oszlak
Fernando Porta
Alejandro Rofman
Federico Schuster

COORDINACIÓN TEMÁTICA

Juan Carlos Volnovich

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Martín Fernández Nandín

PRODUCCIÓN

Paola Severino
Erica Sermukslis
Gaspar Herrero

CORRECCIÓN

Claudio M. Díaz

FOTOGRAFÍA

Sub [Cooperativa de Fotógrafos]

DISEÑO EDITORIAL

Mariana Martínez

DESARROLLO Y DISEÑO DEL SITIO

Leandro M. Rossotti
Carlos Pissaco

Córdoba 2122, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Teléfono 4370-6135. www.vocesenelfenix.com / voces@vocesenelfenix.com

SER JOVEN. UN PROCESO PLENO DE DIFICULTADES

Los y las jóvenes son uno de los principales grupos que forman parte de una sociedad. Si bien los límites que abarcan esta franja etaria son flexibles, podemos hablar de las personas comprendidas entre los 14 y los 29 años aproximadamente. Si entendemos que de entre ellos y ellas saldrá el grueso de la Población Económicamente Activa (PEA) de los próximos años, los dirigentes del mañana, los líderes sociales, económicos y culturales, es decir, surgirán quienes decidan el futuro de nuestro país, es fundamental prestar especial atención a sus necesidades y problemas y poder darles respuestas concretas.

Estas necesidades y problemas específicos van cambiando a lo largo de los tiempos y abarcan desde el vínculo familiar pasando por el acercamiento a la religión, la cultura y la política y hasta el modo en que se experimenta la primera relación sexual.

En los últimos años se produjo un resurgimiento muy marcado de la participación política, social y cultural de los jóvenes. Si bien desde el retorno de la democracia los jóvenes se acercaron al mundo de la participación política ya sea militando en colegios y universidades o a través de la militancia barrial, fue a partir de los hechos de diciembre de 2001 cuando los jóvenes recuperaron las calles de manera masiva con el objetivo de quedarse. Partidos políticos, agrupaciones, asambleas, organización sociales y políticas, todos se vieron beneficiados con la participación arrolladora de la sangre joven; nuevas prácticas y nuevas ideas se hicieron presentes allí donde había algo para construir o discutir.

A pesar de estos avances que son alentadores, vemos con preocupación que sigue habiendo cuentas pendientes de suma importancia, las principales: el acceso al mundo del trabajo y la estigmatización que muchos jóvenes sufren vinculada a la violencia y al delito.

Sobre el primer punto, podemos decir que es un problema constante y hasta el momento sin una solución firme y de base. Los y las jóvenes siguen siendo uno de los grupos más afectados a la hora de conseguir un trabajo. La mayoría de quienes lo tienen, lo consiguen de manera temporal, precaria y mal paga. Esto muchas veces está vinculado a una insuficiente trayectoria educativa, pero no es la única causa, ya que es un fenómeno que se replica a nivel global. Lo cierto es que no hay una solución mágica y que las políticas implementadas en los últimos años al respecto no dieron los resultados deseados.

Respecto de la vinculación de los jóvenes con las situaciones de inseguridad, su resolución resulta más compleja. Por un lado, una franja importante de la sociedad percibe a los jóvenes como uno de los elementos principales de los problemas vinculados a la inseguridad, sin cuestionar y sin comprender siquiera la complejidad que alberga la problemática de los delitos cometidos por este grupo etario. Por otro lado, las carencias en el área de educación y trabajo, o en lo que se refiere a la contención familiar, convierten a estos grupos en sectores marginados y desamparados haciendo muy difícil, aunque desde ya no imposible, revertir esta condición que muchas veces lleva a los jóvenes a delinquir.

Los consensos sociales negativos con respecto al tema de la seguridad contribuyen a que los miembros de una comunidad eviten comprometerse y colaborar en la elaboración de políticas que estén a la altura de la complejidad que tiene una problemática tan sensible para el conjunto de la población.

Insistimos con lo crítico de esta situación combinada, ya que como decíamos al inicio de estas líneas, de este grupo saldrán los líderes del mañana, y si no podemos garantizar como sociedad la igualdad de oportunidades, de acceso a la educación y al trabajo, difícilmente podamos construir una sociedad inclusiva y vivible para todos y todas. Es una responsabilidad de todos, pero principalmente del Estado, garantizar, a partir de la cobertura de educación, trabajo, salud y seguridad y respeto al medio ambiente, y de los adultos que estamos hoy marcando y definiendo hacia dónde vamos como sociedad, para asimismo poder gozar de nuestros derechos y garantías, desarrollándonos integralmente como personas.

ABRAHAM LEONARDO GAK
(DIRECTOR)





HOY EN DÍA HAY DISTINTAS MANERAS DE SER JOVEN, LAS JUVENTUDES SON MÚLTIPLES. ESTA ETAPA DE LA VIDA, QUE PUEDE ENTENDERSE COMO UN PERÍODO DE PERMISIVIDAD, UNA ESPECIE DE ESTADO DE GRACIA, ALEJADO DE LAS PRESIONES Y EXIGENCIAS QUE PESAN SOBRE LOS ADULTOS, ESTÁ ATRAVESADA POR DISTINTOS COMPORTAMIENTOS, REFERENCIAS IDENTITARIAS, LENGUAJES Y FORMAS DE SOCIABILIDAD. ¿ES LO MISMO SER HOMBRE JOVEN QUE MUJER JOVEN? ¿ES LO MISMO SER JOVEN DE CLASE BAJA QUE JOVEN DE CLASE MEDIA ALTA? ESTOS SON ALGUNOS DE LOS INTERROGANTES.

JUVENTUD O JUVENTUDES. DOS CONCEPTOS DIFERENTES



por **MARIO MARGULIS**. *Sociólogo, Profesor Emérito de la Facultad de Ciencias Sociales - UBA*

Edad y sexo han sido utilizados históricamente como base de las clasificaciones sociales. Pero en la sociedad contemporánea la noción de juventud resiste a ser conceptualizada partiendo únicamente de la edad, a ser reducida a mera categoría estadística. De hecho no hay “juventud” sino juventudes. Se trata de una condición históricamente construida y determinada, cuya caracterización depende de diferentes variables, siendo las más notorias la diferenciación social, el género y la generación.

En la sociedad actual los enclasmientos por edad no se traducen en competencias y atribuciones uniformes y predecibles. Hay distintas maneras de ser joven en el marco de la intensa heterogeneidad que se observa en el plano económico, social y cultural. No existe una única juventud: en la sociedad actual las juventudes son múltiples, variando, por ejemplo, en relación con características de clase, el lugar donde viven o la generación a que pertenecen y, además, la diversidad, el pluralismo, el estallido cultural de los últimos años se manifiestan privilegiada-

mente entre los jóvenes que ofrecen un panorama sumamente variado y móvil que abarca sus comportamientos, referencias identitarias, lenguajes y formas de sociabilidad. Juventud es un significante complejo que contiene en su intimidad las múltiples modalidades que llevan a procesar socialmente la condición de edad, tomando en cuenta la diferenciación social, la inserción en la familia y en otras instituciones, el género, el barrio o la microcultura grupal.

La noción de juventud, en la medida en que remite a un colectivo extremadamente susceptible a los cambios históricos, a sectores siempre nuevos, siempre cambiantes, a una condición que atraviesa géneros, etnias y capas sociales, no puede ser definida con un enfoque positivista: como si fuera una entidad acabada y preparada para ser considerada foco objetivo de una relación de conocimiento. Por lo contrario, “juventud” como concepto útil, debe contener entre sus capas de sentido las condiciones históricas que determinan su especificidad en cuanto objeto de estudio.



“Juventud” alude a la identidad social de los sujetos involucrados. Identifica, y ya que toda identidad es relacional, refiere a sistemas de relaciones. En este caso a las identidades de cierta clase de sujetos, en el interior de sistemas de relaciones articuladas (aunque no exentas de antagonismos), en diferentes marcos institucionales (familia, fábrica, escuela, partido político, etc.). El concepto “juventud” forma parte del sistema de significaciones con que, en cada marco institucional, se definen identidades. La **edad**, categoría tributaria del cuerpo, no alcanza para abarcar el significado de la noción de juventud y menos aun para predecir las características, los comportamientos y las posibilidades de los “jóvenes” en la sociedad actual. Al hablar de juventud estamos hablando del tiempo, pero de un tiempo social, un tiempo construido por la Historia y la Cultura como fenómenos colectivos y, también, por la historia cercana, la de la familia, el barrio, la clase. Por otra parte la diversidad, la pluralidad, el estallido cultural que estamos viviendo, se manifiestan sobre todo entre los jóvenes en distintas formaciones “tribales”, en una

variedad de lenguajes, de referencias identitarias, de expresiones corporales, de modas y comportamientos.

La juventud, como etapa de la vida, comenzó a ser diferenciada en los últimos dos siglos, sobre todo en cuanto a las posibilidades de una estrecha capa social que podía brindar a sus hijos una permisividad especial, una moratoria, un privilegio que les permitía dedicar un período al estudio y postergar su pleno ingreso a las exigencias de la condición adulta. Esa **moratoria social** implica un período de permisividad que media entre la madurez biológica y la madurez social. Desde luego que esto remite a sectores sociales privilegiados: la apelación a la “moratoria social” señala que la condición social de juventud no se ofrece de igual manera a todos los integrantes de la categoría estadística “joven”.

La noción de moratoria social, si bien supera la naturalización de la condición de juventud que deriva de su mera caracterización con base a la edad, es restrictiva: no solo los ricos tienen jóvenes, también hay jóvenes entre los más pobres, pero sus posibilidades sociales y culturales, sus características y horizontes, son manifiestamente diferentes. No es lo mismo haber nacido en Belgrano o en Recoleta que en Villa Lugano o en alguna localidad del segundo cordón del conurbano. No es lo mismo estudiar en una universidad que integrar las legiones de jóvenes que no pueden estudiar ni encuentran trabajo. Su estar en la vida, su pensamiento, sus perspectivas y sus horizontes son notoriamente diferentes. Es un período de permisividad, una especie de estado de gracia, una etapa de relativa indulgencia, en que no les son aplicadas con todo su rigor las presiones y exigencias que pesan sobre las personas adultas. La moratoria social tiene que ver con la necesidad de ampliar el período de aprendizaje y, por ende, refiere sobre todo a la condición de estudiante. Es una etapa que media entre la maduración física y la madurez social y no alcanza a la totalidad de la población de cierta edad: remite sobre todo a las clases medias y altas cuyos hijos, en proporción creciente, se fueron incorporando a estudios universitarios, incluyendo, en épocas más próximas, la demanda de estudios de posgrado cada vez más prolongados.

La moratoria social es entonces un concepto que excluiría de la condición de juventud a un gran número de jóvenes: aquellos que económicamente no poseen las características anteriormente descritas y que tampoco, en el plano de los signos, responden a la imagen del joven legítimo que los *mass-media* han



impuesto como portadora de los símbolos de juventud, bella, alegre, despreocupada, deportiva y saludable.

Pero si la juventud tiene su límite superior en el momento en que el joven se inserta en la actividad económica y se independiza del hogar de sus padres, iniciando su propia familia, entonces quedarían fuera de esa categorización muchas personas pertenecientes a sectores sociales de bajos ingresos, en los que no es frecuente proseguir los estudios y, en cambio, se inicia a temprana edad la vida laboral. En esos sectores socioeconómicos se suelen iniciar uniones conyugales con menos edad que entre los jóvenes de sectores medios y altos y, asimismo, son numerosos los casos de maternidad adolescente entre las mujeres.

Tomando en cuenta estas circunstancias, ¿debemos concluir que los individuos involucrados dejarían de ser considerados jóvenes? ¿Son los factores hasta ahora mencionados los únicos que determinan la condición de juventud?

Es aquí donde es conveniente introducir nuevos aspectos que surgen de una deconstrucción del concepto “juventud” y que permiten afirmar que no se trata de una condición limitada a ciertos sectores sociales, sino extendida a todos los sectores de la sociedad. **Todas las clases sociales tienen jóvenes.**

Independientemente de su condición socioeconómica, hay integrantes de las clases populares que son jóvenes porque ocupan el lugar “joven” en la familia a la que pertenecen. Porque son hijos y no padres o madres. Porque poseen **moratoria vital**, tienen un capital biológico que se expresa en vitalidad y posibilidades que emanan del cuerpo y la energía, y porque están situados en la vida contando con que tienen por delante un tiempo de vida prolongado –del que los adultos mayores no disponen– para la realización de sus expectativas. Son jóvenes porque están psicológicamente alejados de la muerte, separados de ella por sus padres y abuelos vivos, que teóricamente los precederán en ese evento. Son jóvenes para sí mismos porque sienten la lejanía respecto de la vejez y de la muerte, y porque lo son para los otros, que los perciben como miembros jóvenes, nuevos, con determinados lugares y roles en la familia y en otras instituciones. La juventud es, por ende, una condición relacional, determinada por la interacción social, cuya materia básica es la edad procesada por la cultura.

Los índices de desempleo que se observan actualmente en los países de América latina plantean, dentro de nuestra problemá-

tica, un aspecto que conviene destacar. En las clases populares hay ahora gran cantidad de jóvenes que no encuentran empleo y tampoco estudian. Importa señalar la naturaleza del tiempo “libre” que de esta situación emerge: estos jóvenes tienen mucho tiempo disponible, tiempo que no está ocupado por tareas sistemáticas. La noción de “tiempo libre” queda entonces expuesta en uno de sus aspectos centrales, el que la opone a “tiempo de trabajo”. El “tiempo libre” es tiempo legítimo, tiempo legal, avalado por la sociedad como contraparte justa del trabajo o el estudio a los que se dedica gran parte de la jornada. El “tiempo libre” es no culposo, tiempo para el goce y la distracción. Pero el tiempo libre resultante del desempleo, de la no inserción, del no lugar social, es tiempo vacío, tiempo sin rumbo ni destino. La moratoria social habla de una juventud que dispone también de tiempo libre, tiempo que la sociedad aprueba, avalando con indulgencia la libertad y relativa transgresión propia de la juventud dorada. Los jóvenes de clases populares que no encuentran trabajo, no estudian y no tienen dinero, disponen de mucho tiempo libre, pero se trata de tiempo de otra naturaleza: es el tiempo penoso de la exclusión y del desprecio hacia su energía y potencial creativo.

Generación alude a las condiciones históricas, políticas, sociales, tecnológicas y culturales de la época en la que una nueva cohorte se incorpora a la sociedad. Cada generación se socializa en la época en que le toca nacer y vivir: internaliza los códigos de su tiempo y de la comunidad a que pertenece y da cuenta del momento social y cultural en que cada cohorte ingresa a un sector social determinado. En épocas de rápido cambio se hacen claramente visibles las diferencias entre generaciones, que dificultan la comunicación entre padres e hijos. Podría afirmarse que cada generación es portadora de diferentes rasgos culturales, lo que vuelve inevitables los obstáculos al diálogo. “Generación” nos habla de la edad, pero ya no desde el ángulo de la Biología sino en el plano de la Historia. Cada nueva cohorte de jóvenes se abre al mundo incorporando con naturalidad los nuevos códigos, incluyendo los elementos que para sus padres fueron objeto de conflicto y ejes de vanguardia. Hacen suyas y naturalizan formas de sensibilidad, ritmos, técnicas, gustos y valoraciones, sin la carga de historia y de memoria con que aquellos que los precedieron en el tiempo fueron gestando las condiciones de emergencia de estos nuevos códigos. Se podría



La edad no afecta por igual a hombres y a mujeres. La mujer es especialmente influida por los tiempos de la maternidad: podría afirmarse que su reloj biológico –vinculado sobre todo con los ciclos relativos a la reproducción y procesados por condicionantes culturales y sociales– tiene ritmos y urgencias que la diferencian.

Hay distintas maneras de ser joven en el marco de la intensa heterogeneidad que se observa en el plano económico, social y cultural. No existe una única juventud: en la sociedad actual las juventudes son múltiples, variando, por ejemplo, en relación con características de clase, el lugar donde viven o la generación a que pertenecen.

afirmar que cada nueva generación habita en una cultura diferente. Cada nueva generación construye nuevas estructuras de sentido e integra con nuevas significaciones los códigos preexistentes.

Clase y generación se intersectan: en cada clase o enclavamiento socioeconómico conviven varias generaciones; a su vez cada cohorte etaria incluye en su interior la diferenciación social. Desde luego que la variedad cultural existente en cada país, región o ciudad, abre posibilidades a la multiplicidad de experiencias, lo cual, más allá de los grandes procesos sociales o culturales, limita la comunidad entre los integrantes de una cohorte etaria, en la cual los agrupamientos pueden estar orientados por ejes notables como origen étnico o nivel socioeconómico y también por variables más efímeras, como gusto musical u otros criterios de orden estético o adscripción barrial. Se es joven, dentro de un ámbito institucional dado, por pertenecer a una generación más reciente. La generación persevera, pero la juventud es sólo uno de sus estadios. Se sigue perteneciendo a la generación pero cambia el estatus juvenil con el solo transcurso del tiempo. La pertenencia a la clase plantea otras condiciones de continuidad. Clase y generación, a su vez, son atravesadas por la **condición de género**.

La edad no afecta por igual a hombres y a mujeres. La mujer es especialmente influida por los tiempos de la maternidad: podría



afirmarse que su reloj biológico –vinculado sobre todo con los ciclos relativos a la reproducción y procesados por condicionantes culturales y sociales– tiene ritmos y urgencias que la diferencian.

Los límites temporales que la biología impone a la maternidad, entre la menarca y el climaterio, hallan su expresión en las formas históricamente construidas que estructuran las uniones y en las pautas culturales vinculadas con la afectividad. Los tiempos relativos a la aptitud física y social para la maternidad acotan la condición de juventud entre las mujeres: operan sobre la seducción y la belleza, tienen que ver con el deseo, con las emociones, los sentimientos y la energía necesaria para afrontar los embarazos, los partos y la crianza y cuidado de los niños durante un período prolongado.

Pero nuestra alusión a lo biológico no remite a la pura naturaleza: intervienen aspectos relacionados con la diferenciación social, los condicionamientos culturales y el avance de la tecnología. También es importante destacar el plano histórico, ya que la afectividad y la sexualidad han variado en relación con generaciones anteriores. Durante la segunda mitad del siglo XX se acrecentó notablemente la inserción de la mujer en los procesos laborales y aparecieron nuevos métodos anticonceptivos que le brindaron un inédito control sobre su cuerpo. Junto con esos cambios técnicos y sociales, la transformación de los códigos que regulaban las conductas sexuales impactó fuertemente en la cultura y a ello se sumó el avance en aquellas luchas emancipatorias que tienen su eje en el plano del género y en los derechos de la mujer.

La maternidad no opera de modo homogéneo en los distintos sectores sociales y se puede observar que el número promedio de hijos por mujer es notablemente más alto en los sectores más pobres en la Argentina. Esta tasa diferencial tiene su explicación en la mayor persistencia de patrones reproductivos tradicionales en las familias de sectores populares. Las mujeres de sectores medios y altos, con acceso creciente a la educación, se encuentran tensionadas entre sus nuevas posibilidades de realización intelectual, profesional, política o artística y su vocación de maternidad. En cambio, las mujeres de clases populares no suelen tener las mismas alternativas; la tendencia hacia una maternidad abundante en las clases más pobres, en la que actúan distintos factores sociales y culturales que inciden en el menor uso de anticonceptivos, tampoco tiene el contrapeso de las nuevas

opciones brindadas a las mujeres de otros sectores sociales para su realización personal.

En cada uno de los sectores sociales actúan distintas articulaciones de sentido que son producto de la vida social. Entre las mujeres de clase popular persiste, con mayor peso que en otros sectores sociales, un imaginario que impone la maternidad como mandato y la exalta como su modo de realización personal. Se espera que una mujer sea madre y, a medida que llegan los hijos, ella se vuelve progresivamente acreedora de respeto y consideración social.

Las mujeres de sectores medios y altos, con otros recursos y opciones, deben concertar el uso de su tiempo y energías entre los impulsos internos y externos hacia la maternidad y las otras posibilidades en el plano laboral, artístico o de otra índole que les ofrece la sociedad actual. Esta situación tiende a desembocar en una suerte de transacción que se traduce, en el plano de lo social, en una menor tasa de fecundidad.

Por otra parte, también en las clases media y alta, y sobre todo entre las mujeres que estudian, se observa una progresiva tendencia hacia la elevación de la edad promedio en que tienen el primer hijo. En este caso actúan varios factores que operan en forma complementaria: por una parte, avances en el campo de la medicina que permiten reducir los inconvenientes de una maternidad iniciada a edades más tardías; por la otra, la inserción laboral y la exigencia progresiva de un período más largo de instrucción.

En todos los casos la maternidad incide fuertemente en la vida de una mujer, aumentando sus responsabilidades y limitando su libertad de acción. En las clases populares es notable la frecuencia de la maternidad adolescente y, en general, las mujeres de esos sectores inician temprano su ciclo reproductivo. En las clases medias y altas, como tendencia general, puede observarse una elevación en la edad en que se tiene el primer hijo, lo que en muchos casos se vincula con las exigencias laborales, las dificultades económicas y la prolongación de los estudios.

Género, generación y clase intervienen también en la actual extensión de los tiempos que acotan la juventud, sobre todo entre los jóvenes de sectores medios, que suelen prolongar su permanencia en la casa de sus padres, extienden su estadía en las instituciones educativas y tienen su primer hijo a edad más tardía. De tal modo, para ambos géneros y en los sectores sociales mencionados, se prolonga en el tiempo la condición de juventud.



LOS JÓVENES QUE MILITAN SON LA SANGRE JOVEN QUE EMPUJA PARA ADELANTE, SON LA ESPERANZA DE RECAMBIO DE LA POLÍTICA. MÁS ALLÁ DE LAS DIFERENCIAS Y LA COMPETENCIA ELECTORAL, LES PREOCUPAN TEMAS COMUNES. ESCUCHARLOS, MÁS ALLÁ DEL PARTIDO QUE REPRESENTAN, SERÁ LA CLAVE PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA SOCIEDAD MÁS ABIERTA, IGUALITARIA, PLURALISTA Y PARTICIPATIVA.

**JUVENTUD:
¿DIVINO TESORO? O
¿BOTÍN POLÍTICO?**





por **MÓNICA BELTRÁN**. Periodista y escritora. Dirige el sitio www.nuevacatedra.com.ar

Juventud, divino tesoro, ya te vas para no volver”... El poema de Rubén Darío de principios del siglo XX tiene vigencia hasta nuestros días, sobre todo cuando uno piensa en las juventudes políticas.

Los jóvenes que militan, que participan en centros de estudiantes, en filas partidarias o en las universidades, son un semillero de cuadros dirigentes, son la sangre joven que empuja para adelante, son la esperanza de recambio de una política nueva.

Sin embargo, la convivencia con la dirigencia adulta de los partidos muchas veces no les resulta favorable. Un dirigente universitario que fue rector de una universidad pública de las grandes solía decir que los adultos muchas veces “corrompen” a los jóvenes, obligándoles a jugar el juego de adhesión política a cambio del contrato, ante un escenario donde presuntamente a la militancia no la financia nadie, lo que es una gran mentira, desde la recuperación de la democracia hasta nuestros días.

Los jóvenes que hoy militan en política son “hijos” de la democracia. Nacieron en los '90 o después. No conocen lo que es vivir en dictadura, ser perseguidos y censurados, pero sí tienen una profunda experiencia sobre hiperinflaciones, piquetes, crisis, familias desempleadas y grandes antagonismos en la sociedad. Los dirigentes juveniles de la segunda década del siglo XXI –marcados por las políticas neoliberales de los noventa que en algunos casos los vieron nacer–, tienen, al igual que otras juventudes políticas, deseos de trascendencia, pero son diferentes a la hora de militar, relacionarse con el poder y con sus referentes adultos.

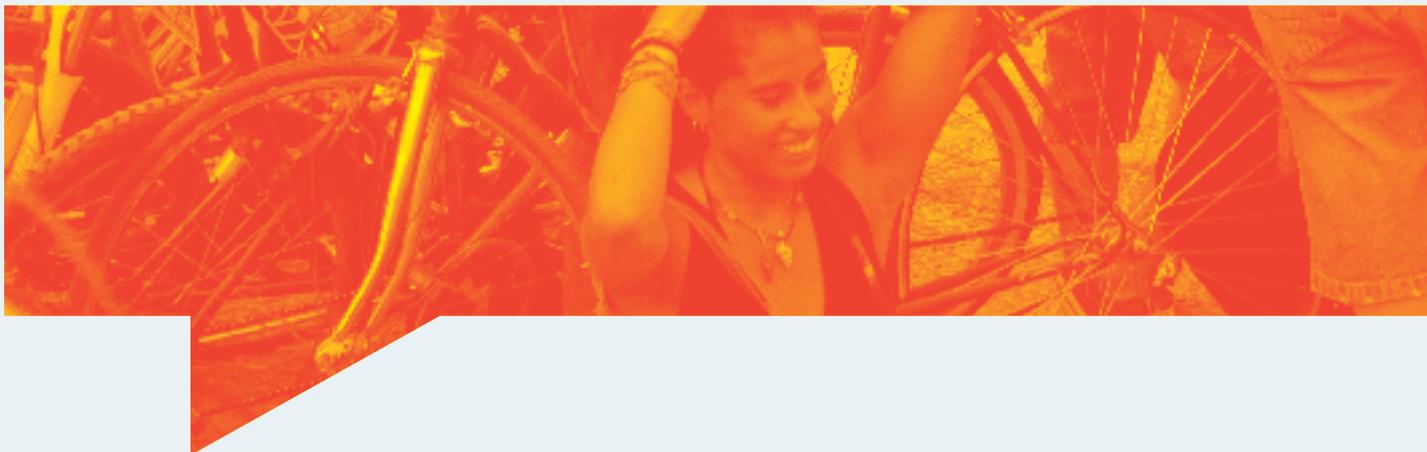
Se rebelan menos que las generaciones de los '70 y los '80, se sienten pares de sus padres y también de los dirigentes que juegan en las “mayores”.

Ellos y ellas, con sus tatuajes y sus aritos en los lugares más escondidos, son conscientes de ser un bien preciado para la política: quienes tienen entre 16 y 34 años representaron más del 50 por ciento del padrón electoral de las recientes elecciones pero no pueblan las listas y aceptan, con poca resistencia, los liderazgos adultos y el trabajo pesado de la pintada nocturna que los grandes no hacen y la poca participación en las decisiones, posiciones pasivas que míticas juventudes de los '70 hubieran rechazado de plano.

Son multifacéticos, chatean mientras debaten en una asamblea, creen en la organización, la TV los acompaña de fondo durante casi todo el día, son escépticos sobre lo que se dice en los medios, pero están atravesados por una cultura audiovisual desde que nacieron. ¿Son revolucionarios o conservadores, contestatarios o dialoguistas? ¿Cómo comunican sus ideas? En este artículo, solo algunos lineamientos para conocerlos más.

*Los textuales aquí reproducidos fueron tomados por la autora de entrevistas que ella misma realizó para un artículo publicado por el diario Perfil y que luego formó parte del libro **30 años de democracia** (Editorial Planeta, 2013).*

Los jóvenes que militan, que participan en centros de estudiantes, en filas partidarias o en las universidades, son un semillero de cuadros dirigentes, son la sangre joven que empuja para adelante, son la esperanza de recambio de una política nueva.



La “gloriosa” JP

Lo que siempre fue la “gloriosa JP” hoy es Unidos y Organizados, un paraguas para que funcionen todas juntas las diversas juventudes del peronismo que se encolumnaron detrás de la conducción de Cristina Fernández de Kirchner durante sus ocho años de gobierno.

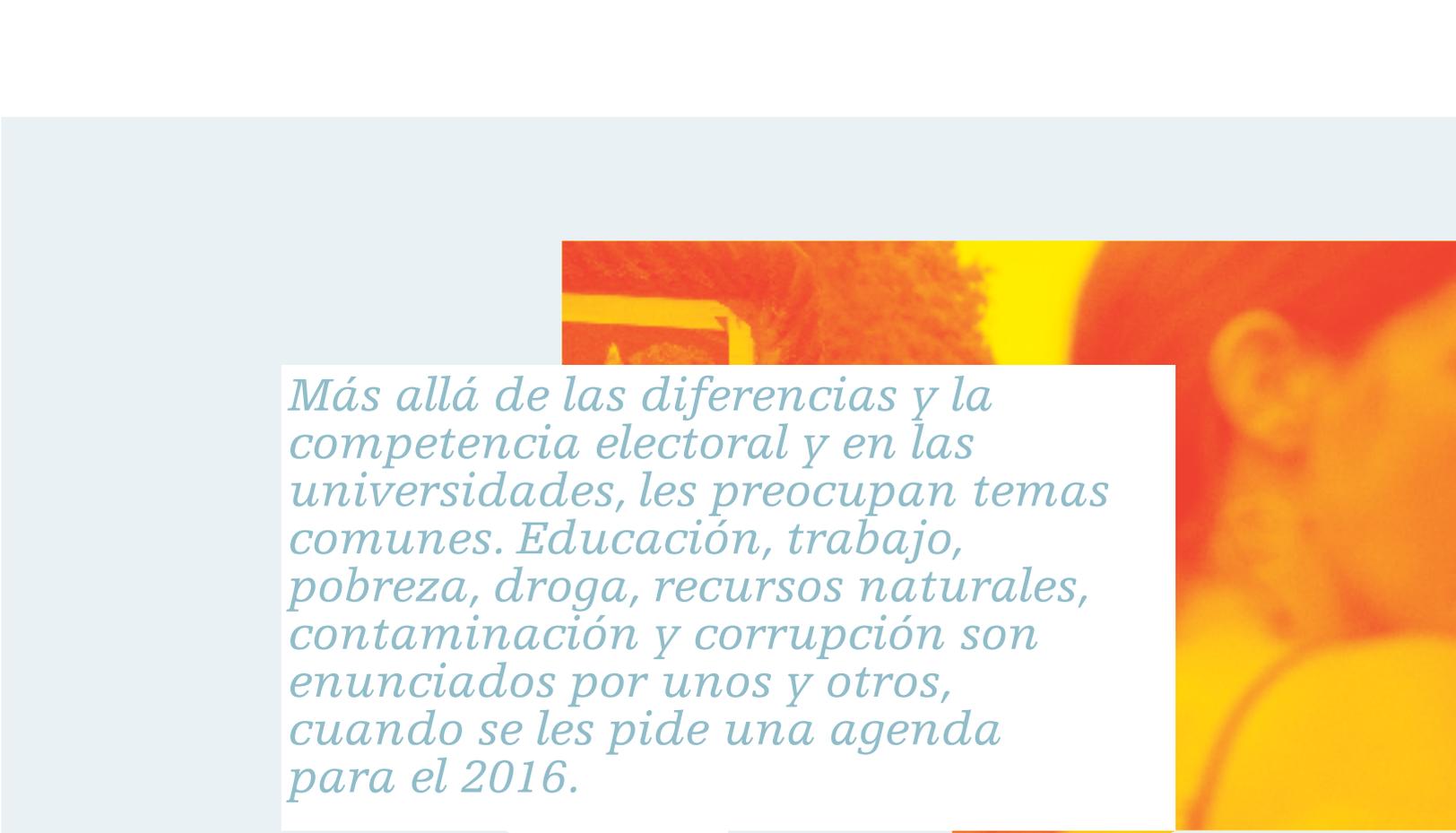
Habrà que ver ahora, que el Frente para la Victoria pasa a la oposición, cómo se reorganizarán los jóvenes, si se mantiene esa unión de todos los sectores detrás del liderazgo de Cristina, ese “acá están los pibes para la liberación” que tantas veces gritaron en los patios de Casa de Gobierno mientras la “jefa” los arengaba con sus discursos. Hoy indudablemente se produce de a poco un reacomodamiento de militancia, al tiempo que los liderazgos se desdibujan o se reconvierten.

Pero hasta el 10 de diciembre de 2015 la cosa es más o menos así: en Unidos y Organizados se encuentran la juventud de Nuevo Encuentro, la JP Evita, La Càmpora –con mayor protagonismo público– y el Peronismo Militante.

Una vida atravesada por la política

Rafael Villanueva (24) tomó la decisión de empezar a participar “orgánicamente en política” después de la crisis del campo del 2008. “Pensé que si había tanta oposición al kirchnerismo de esos sectores que sabemos bien a quién representan, entonces era necesario tomar posición clara”. Su vida estuvo siempre atravesada por la política. Su papá es Ernesto Villanueva, sociólogo y el rector más joven de la UBA (con 28 años) en los setenta. De los saqueos del 2001 Rafael sólo recuerda que “Racing salió campeón”, pero sin embargo, poco después decidió iniciar sus primeros pasos en política en la secundaria, cuando condujo el centro de estudiantes del Colegio Pestalozzi. Hoy es parte de JP del Movimiento Evita. El Peronismo Militante (PM) también integra Unidos y Organizados, el espacio juvenil que respalda a la ahora ex presidenta. Joaquín Pérez Suárez fue hasta hace poco el responsable de la juventud porteña del PM. Nació en 1988 y lleva la marca “peronismo” desde la infancia. “Me crié en una unidad básica”, dice. “Mi papá era delegado de Luz y Fuerza y mi mamá militó en la universidad, en La Plata, en la etapa más dura, egresó de Filosofía y Letras en el ’76”, cuenta.

El 2001 lo encontró militando en la escuela Mariano Acosta, en el barrio de Balvanera, donde creó una agrupación que se llamaba “Los Eternautas”. Él sí se acuerda del 2001: el 19 de diciembre fue a la Plaza de Mayo con su papá. Los primeros días del 2002 lo encontraron yendo y viniendo del club de trueque. Apenas cumplió los 18 años se afilió al PJ de la Capital, pese a que es crítico con la estructura: “El PJ en Capital es complicado, pero en nuestra organización creemos que el peronismo es un lugar de disputas de sentidos, tenemos que convivir y confrontar, dentro del partido”.



Más allá de las diferencias y la competencia electoral y en las universidades, les preocupan temas comunes. Educación, trabajo, pobreza, droga, recursos naturales, contaminación y corrupción son enunciados por unos y otros, cuando se les pide una agenda para el 2016.

¿Y La Cámpora?

Cuando se habla de juventudes políticas es imposible obviar a La Cámpora, la polémica agrupación de la juventud que adhiere a ultranza al “cristinismo” y tiene entre sus referentes al diputado Andrés “Cuervo” Larroque, al hijo de la ex presidenta Máximo Kirchner, al ex titular de Aerolíneas Argentinas Mariano Recalde, y se completa con Juan Cabandié, José Ottavis, Eduardo De Pedro y Mayra Mendoza.

Desde La Cámpora la mayoría opta por no hablar públicamente sobre sus historias y menos con los periodistas. Desde las otras juventudes los detestan. Algunos se animan a decir los motivos, otros se van por las tangentes, pero hay algo de la convivencia con el poder al que accedieron los militantes de La Cámpora que es justamente lo que otras agrupaciones juveniles no aprueban o ¿envidian?

“La Cámpora expresa lo malo de la política, lo que no tenemos que repetir, es una organización formada desde el poder, a la que los jóvenes se acercan para conseguir trabajo”, dice el massista Juan Carlos Saintotte.

“Ellos tienen una función, que es seguir a la Presidenta. Nosotros tenemos puntos de encuentro con ellos, hacemos actividades juntos, pero hay espacios en los cuáles discutimos. Nuestra

organización tiene más de 15.000 compañeros en todo el país y somos soberanos en nuestras decisiones”, se diferencia Joaquín Pérez Suárez, del Peronismo Militante.

Los jóvenes del Pro “tenemos otros objetivos, no buscamos la revolución, sino un futuro mejor y resolver los problemas de la sociedad”, pero “La Cámpora no es mala, en política no es todo igual. Yo valoro mucho que la juventud se comprometa, y si lo hace de verdad desde La Cámpora está bien, no se debe generalizar”, opina Gustavo Seneiter (Pro).

Rafael Villanueva (JP Evita) los considera “compañeros con los que compartimos mucho” pero aclara que ellos “cumplen un rol más ligado a las políticas de Estado” mientras los jóvenes de su movimiento entienden “que la pelea social empuja ese proceso para adelante”.

En la política inevitablemente surge la comparación de La Cámpora con la Coordinadora radical, aquella ligada al gobierno de Raúl Alfonsín. Sin embargo, aquellos que la integraron, como es el caso de Facundo Suárez Lastra, aseguran que son “bien diferentes”. “La Coordinadora nació dentro del partido, mucho antes de que se llegara al poder. En cambio La Cámpora fue creada desde el gobierno como una herramienta de construir poder político de base territorial”.



La juventud radical y la reconstrucción

Pese a las dificultades que atravesó durante años el partido radical (desde la crisis del 2001), su juventud siguió estando organizada. Sus representantes son elegidos entre los más votados de un plenario integrado por tres representantes por provincia. “Otras organizaciones no tienen esta garantía democrática. En el PJ nacional designan a un secretario general de la juventud desde la dirigencia adulta, no lo hacen los propios jóvenes”, dice Leandro Lobato (27), dirigente pampeano integrante de la *Cantera Popular*. Leandro proviene de la *Franja Morada*. Los jóvenes radicales tienen dos estructuras para participar: la *Juventud* y la *Franja*. Hace años saldan sus diferencias internas alternando conducciones. Cuando la *Cantera* conduce la JR es el otro sector interno de la juventud, la que se conoce como la *Red*, quien preside la *Franja* y al año siguiente es a la inversa. También son los jóvenes radicales quienes tienen la presidencia de la *Federación Universitaria Argentina (FUA)* desde 1984.

Fue justamente la conducción de la *FUA* y la fundación de la *Cantera Popular*, ambas donde la JR fue protagonista, el espacio desde donde el radicalismo empezó a reconstruir cuando el gobierno de la *Alianza* los había catapultado como nunca a un lugar de descrédito social.

Redes sociales

Para Delfina Félix (20), de la JR de Pilar, Facebook “se convirtió en una herramienta de trabajo”. “No sé cómo hacían en otros tiempos –dice–, nosotros hasta tenemos un grupo de discusión por *face*”. Delfina tiene otros intereses: fue Reina de la Flor de Escobar y baila en la comparsa “O Bahía” del carnaval de Gualeguaychú. “Yo soy como Nito Artaza, artista y política”, se ríe. Y confiesa que estudia danza y acrobacia con Flavio Mendoza. En Facebook los jóvenes publican sus *flyers* para convocar a actividades. “Muchos chicos leen el diario por Twitter”, cuenta Juan Carlos Saintotte, dirigente del Frente Renovador de Massa. Saintotte militó en la Juventud Universitaria Peronista desde la Regional Buenos Aires de la UTN, donde estudió Ingeniería Industrial. Está afiliado al PJ de Capital pero desde que Sergio Massa les planteó un “cambio” en el que los jóvenes “seamos protagonistas”, abandonó la militancia peronista para enrolarse en el Frente Renovador.

“Somos hijos de la democracia, Massa tiene una frase, dice que los jóvenes que nacimos con la democracia miramos el futuro sin mirar el espejo retrovisor y no vemos una Argentina dividida”, dice y recuerda el 2001 como “la no política, el no te metás, el conflicto social, el que se vayan todos”.

Rescata de Néstor Kirchner que haya promocionado la reorganización de la juventud. “El peronismo empezó a moverse y los jóvenes a interesarse en la política, la gran inserción de los jóvenes en la política se da ahí”, admite.

La ola amarilla

Gustavo Seneiter, concejal de Mendoza, fue responsable de la Juventud del Pro a nivel nacional. Recuerda lo exitosa que fue su campaña a legislador por las redes. “Es una herramienta que te acerca a la gente y permite un ida y vuelta”. De cualquier modo él lee los diarios digitalmente, pero también algo en papel: “Es una costumbre familiar”, acota. Seneiter está afiliado al Pro, pese a que su partido –destaca– cree en el “movimientismo en base a voluntarios”.

El voluntariado juvenil es otra forma de participación política, tal como los jóvenes que participan en actividades solidarias, es una participación no partidaria, pero eso no significa que no defiendan valores importantes para los jóvenes como la solidaridad y el bien común.

El sueño perdido del UNEN

El anuncio de ruptura de Lilita Carrió con el UNEN, sector político progresista que integraron durante el 2014 previo a las presidenciales del 2015 el radicalismo, el socialismo, el GEN y la Coalición Cívica, Proyecto Sur y Libres del Sur, resquebrajó una estructura que los jóvenes de las diferentes fuerzas que integraban el sector venían soldando.

La decisión de Carrió, primero, y luego del radicalismo de unirse al Pro en las internas abiertas, fue un sacudón fortísimo para los jóvenes de este sector que veía a Mauricio Macri como un límite difícil de traspasar.

Hacía seis meses se venían reuniendo semanalmente para construir una agenda y una mesa de la juventud y hasta planeaban un acto-recital con fecha para el 29 de noviembre en el Planetario. El eslogan planteado era “Dale volumen, voces jóvenes por la Argentina que se viene”. El acto quedó en suspenso pero el clima interno se enrareció bastante. En la última reunión los referentes de Libres del Sur amenazaron con retirarse si seguían participando los de la Coalición.

Radicales y socialistas trataron de poner paños fríos pero con el correr de la campaña presidencial, y más aún luego de que Macri ganó la interna y se convirtió en el líder de Cambiemos, los jóvenes se fueron dividiendo.

Desde la Coalición Cívica, Rocío Maciel cuenta que milita en política “por los valores que representa Lilita (Carrió). Nació en el '91 y el familiar más cercano vinculado a la política es su abuelo, que era peronista. “A los 19 años conocí por una amiga a dos compañeros que me invitaron a participar en la Coalición”. El legislador porteño Maxi Ferraro le propuso trabajar en la campaña y lo hizo *ad honorem*: “No somos militantes rentados, lo hice gratis”, explica, y agrega que “los jóvenes estamos también en distintos puestos de poder en el partido, no formamos la juventud por separado. Nosotros estamos insertos en la estructura del partido, yo por ejemplo soy la responsable de la Comuna 5 de Capital”.

Para Rocío algo que los marcó como generación son los problemas educativos: “El polimodal nos afectó mucho, para insertarnos en la universidad eso es una marca. En las cárceles el 90 por ciento de los que están son de mi generación, somos hijos del menemismo, los que tenemos entre 20 y 30 años sufrimos una educación que se deterioró, tenemos problemas para que los pibes se inserten en la universidad y en el mercado laboral”, asegura.

¿Una agenda juvenil?

Más allá de las diferencias y la competencia electoral y en las universidades, los preocupan temas comunes. Educación, trabajo, pobreza, droga, recursos naturales, contaminación y corrupción, son enunciados por unos y otros, cuando se les pide una agenda para el 2016.

Así como los jóvenes de los '80, con la vuelta de la democracia, compartían su interés por los valores democráticos y la defensa de los derechos humanos, a estos chicos les interesan los derechos sociales, el medio ambiente y la honestidad de los políticos. “La vivienda, la seguridad y la violencia institucional”, agrega Villanueva (JP Evita) y “cómo hace un joven para acceder al primer empleo”, señala.

“Las prácticas, los jóvenes tenemos que cambiar la práctica política”, dice Rocío.

Para el mendocino del Pro lo principal es “la falta de oportunidades laborales y la educación. La mayoría no termina el secundario”.

Lobato, como buen franjista, apunta a la universidad. “La gran deuda es que se mantenga el sistema de educación superior neoliberal del menemismo, con la misma Ley de Educación Superior”

¿Y cuáles son sus sueños? “Llenar las listas de jóvenes”, dice Lobato. “Que no haya tanta contaminación”, apunta Delfina. “Ampliar la democracia”, pide Rocío. “Construir una Argentina de consenso”, apuesta Saintotte. “Que ningún pibe en el país se vaya a dormir con hambre” dispara Villanueva.

La agenda juvenil es amplia y resulta una bocanada de aire puro, en medio de tanto debate político vacío de contenido como el que pobló las pantallas televisivas durante la campaña electoral 2015, con candidatos que luchaban por diferenciarse y no caer en errores, antes que por debatir ideas desde la grandeza de una política puesta al servicio del bienestar de la ciudadanía.

Pero ¿cuáles son las voces que escucha la ciudadanía? ¿Cómo hacen estos jóvenes para hacerse oír? ¿Cuál es el modo de irrumpir en la opinión pública en una sociedad donde el ruido y los gritos a veces parecen ser más importantes que el diálogo y el intercambio de ideas?

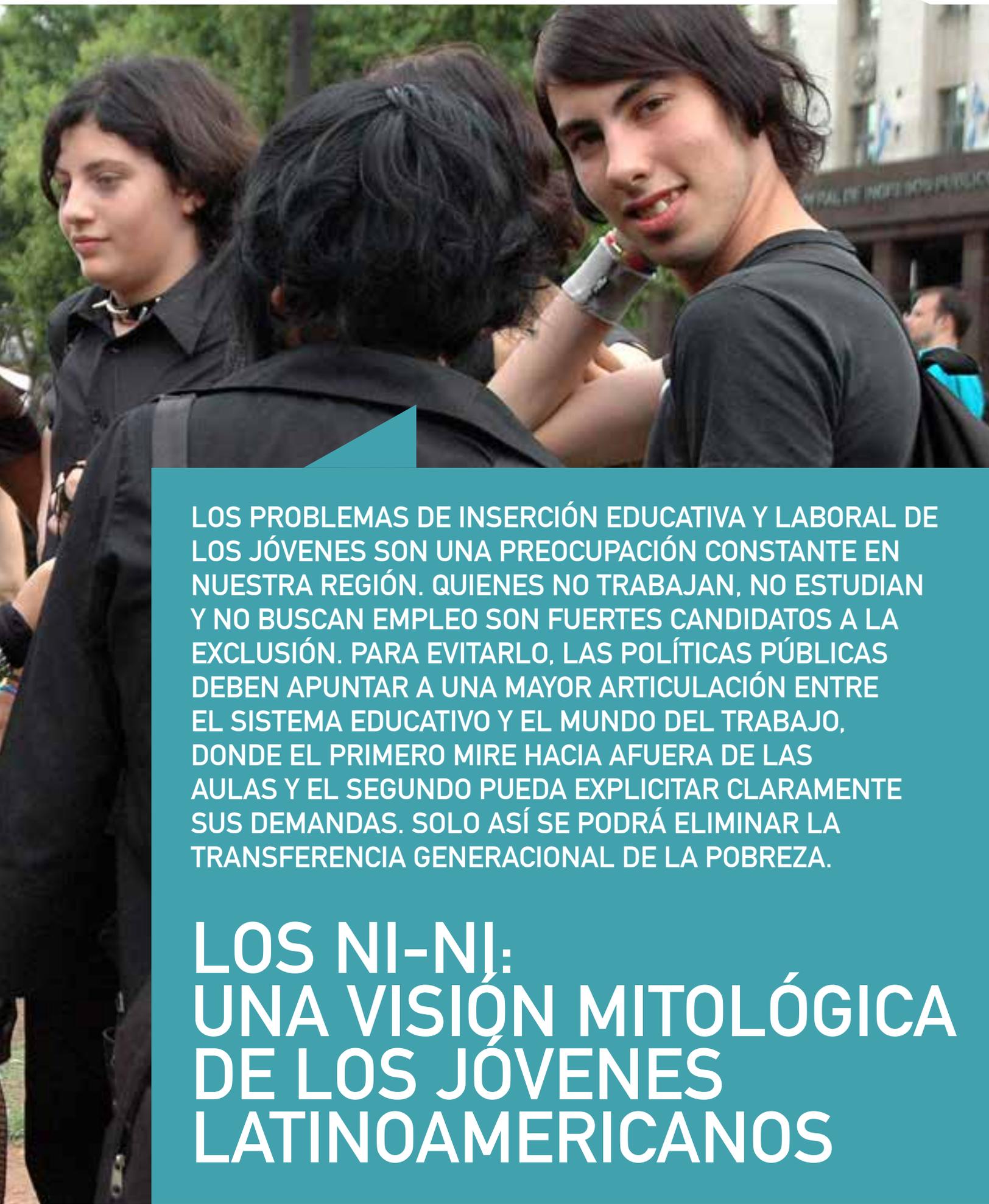
Los próximos años nos encuentran a los argentinos con más interrogantes que respuestas, pero tal vez ese sea una vez más el punto de partida: escuchar a los jóvenes comprometidos con la política, con ideas nuevas para la construcción de una sociedad más abierta, igualitaria, pluralista y participativa.

Fue justamente la conducción de la FUA y la fundación de la Cantera Popular, ambas donde la JR fue protagonista, el espacio desde donde el radicalismo empezó a reconstruir cuando el gobierno de la Alianza los había catapultado como nunca a un lugar de descrédito social.





por **MARÍA DEL CARMEN FEIJOÓ**. Socióloga por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ex investigadora del CONICET, profesora titular de la UBA, de la Universidad Nacional de Quilmes y de la Universidad de Columbia en Nueva York. Experta del Grupo de Consulta de la Sociedad Civil de América Latina y el Caribe de ONU Mujeres. Coordinadora de RedEtis en IIPE-UNESCO Buenos Aires www.redetis.iipe.unesco.org e investigadora de la Universidad Pedagógica (UNIPE)



LOS PROBLEMAS DE INSERCIÓN EDUCATIVA Y LABORAL DE LOS JÓVENES SON UNA PREOCUPACIÓN CONSTANTE EN NUESTRA REGIÓN. QUIENES NO TRABAJAN, NO ESTUDIAN Y NO BUSCAN EMPLEO SON FUERTES CANDIDATOS A LA EXCLUSIÓN. PARA EVITARLO, LAS POLÍTICAS PÚBLICAS DEBEN APUNTAR A UNA MAYOR ARTICULACIÓN ENTRE EL SISTEMA EDUCATIVO Y EL MUNDO DEL TRABAJO, DONDE EL PRIMERO MIRE HACIA AFUERA DE LAS AULAS Y EL SEGUNDO PUEDA EXPLICITAR CLARAMENTE SUS DEMANDAS. SOLO ASÍ SE PODRÁ ELIMINAR LA TRANSFERENCIA GENERACIONAL DE LA POBREZA.

LOS NI-NI: UNA VISIÓN MITOLÓGICA DE LOS JÓVENES LATINOAMERICANOS

*A la dedicación de Florencia Sourrouille,
quien colaboró en la presentación de la
información.*

*A la edición siempre cuidadosa e
imaginativa de Alejandra D'Angelo.*

La aparición de los Ni-Ni como un problema social de escala mundial obedece a dos grandes razones, los cambios que han tenido lugar en la economía y la producción en las últimas dos décadas y la construcción de agendas por los medios de comunicación, al producir un sentido común aparentemente inequívoco sobre una evidencia empírica de carácter estadístico u observacional. Así, los Ni-Ni son como sirenas o centauros contemporáneos, todos los conocemos aunque no existan como tales. Por eso, hablamos de una visión mitológica de los jóvenes latinoamericanos.

Además de la imprecisión, el concepto incorpora dos implícitos: el primero, que se es Ni-Ni por la voluntad de serlo; el segundo, que ese universo tiene propensión a incurrir en conductas desviadas de los comportamientos “normales” para ese grupo de edad.



Antecedentes

Los problemas de inserción educativa y laboral de los jóvenes, resultantes de crisis bien conocidas, son una preocupación tanto en Europa como en nuestra región. Es también un fenómeno de los adultos que enfrentan procesos de exclusión del mercado de trabajo de larga duración. Pero no es un fenómeno reciente ni nació en España a fines de los 2000 sino en Inglaterra a mediados de los '90 bajo la denominación en inglés *NEET* (*not in education, employment or training*), para nombrar a los que no estaban ni en la educación, ni en el empleo, ni recibiendo formación. El término fue utilizado por primera vez en 1999 en un informe de la Unidad de Exclusión Social del Reino Unido, cuyo objetivo era caracterizar la magnitud y naturaleza del problema que afectaba a los jóvenes. El informe estimaba los costos sociales y económicos de vivir esa situación y delineaba intervenciones para apoyar a los jóvenes en su transición de la escuela al trabajo, focalizando en el grupo de edad de 16 a 18.

A comienzos del 2000, la Comisión Europea y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) retomaron el tema, considerando un grupo de 15 a 24 años de edad y otro que alcanzaba hasta los 29 años. El diario *El País* de España retoma en el 2009 la denominación y ayuda a su extensión en los países de habla hispana. El interés se sostenía en la crisis socioeconómica de algunos países de la Unión Europea, especialmente España, donde en el 2012 el 25% de los jóvenes entre 15 y 29 años se encontraba en esa situación, en Turquía alcanzaba al 30% y en Italia era de menos del 25%. El alto nivel educativo de los jóvenes no limitaba el desempleo y los ocupados eran "*mileuristas*" por los bajos niveles salariales aun para títulos de nivel superior. En América latina, la denominación fue difundida por el Banco Mundial (BM), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Reconociendo que el uso facilista del término es un *boomerang* por la creación de obstáculos para abordar del problema, el BID ha dejado de lado su uso. En el reciente *Desconectados: Habilidades, educación y empleo en América Latina*, analiza los factores que inciden en la producción del fenómeno y avanza hacia una nueva caracterización de esos jóvenes enfatizando el desajuste existente entre sus habilidades y competencias, en lugar de sus carencias en términos de acceso al trabajo y educación, moviéndose hacia aspectos más relacionales que los enfoques tradicionales que depositan la explicación solo en las características de los sujetos. Una mesa de trabajo con actores, realizada en Buenos Aires en octubre de 2014, se enfocó en el proceso de transición entre educación y trabajo avanzando hacia la introducción del concepto de Sí-Sí. La OCDE, sin embargo, sigue utilizando esta denominación en su boletín *Education Today* del 2013 y aun hoy, el *Blog Humanum* del PNUD publica un artículo que lleva por título "La persistencia de ser Ni-Ni" sobre la encuesta CASEN 2011 de Chile.

Los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan en la prensa de la región

El Cuaderno N° 17 del Sistema de Información de Tendencias Educativas en América Latina (SITEAL) analiza quiénes son junto con su presentación en la prensa. Según el estudio, para tratar el tema hay que abordar varios problemas, entre ellos, la precisión sobre el rango de edad, la incidencia de la normativa de regulación del trabajo infantil y el impacto del desempeño escolar sobre los diferentes grupos incluidos.

Pocas citas alcanzan para describir la caracterización que se hace de los mismos: desde "legión de inservibles" en el diario *El País* de Uruguay; "cuadrilla de zánganos en prime time" en *El Diario* de Bolivia; "masas de desempleados prematuros y estudiantes exiliados" según *El Universal* de México. Respecto de sus actividades, se los caracteriza en el mismo periódico como "vagando por las calles, avenidas y centros comerciales...", ocupando "su tiempo libre en los videojuegos, ver televisión, tomar licor con sus amigos, navegar en Internet y chatear en las redes sociales", según *La Hora* de Guatemala. En otros casos, se los considera integrantes de bandas, carentes de proyectos de trabajo o perspectivas de crecimiento personal....." y en Cuba, como "drama social que afecta al planeta".

El diagnóstico pone énfasis en el debilitamiento del vínculo entre estudio y trabajo, la centralidad del rol del sistema educativo, la necesidad de la adecuación de su oferta a los contextos locales y la demanda –pocas veces destacada– de asumir una perspectiva de género sobre el problema. No están presentes los temas de acceso a la salud sexual y reproductiva y, a lo sumo, el tema aparece como el tiempo de cuidado en términos de responsabilidades inter e intrageneracionales.

¿Quiénes son los jóvenes Ni-Ni?

La construcción de la categoría Ni-Ni es resultado de la asociación de dimensiones de por lo menos dos variables, la del estudio y la de la inserción en el mundo del trabajo. Pero su complejidad interna es mayor. Desde el punto de vista del trabajo, las personas pueden ser activas o inactivas, esto es, pueden estar trabajando o buscando empleo si son activas –desocupadas– o pueden definirse como inactivas, esto es que ni trabajan ni buscan empleo. Desde la dimensión educativa, pueden estar estudiando o no. La noción Ni-Ni sin mayor calificación oscurece la relación con el mundo del trabajo y opaca la pertenencia al sistema educativo. Ese híbrido binario no da cuenta de que la combinación de ambas variables arroja por lo menos seis categorías distintas que surgen de las combinaciones de ocupado, desocupado o inactivo con las de estudia o no estudia. Como decíamos en un artículo con L. Bottinelli, las categorías deben diferenciar por sector social y por sexo, pues ser mujer o varón, pobre o rico, tiene una alta incidencia, en una sociedad que conserva una fuerte división sexual de roles. La OIT complejiza el análisis incorporando a los Ni-Ni a los que no buscan, pues deja de considerarlos inactivos porque no buscan dado que la conducta socialmente esperada para ese grupo de edades activas incluye incorporarse al mercado de trabajo. Los llama entonces, Ni-Ni-Ni.

La referencia a los jóvenes como Ni-Ni supone que serlo es una decisión de carácter personal. Lo es, en la decisión de dejar o seguir en la escuela o incorporarse al mercado de trabajo. Pero esta decisión se subordina a los ciclos de obligatoriedad escolar de los países, las necesidades propias o del hogar y las oportunidades del mercado de trabajo. Es decir que no hay decisión subjetiva al margen de las condiciones sociales propias de cada contexto. Por otra parte, la categoría convierte la situación de Ni-Ni en una condición ontológica que no da cuenta del pasaje por situaciones cambiantes en el tramo de edad, vínculo familiar y oportunidades. No considera la disminución del número de jóvenes Ni-Ni por las malas razones, como cuando resulta del desestímulo por la falta de oportunidades. Es necesario revisar los supuestos que constituyen las dos categorías críticas, los desocupados que buscan trabajo y no estudian y los que son inactivos y no van a la escuela. Además, si el trabajo que las mujeres inactivas realizan en los hogares fuera considerado “trabajo”, como reclama la economía feminista, estas inactivas en realidad serían ocupadas en las tareas del cuidado.



¿Cuántos y quiénes son los Ni-Ni?

Un reciente estudio de SITEAL de V. D'Alessandre sobre adolescentes y jóvenes que no trabajan ni estudian en América latina con foco especial en las mujeres, brinda información con datos provenientes de las rondas de encuestas de hogares de 18 países cercanas al año 2010. Para el tramo de edad de 15 a 17 la información sobre adolescentes que no estudian ni trabajan muestra como valor más bajo al Estado Plurinacional de Bolivia con un 4,6% y con el valor más alto a Honduras con 20,9%, o sea, una de cada cinco personas del grupo. En otros países de América Central como Guatemala y Nicaragua los valores son del 17% y 19%, respectivamente. Por otro lado la tasa de escolarización para estas edades tanto en Honduras, Guatemala y Nicaragua es la más baja de la región (entre 50% y 60% en cada uno de estos tres países). Finalmente, el promedio de adolescentes que no estudian ni trabajan para el total de los 18 países de América latina es de 10,6 por ciento.

El informe presenta importantes diferencias por sexo. El mejor valor para los varones corresponde a la República Bolivariana de Venezuela donde alcanza a 2,5%, seguido por el Estado Plurinacional de Bolivia con 2,9%, el más alto corresponde a Uruguay con el 11,3%. Nicaragua y Honduras lo siguen con una proporción de varones que no estudian y son inactivos mayor al 10%. Finalmente, el promedio para el conjunto de los 18 países de América latina es de 6,8%. Por su parte para las mujeres, el mejor dato corresponde al Estado Plurinacional de Bolivia con 6,3% y el valor más alto a Honduras con 32,3%, es decir, existe una correspondencia con lo que se observa en los totales sin discriminar por sexo. Finalmente, el promedio de los países es de 14,8%, esto es, 8 puntos porcentuales mayor a lo que ocurría entre los varones. Se evidencian importantes brechas por género pero en los países del cono sur estas son muy bajas. En Argentina, Uruguay y Chile las brechas relativas son menores a 20% (1,1 y 1,2%) mientras que en países de América Central la proporción de mujeres que no estudian ni trabajan triplica a la de los varones. Para el tramo de edad entre 18 y 24 años, el valor más bajo del total de los países estudiados corresponde a Uruguay con 11,1%, el más alto a Honduras, con 28,3%, y el promedio de los 18 países alcanza a 16,9%. Para los varones el mejor valor es el de Venezuela con 1,5% y el más alto el de República Dominicana con 14,5%; por último, para las mujeres, el valor más bajo es el de Venezuela con 13,6% y el más alto corresponde a Honduras con 47,1% así como Nicaragua y Guatemala con valores mayores al

40%. Por último, las brechas de género que se observan en este grupo de edad son aún más pronunciadas a las observadas entre quienes tienen entre 15 y 17 años.

Si, en cambio, para el tramo de edad de 18 a 24, analizamos la proporción de este segmento a nivel agregado de los 18 países, por máximo nivel de instrucción alcanzado, los datos muestran una consistente correlación para el total de mayor proporción que no trabajan ni estudian con los niveles educativos más bajos (29,8% con hasta primaria incompleta y 3,0% para nivel superior/universitario). Para los varones, el valor para primaria incompleta es de 5,9% y para el nivel más alto de 1,6% mientras que para las mujeres el nivel más bajo es de 56,9% y el más alto de 4,2%. Estos valores se modifican según la configuración familiar y su condición de jefes o cónyuges.

La publicación *Trabajo decente y juventud* señala que hay 108 millones de jóvenes de 15 a 24 años en América latina y el Caribe. De ellos, 37,2 millones solo estudia, 35,3 millones solo trabaja, 13,3 millones estudia y trabaja, 21,8 millones ni estudia ni trabaja. Entre estos últimos, 16,5 millones (75%) formarían parte del nuevo grupo caracterizado como Ni-Ni-Ni que tampoco busca trabajo.

La Población Económicamente Activa (PEA) está integrada por 56,1 millones de jóvenes, de los cuales 7,8 millones son desempleados y 48,3 millones están ocupados. Con déficit de empleo decente se encuentran 50 millones de jóvenes de los cuales los 16,5 millones Ni-Ni-Ni ya mencionados constituyen el núcleo duro, integrado por los jóvenes que no trabajan, no estudian y no buscan empleo, fuertes candidatos a la exclusión.

La ubicación de los que no estudian ni trabajan por quintiles de ingreso familiar *per cápita* evidencia que los mismos se concentran en los estratos de ingresos más bajos. Para el total de la población de los 18 países analizados, esos valores oscilan entre el 31,2% para el primer quintil hasta el 9% en el quintil más alto. Para los hombres, el 24% se encuentra en el primer quintil que se reduce al 6,6% en el quintil más alto mientras que las mujeres duplican la proporción de Ni-Ni de los hombres en el primer quintil pero también en el más alto, ascendiendo a 40,8% y 11,8%, respectivamente.



Nivel educativo de los jóvenes

La OIT informa sobre los jóvenes de 15 a 24 años por sexo según las actividades que realizan en el mercado de trabajo o su inserción en el sistema educativo. Para el total de la región en el año 2011, en el tramo de edad agregado, 34,5 del grupo de ambos sexos solo estudian, el 32,8% solo trabaja, el 12,4% estudia y trabaja y el 20,3% no estudia ni trabaja. Por sexo, las mujeres que solo estudian constituyen el 37,1% contra los hombres que son solo el 34,5%. Las mujeres que solo trabajan son el 23,7% contra el 32,8% de los hombres, los hombres que estudian y trabajan son el 14,2% y las mujeres el 10,6%, y en el grupo que nos interesa especialmente que no estudia ni trabaja, los hombres alcanzan al 12,0% contra un 28,6% de las mujeres. Es obvio que son mujeres que se dedican al cuidado, mostrando que esta clasificación invisibiliza dicho trabajo. En una perspectiva cronológica, el grupo de los que solo estudian ha aumentado desde el año 2005, ha disminuido levemente el grupo de los que solo trabajan, se mantiene estable el de los que estudian y trabajan y hay una mínima tendencia a la disminución de los que no trabajan ni estudian.

¿Qué hace este contingente de jóvenes en la región?

En la Conferencia de Población de América Latina y el Caribe de Montevideo una de las redes de jóvenes destacó la injusticia de que se estereotipen las condiciones de vida de los pobres de la región. Los jóvenes hicieron notar que los que no trabajan ni estudian son piezas fundamentales en las estrategias de los arreglos domésticos de sus hogares, desplegando actividades que van desde el cuidado de menores y ancianos, la atención de las tareas domésticas que los adultos no pueden cubrir, las pequeñas reparaciones en el hogar, los mandados y la articulación del mundo de los viejos con el nuevo mundo de los jóvenes. Describir ese despliegue cotidiano de actividades, del que hay poca información disponible, es una deuda pendiente con ellos que si no se salda, a su frustración objetiva puede sumar otra subjetiva consecuencia del hecho de que su caracterización como “Ni-Ni” los convierta en personas definidas más por la vida que no tienen que por la que tienen.

En este contexto, son relevantes los comportamientos por sexo

La referencia a los jóvenes como Ni-Ni supone que serlo es una decisión de carácter personal. Lo es, en la decisión de dejar o seguir en la escuela o incorporarse al mercado de trabajo. Pero esta decisión se subordina a los ciclos de obligatoriedad escolar de los países, las necesidades propias o del hogar y las oportunidades del mercado de trabajo. Es decir que no hay decisión subjetiva al margen de las condiciones sociales propias de cada contexto.

determinados por la división sexual de roles sociales y, especialmente, por el papel que juegan las mujeres en el proceso reproductivo. Estas mujeres que no trabajan ni estudian, merodean continuamente alrededor de la maternidad, sea como evento reproductivo propio o por una maternidad social, que consiste en el cuidado de hermanos, hijos o sobrinos, que también se extiende en sus responsabilidades hacia otros miembros mayores de la unidad doméstica que necesitan cuidados. El paso de la maternidad social a la biológica se relaciona con la insuficiencia de políticas de salud sexual y reproductiva que les permitan decidir sobre su cuerpo aunque hay evidencia de que el embarazo adolescente es en muchos casos la búsqueda del único proyecto de vida posible y no solo resultado del desconocimiento o de la falta de acceso a recursos de salud.

El informe "Trabajo Decente y Juventud" de la OIT muestra algunas características de los jóvenes que no estudian ni trabajan según edad y sexo, focalizando en el tipo de desempleo que sufren y su dedicación a los quehaceres del hogar. Para el 2011, se puede ver que el desempleo alcanza al 24,6% (de los que 16,3% son ce-

santes, lo que señala que han estado previamente empleados) y 54,5% se dedica a quehaceres del hogar. Por sexo, el desempleo masculino total alcanza 41%, la situación de cesantía 28,7% y la dedicación a quehaceres 15% pero para las mujeres el desempleo alcanza al 17,5%, siendo cesantes el 10,9% mientras que la dedicación a los quehaceres del hogar alcanza a 71,4 por ciento. La ocupación por ramas de actividad confirma la tendencia de la caída de la participación en la agricultura y en menor medida en la industria manufacturera, el crecimiento de la participación en construcción y sobre todo en el comercio. Estos datos dan pistas de los potenciales nichos ocupacionales para los que no trabajan ni estudian, en la medida en que la inserción en uno u otro sector de la economía requiere del desarrollo de diversas competencias. A nivel regional, el empleo de los jóvenes se concentra en tres ramas de actividad, 29,1% en comercio, 20,9% en servicios y 14,3% en industria. Estos datos son mucho más altos para las mujeres ya que solo 38% de los hombres se desempeñan en el sector terciario y esta proporción asciende a 69% de las mujeres. La mayoría de los jóvenes que trabajan lo hacen como asalariados en el orden del 65,7%, en segundo lugar, como trabajadores independientes en un 14% para los jóvenes y 12% para las mujeres, estas especialmente concentradas en la categoría de servicio doméstico. En materia de protección social, acceso a los sistemas de salud y previsionales, solo alrededor de 37% de los jóvenes ocupados son cotizantes en salud y 39,5% en sistemas de pensiones, con grandes diferencias entre los países. El 55,6% de los jóvenes ocupados tenía un empleo informal y esa proporción es mayor para las mujeres que para los hombres. Por eso, las políticas públicas deben ser un haz diversificado de alternativas que den cuenta, a la vez, de los que no están todavía en el mercado de trabajo y de las condiciones vigentes en el mercado al que pretenden ingresar.

¿Qué políticas públicas para superar la condición de Ni-Ni-Ni?

La multidimensionalidad de las transiciones de la adolescencia y la temprana juventud en materia de articulación entre estudio o formación e ingreso al mercado de trabajo no pueden ser respondidas sólo desde los enfoques sectoriales tradicionales de las políticas educativas y laborales. La complejidad interna de la categoría indica que cada contingente de jóvenes tiene problemas distintos y requiere soluciones distintas. Sin poner en duda la centralidad de los dos primeros componentes, es notable la ampliación de demandas en materia de nuevas políticas que reclaman respuestas holísticas encarnadas en el diseño de políticas de juventud. En este sentido, la tarea de la Organización Iberoamericana de Juventud (OIJ) ha consolidado una importante tarea de investigación y cabildeo poniendo en primer plano las demandas del grupo etario que, por supuesto, exceden a las previsiones que pueden proveer los sectores tradicionales. Desde el punto de vista educativo, y en relación con la situación de los niveles educativos en los quintiles más bajos de la distribución del ingreso, la mayoría de los esfuerzos generaron planes y programas para la finalización de los niveles educativos formales, tanto primario como medio o secundario. En muchos países, estos esfuerzos tienen como canal principal de operación los programas de transferencias condicionadas que como condicionalidad para que los hogares sigan recibiendo la transferencia, requieren que se certifique la concurrencia de los jóvenes al sistema educativo. Casos como el Bono Juancito Pinto del Estado Plurinacional de Bolivia o la Asignación Universal por Hijo de Argentina son ejemplos en esa dirección. No es que se trate de programas educativos para adolescentes o jóvenes con bajo capital escolar, sino que se trata de programas de lucha contra la pobreza que requieren como condición que los chicos vayan a la escuela. Sin embargo, esta herramienta se encuentra subutilizada por no producir sinergias más dinámicas entre lucha contra la pobreza e incremento de la participación plena en el sistema educativo. El tema también fue ampliamente discutido en el Seminario 2013 del Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación (IIPPE), cuyos debates quedaron plasmados en la publicación “Educación y políticas sociales: sinergias para la inclusión”. También se debe pensar cómo la focalización en mujeres puede convertirse en un desestímulo para convertirse en ocupadas.

En los casos de programas de acceso libre y universal, hay algunos como el Plan Fines en Argentina, donde se completan los ciclos escolares adeudados. También hay alternativas para

grupos históricamente discriminados como los pueblos originarios o afrodescendientes, con discapacidades de distinto tipo o diversas identidades de género. Como señala la OIT, “*América Latina, la región más desigual del mundo en términos socioeconómicos, se ha caracterizado por presentar una situación constante donde la relación entre los ingresos de la familia y la educación de sus miembros ha sido directamente proporcional. Así, la mayor y mejor educación se concentra en los sectores de mayores ingresos, mientras que la peor o más reducida se concentra de manera indeclinablemente marcada, en los sectores de menores ingresos*”.

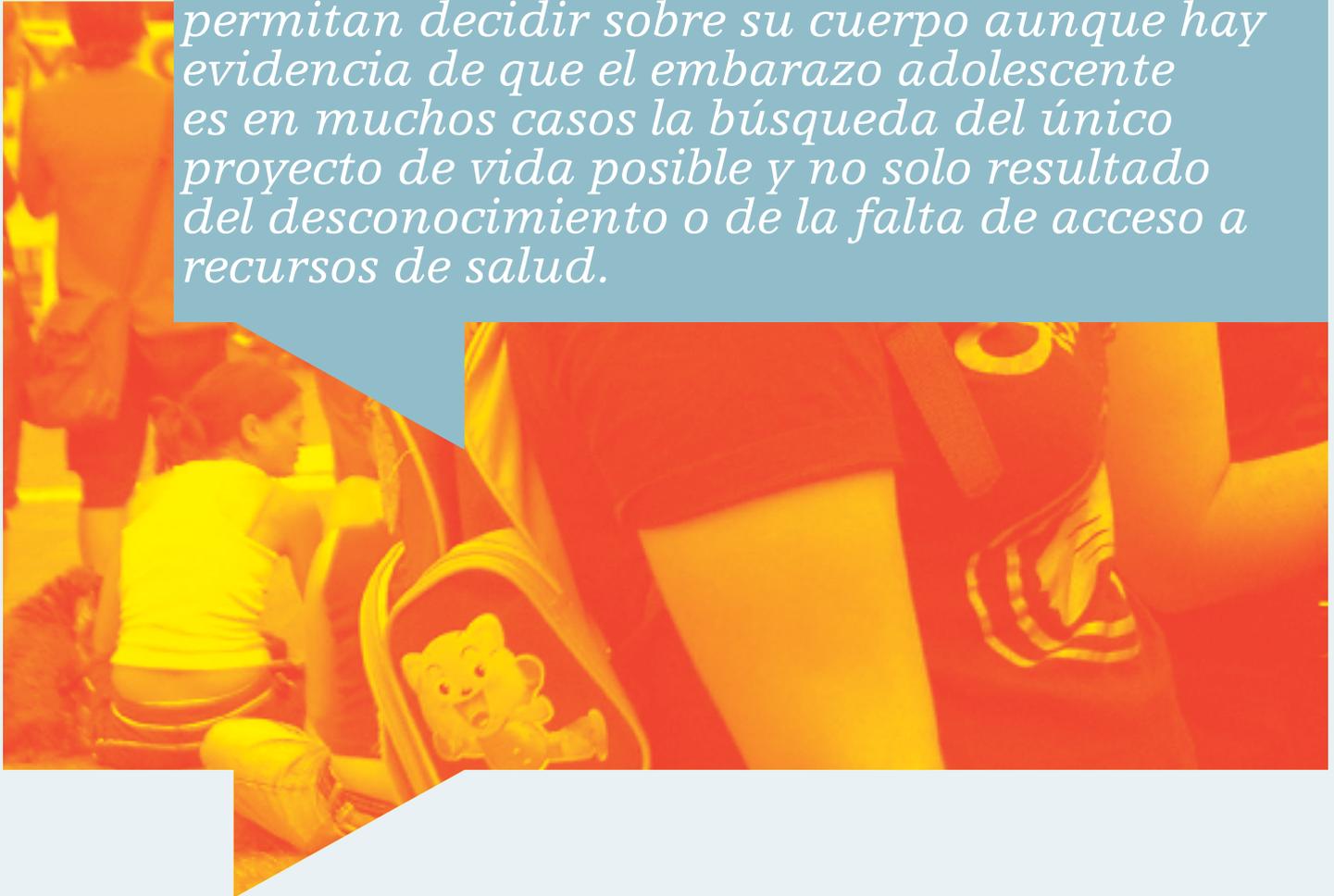
Además de su condición de derecho humano, la educación evita la transferencia generacional de la pobreza. Para eso, las políticas públicas deben reducir la brecha de nivel educativo entre quintiles con programas diversos, que superen el perfil de la oferta que previamente los expulsó. También la currícula de los distintos niveles debe incluir la formación para el trabajo, no como un elemento *recursohumanista*, sino rescatando su centralidad en la vida de los jóvenes, junto con la transmisión del estatus de derechos y deberes que debe regir la vida laboral.

La OIT propone políticas diferenciadas según la situación de desempleo, empleo informal y los que denomina Ni-Ni-Ni desde políticas para capacidades de empleabilidad, incluyendo educación, formación y competencias, insumos para la transición entre escuela y trabajo y programas de inserción laboral como pasantías, aprendizaje y políticas de primer empleo para los que se encuentran ya en el empleo informal, programas de incentivos a la formalización que operen sobre los empleadores e incluyan educación, formación y competencias, desarrollo de los pisos básicos de protección social y políticas de mercado de trabajo, como iniciativas empresariales y desarrollo del empleo por cuenta propia de los jóvenes.

Por último, para el grupo que tiene las tres privaciones, si son mujeres en los quehaceres del hogar, el desarrollo de políticas de conciliación trabajo-familia, de cuidado y campañas de acceso a la salud sexual y reproductiva. Finalmente, para los inactivos que no buscan trabajo se trata de generar programas de segunda oportunidad, incluyendo formación y educación, transferencias condicionadas y programas de participación juvenil.

La OIJ, en su interés por alcanzar una definición transversal de políticas para la juventud, y promover una “agenda post 2015” propone políticas para jóvenes con un enfoque amplio y abarcativo más allá de las conocidas tradicionalmente como políticas de juventud. La propuesta es trascender a las que se dirigen al tramo etario y recuperar la integralidad del tema, en el marco de la enorme variación de las identidades de los jóvenes.

El paso de la maternidad social a la biológica se relaciona con la insuficiencia de políticas de salud sexual y reproductiva que les permitan decidir sobre su cuerpo aunque hay evidencia de que el embarazo adolescente es en muchos casos la búsqueda del único proyecto de vida posible y no solo resultado del desconocimiento o de la falta de acceso a recursos de salud.



¿Qué habilidades necesitan desarrollar?

A pesar del aumento de la matrícula escolar en América latina, hasta los que fueron al secundario tienen dificultades para ocupar los puestos de trabajo disponibles. Una explicación es la calidad de la educación que reciben; otra, la poca pertinencia de las habilidades que forman las escuelas y las que demanda el mercado laboral. Este desacople requiere repensar la oferta educativa, superando las habilidades solo cognitivas y académicas dirigiéndose hacia las no cognitivas y socioemocionales, aspectos menos valorados en la oferta escolar tradicional. Los empleadores piden habilidades blandas, que incluyen habilidades sociales, de liderazgo, estrategias metacognitivas y autoeficacia

o capacidad de percepción.

En síntesis, mayor articulación entre el sistema educativo y el mundo de trabajo. Esta convergencia de intereses y ofertas requiere el diálogo entre un sistema educativo que mire hacia afuera de las aulas, un mundo del trabajo que pueda explicitar claramente sus demandas y, por último, la participación de los jóvenes que expresen sus carencias, necesidades y deseos, todos ellos reforzados por políticas públicas orientadas al cumplimiento del objetivo del trabajo decente.

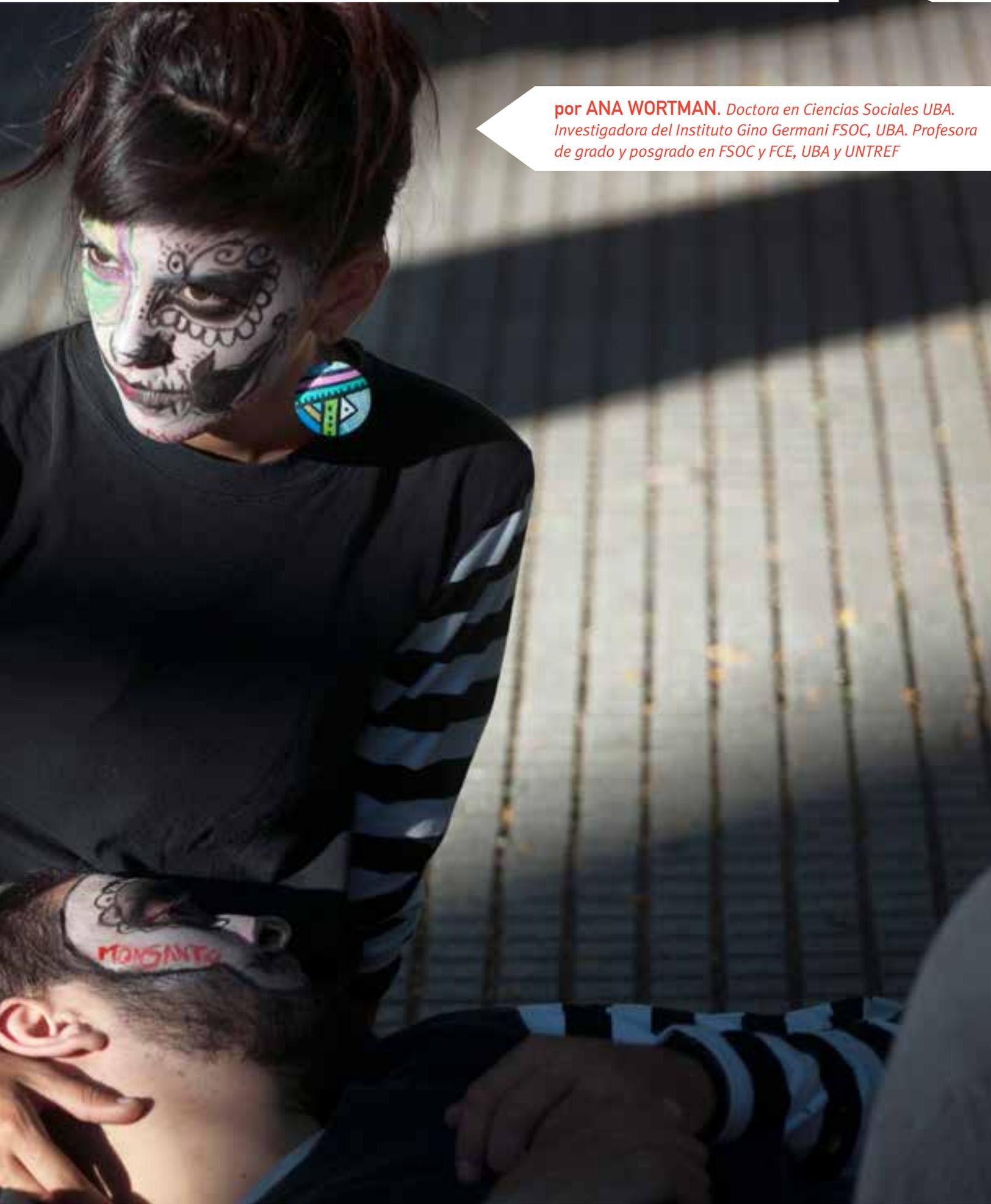
Si esta convergencia no se logra, buena parte de los jóvenes seguirán siendo estigmatizados como los Ni-Ni-Ni más allá de toda explicitación que podamos hacer revisando críticamente esa condición.



EN LA ÚLTIMA DÉCADA SE CONFORMÓ EN BUENOS AIRES UNA EXTENSA ESCENA CULTURAL INDEPENDIENTE. SE MODIFICARON LAS PRÁCTICAS SOCIALES ASOCIADAS A VER, CONSUMIR Y REUNIRSE CON OTROS EN TORNO A BIENES ARTÍSTICO CULTURALES, GENERANDO NUEVAS FORMAS DE SOCIABILIDAD Y AGRUPAMIENTO. UN FENÓMENO QUE SURGE Y SE INCREMENTA A PARTIR DE LAS CRISIS Y QUE SE EXPRESA EN EL DESPLIEGUE DE SUBJETIVIDADES CON VOLUNTAD DE GENERAR PROYECTOS CULTURALES.

LOS JÓVENES: ACTORES DE LA CULTURA EMERGENTE DE BUENOS AIRES

por **ANA WORTMAN**. *Doctora en Ciencias Sociales UBA. Investigadora del Instituto Gino Germani FSOC, UBA. Profesora de grado y posgrado en FSOC y FCE, UBA y UNTREF*



E

n la última década hemos podido comprobar la conformación de una extensa escena cultural independiente muy diversa en la ciudad de Buenos Aires, tanto en el campo de lo que se muestra en centros culturales como en el nivel de organización de sus proyectos o articulación con otras esferas institucionales. Nos interesa pensar si estos espacios culturales suponen también, por un lado, la emergencia de nuevas subjetividades y prácticas en relación con el trabajo, y por otro, cómo operan en los imaginarios en torno a la creación artística y a la promoción de nuevas estéticas. El artículo que se presenta se funda en la observación de un conjunto de espacios culturales significativos de la ciudad de Buenos Aires, a través de la realización de entrevistas en profundidad a los organizadores de los espacios y a los profesores de disciplinas artísticas y también de los artistas que en ellos circulan, así como también de la observación de la dinámica del público y de las actividades en general.

Nuevas formas de organización de la cultura

La asimilación del concepto de cultura igual desarrollo, derivado de la presencia de las ONGs en nuestros países y en los Estados encargados de formular políticas públicas en relación a la cultura, ha producido un incremento de espacios de exhibición artística en los principales centros urbanos. Si bien no hay estadísticas oficiales al respecto, se habla de más de 300 espacios culturales autogestivos en la ciudad de Buenos Aires que nos llevan a reflexionar sobre las transformaciones de la organización de la cultura. También –desde las políticas culturales estatales– se ha promovido la creación de nuevas espacialidades, que presentan –de manera nutrida– una importante programación con artistas generalmente jóvenes tanto de la ciudad de Buenos Aires como del interior del país. En ese sentido advertimos el crecimiento de espacios de exhibición y presentación de bienes culturales que reciben nuevas denominaciones; así hablamos de centros culturales, bares culturales, casas culturales, cineclubes, así como de realización de actividades culturales en general en la Argentina y en la ciudad de Buenos Aires, que es el ámbito donde pondremos el foco.

En la última década hemos podido comprobar la conformación de una extensa escena cultural independiente muy diversa en la ciudad de Buenos Aires, tanto en el campo de lo que se muestra en centros culturales como en el nivel de organización de sus proyectos o articulación con otras esferas institucionales.

El desborde de la escena artística

Este hecho da cuenta de la importancia del análisis del surgimiento de nuevas prácticas sociales asociadas a ver, consumir y reunirse con otros en torno a bienes artístico culturales. La presentación de bienes culturales en diversos espacios sociales públicos genera formas de sociabilidad, agrupamiento, nuevas comunidades, nuevos entretenimientos, etc. Así como también rituales. Esta cuestión ya viene siendo pensada en relación a la reconfiguración del espectáculo cinematográfico. Como ha sido señalado en algunos trabajos sobre públicos de cine, el espectador de cine no es siempre igual a sí mismo, su modo de ver y asistir a la sala de exhibición va variando y modificando en relación a otros procesos sociales, en este caso a la domesticación del consumo de cine y al debilitamiento de la vida barrial. Si en la actualidad se puede advertir una vuelta a las salas de exhibición –hay un conjunto de datos que así lo demuestran–, seguramente ese espectador va a estar atravesado por la experiencia doméstica de interrumpir la película, comer y charlar. Vamos al cine, pero también vamos a comer, nos juntamos con amigos, comemos en el cine. Vamos al teatro, pero mientras presenciamos la obra de teatro, también comemos y conocemos nuevas personas. Así como siguen existiendo salas de teatro en el sentido convencional donde está claramente definido dónde se ubican los actores y la escena y dónde está el público, nuevos tipos de obras se presentan en bares, museos, salas de exhibición, centros culturales, casas, universidades y el público muchas veces forma parte de la obra, se lo hace actuar, cantar y participar de diversas maneras. Lo mismo sucede con los recitales, conciertos y la música en vivo en general. Podemos advertir que ya no hay un esquema predeterminado, un espacio predeterminado para la presentación del bien cultural. Se mantienen los espacios creados para tal fin, pero observamos el crecimiento de una diversidad de lugares que convocan público mientras se come, o se come después. Si en la primera modernidad asistir a un espectáculo tenía una dimensión casi religiosa, de silencio y disposición corporal especial, hoy convive con ruidos, comidas e interrupciones diversas.

Muchas veces la gente, en particular los jóvenes, van a un lugar más por la identificación con el lugar y la expectativa de cierto

estilo de propuestas y la posibilidad de encuentro con personas de similares patrones de comportamiento, que a ver a una presentación en particular. Se confía en el lugar, los lugares crean marca y confianza. Asimismo se espera en dichos lugares encontrar cierto tipo de gente, alrededor de ciertas ofertas culturales, se espera encontrar afinidad con las personas que asisten. Podríamos afirmar que los espacios culturales contemporáneos se convierten en clubes sociales. La identificación con cierta estética está asociada a cierto estilo de vida y se conforma en relación a una lógica de corte comunitario.

En todo caso lo que pretendemos señalar es cómo la dinámica de la vida social, la emergencia de nuevas subjetividades, se plasman en la organización del espacio tanto en el plano de cómo la gente vive, así como también de cómo la gente se encuentra y produce arte. En ese sentido, también las artes visuales han generado una explosión. El crecimiento de espacios de formación, tanto de plásticos como de estudiantes de cine, ha incidido en la visualidad urbana. Cierta creciente estetización de las calles, paredes y espacios públicos puede advertirse diariamente en nuestro circular por los espacios urbanos; también los transportes públicos, en particular trenes y subtes, están pintados por artistas. Esta culturización o estetización de nuestra vida cotidiana remite a un concepto señalado hace más de veinte años por Mike Featherstone en relación al impacto del diseño y los diseñadores, así como también de los publicistas y de los llamados nuevos intermediarios culturales. La ciudad comenzó a cambiar hace más de veinte años por esta creciente presencia de productores culturales en diversos ámbitos de la vida social.

Señalamos este hecho social porque es fundamental para comprender la dinámica de los consumos culturales en las ciudades argentinas y también de otros países en un contexto de globalización cultural. Si bien advertimos esta nueva dinámica espacial y de producción, circulación y distribución de los bienes culturales, al mismo tiempo sabemos que esto ocurre en otros lugares de América latina y el mundo en general. Consumir bienes culturales implica dar cuenta de estas transformaciones en la dinámica de la producción, así como también de la vida social y al mismo tiempo de las subjetividades sociales.

Nuevas formas comunitarias alrededor de la cultura

Ante el cierre de numerosos espacios de circulación cultural, otros han surgido en años posteriores a la tragedia de Cromañón. Se puede advertir una continuidad con los surgidos en la crisis argentina del 2001 en la dinámica de estos nuevos espacios, aunque también ya no solo como una salida de la crisis en términos de trabajo, sino más bien en tanto una elección de vida. Es notable observar que quienes los emprenden tienen en su mayoría un perfil universitario. En los anteriores no siempre lo eran, eran el resultado de una emergencia. En la coordinación de estos nuevos espacios aparece claramente una necesidad de plasmar ideas, proyectos y creencias en torno a un discurso político cultural no siempre militante, y también evidencia una transformación de la sociedad ya que expresa que hay una gran cantidad de jóvenes que se dedica al arte. Asimismo es posible advertir el resurgimiento de espacios destinados a la circulación social del cine. Este fenómeno no es novedoso, uno de ellos es de larga data y surge en un contexto de cierre cultural como fue el segundo gobierno de Perón, el resto de los llamados, en términos generales, cineclubes, también curiosamente reaparece después de la mencionada tragedia de Cromañón. Como los centros que observamos y clasificamos antes y después de la crisis del 2001, muchos de estos nuevos espacios postragedia también admiten esa clasificación. En todos observamos también una pasión por emprender, por generar proyectos, hay ideas y necesidad de recrear espacios de encuentro donde lo cultural a veces es el *leitmotiv* y otras la excusa para reunirse así como también experimentar otro estilo de vida.

“...Que arte es vivir de forma artística. Aunque no pintes, ni cantes, ni toques, ni escribas, ni nada de eso, y todo te salga mal. Es como vivís. Arte es vincularse con el otro. Vincularse bien, vincularse desde el corazón. El arte es corazón, también”.
Demian, *Vuela el pez*.

Sí se puede advertir en todos los espacios que existe un entramado social que no está atravesado absolutamente por los valores de la mercantilización social, aunque sí de nuevas formas de pragmatismo. Si en los años setenta la búsqueda de algún sentido de las cosas estaba puesta en la política, hoy parecería que es la cultura la que otorga sentidos. Aquí aparece la cuestión de por qué se hace lo que se hace. Hay un conjunto de rasgos comunes en estos espacios. Se advierte una revalorización de las músicas locales, como el folklore y el tango mezclados con ritmos y sonidos internacionales. También se manifiesta un cierto rechazo por espacios impersonales y muy grandes, donde no se puede conversar y además suele ser muy costosa la entrada. Según lo que manifiestan sus coordinadores en las entrevistas, estos espacios son como una casa grande, amigos con intereses comunes.

En la coordinación de estos nuevos espacios aparece claramente una necesidad de plasmar ideas, proyectos y creencias en torno a un discurso político cultural no siempre militante, y también evidencia una transformación de la sociedad ya que expresa que hay una gran cantidad de jóvenes que se dedica al arte.



¿Nuevas formaciones culturales?

Si fue una característica de la primera modernidad el consumo cultural en el espacio público, lo cual supuso la creación de espacios colectivos para la recepción de la oferta cultural, en la actualidad ciertos procesos sociales a los que alude la teoría sociológica contemporánea –como, entre otros, la individualización de lo social y la revalorización de la creatividad– pueden advertirse en las nuevas prácticas de consumo cultural, tanto en las formas públicas del consumo como en las privadas. También en la cultura contemporánea se resignifica el concepto de espacio. En una época donde ya las instituciones no son centrales para generar actividades, pensamos que es la lógica de la red la que atraviesa los nuevos emprendimientos y la circulación y conformación de sus públicos.

“Sin embargo, un centro cultural que intente abrir espacios para la creatividad no debe ser concebido como un espacio construido para aislar sino como un conector abierto entre prácticas culturales diversas y medios de producción accesibles que, a modo de gateways, conecten espacios de actividades con laboratorios, lugares propios con ajenos. Para ello, es fundamental proporcionar el acceso a las herramientas de producción ya que solo se pueden explorar los rangos de la creatividad si ponemos a disposición del participante los instrumentos necesarios para ello”.

Documento, Federación 2015

No percibimos sólidas apuestas estéticas que definan y distingan los proyectos, son más inquietudes de corte subjetivo las que motivan y sostienen las ideas. Aunque sí podemos percibir imaginarios estéticos y político-culturales distintos, no siempre del todo explicitados y conscientes. Sí podemos observar en todos la búsqueda generacional de un espacio de libertad de corte comunitario, al mencionar la idea de Casa Cultural o Club de Arte. Los entrevistados consideran que el concepto de centro cultural no les pertenece. Así podemos observar un fenómeno doble, la necesidad de espacios reducidos que representen un hogar de gente que comparte los mismos gustos y experiencias y a la vez, en el caso de los cineclubes, el espacio importa menos, puede intercambiarse cada vez.

Por último es de destacar cómo, a pesar de las dificultades económicas, en contextos políticos a veces confusos, se despliegan subjetividades con voluntad de generar proyectos culturales.

“Como resultado apreciamos cada vez más esa estética de lo procesual, de lo amateur que se mueve por el placer de desarrollar sus capacidades artísticas y compartirlas, sin esperar nada a cambio. Se trata de una cultura abierta e inclusiva, espontánea, que en definitiva está marcando el pulso del arte actual. La cultura pop(ular) licuada y en constante ebullición”.

Documento, Federación 2015



También en la cultura contemporánea se resignifica el concepto de espacio. En una época donde ya las instituciones no son centrales para generar actividades, pensamos que es la lógica de la red la que atraviesa los nuevos emprendimientos y la circulación y conformación de sus públicos.

A modo de conclusión, ¿nuevas subjetividades?

A pesar de una creciente racionalización de las profesiones y las carreras universitarias demandadas por la dinámica del capitalismo posfordista, se pone de manifiesto un *ethos* romántico en los emprendimientos fundados en la cultura, los cuales parecen estar más impulsados por necesidades individuales que sociales aunque con consecuencias en la generación de un lazo social de corte comunitario. Hemos constatado que lo que observamos localmente también se manifiesta en la red de colectivos *Fora do Eixo* de Brasil:

“A noção geral é que os coletivos são constituídos por jovens adultos reunidos por vínculos de amizade e que realizam as atividades por livre e espontânea vontade, organizando as tarefas de acordo com as preferências, habilidades e temperamentos”.

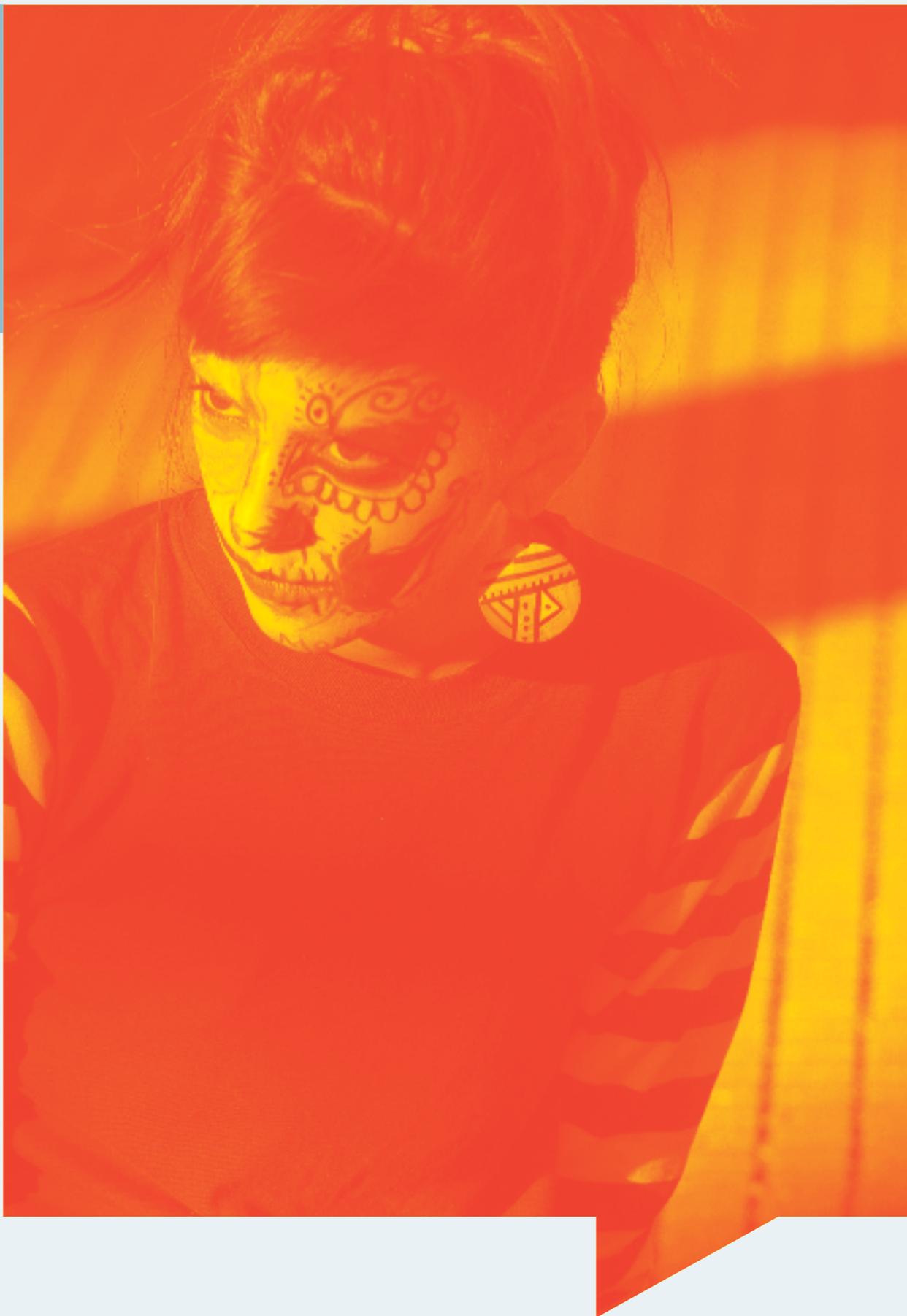
Revista FAMECOS, Porto Alegre, jan.-mar. 2015.

“O valor do ‘egocard’ Imaginário de cada um. Normalmente são universitários, ex-estudantes que abandonaram o curso ou recém-formados nas áreas de Comunicação, Humanidades ou Ciências Sociais que, desiludidos com o mercado de trabalho em suas cidades no interior, ainda que amparados pelas famílias e confiantes no cenário econômico de baixo desemprego, decidem experimentar alternativas mais significativas para as suas vidas”.

Azevedo da Fonseca.

Surgen algunos interrogantes en relación a estos fenómenos. Nos preguntamos: este tipo de emprendimientos ¿deben ser incorporados en políticas culturales más institucionalizadas? ¿O solamente brindar las condiciones para que autónomamente sigan prosperando? ¿Cómo sostener su continuidad? ¿Cuál es el impacto en el desarrollo de las artes y en el público?

A partir de estas aproximaciones nos propusimos dar cuenta de emprendimientos creativos emergentes en contextos postraumáticos, los cuales impugnan ciertas miradas absolutizadoras con respecto a una creciente burocratización de la vida social en la modernidad y de una mercantilización de las subjetividades. Si bien esta tensión constituye un rasgo saliente en el mundo contemporáneo, el magma de significaciones imaginarias derivadas del acontecer social genera diversos derroteros y en Buenos Aires, el hacer en la cultura constituye uno de ellos.





LA SITUACIÓN LABORAL DE LOS JÓVENES EN LA ARGENTINA: DIAGNÓSTICO ACTUAL Y PRINCIPALES CAMBIOS EN EL PERÍODO 2003-2014

A PESAR DE LAS MEJORAS LABORALES EVIDENCIADAS DURANTE EL PERÍODO 2003-2014, LOS JÓVENES CONTINÚAN SIENDO UN GRUPO EXPUESTO AL DESEMPLEO Y LA PRECARIEDAD LABORAL. LA MAYORÍA DE ELLOS TRABAJA EN LA ECONOMÍA INFORMAL, EN PUESTOS DE ESCASA O NULA CALIFICACIÓN. SU TASA DE DESOCUPACIÓN DUPLICA LAS REGISTRADAS PARA EL TOTAL LA POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA, DEMOSTRANDO LA NECESIDAD DE IMPLEMENTAR UNA AMPLIA ESTRATEGIA DE INCLUSIÓN LABORAL JUVENIL, SOBRE TODO PARA LOS SECTORES MÁS DESFAVORECIDOS.



por **EDUARDO LÉPORE**. *Candidato a Doctor en Sociología (UCA). Magister en Diseño y Gestión de Programas Sociales (FLACSO). Investigador del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, UCA*

por **MARIANA ÁLVAREZ**. *Magister en Ciencias Sociales del Trabajo (UBA), Docente de la FSOC, UBA*

El acceso al primer empleo es para la mayor parte de los jóvenes un símbolo de mayoría de edad; el ingreso al mundo del trabajo representa, para muchos de ellos, la transición a la vida adulta. Es por ello que la situación laboral de los jóvenes se relaciona estrechamente con sus oportunidades de emancipación, de construcción de proyectos de vida y de integración social. No obstante, las dificultades para acceder a empleos de calidad manifiesta un problema que los afecta particularmente y que los expone, en comparación con los adultos, a mayores niveles de incertidumbre económica y social. Los estudios sobre inserción laboral juvenil dan cuenta de los impedimentos de los jóvenes para lograr una trayectoria exitosa en el mercado de trabajo. Tanto el desempleo como la precariedad laboral son fenómenos persistentes que condicionan sus logros ocupacionales. Si bien no se advierte en el caso argentino la existencia de barreras a la entrada al mercado laboral, las investigaciones concluyen que los jóvenes son más sensibles a los cambios en el ciclo económico y que su inserción en el mercado de trabajo se caracteriza por una alta intermitencia entre estados ocupacionales. La alternancia entre breves períodos de empleo seguidos de breves períodos de desempleo e inactividad laboral conforma un circuito distintivo de su dinámica ocupacional.

Con el objetivo de aportar un panorama actualizado sobre la situación laboral de los jóvenes en la Argentina y de los principales cambios ocurridos en la última década, se analizan en este artículo una serie de indicadores relativos a la participación laboral, el desempleo y las características de la inserción ocupacional. Si bien la asignación de un tramo etario como modo de identificación de la población juvenil no es una decisión metodológica exenta de problemas conceptuales, se sigue aquí este criterio estadístico definiéndose como población joven a la compuesta por las personas entre 18 y 24 años de edad. Los datos expuestos surgen de procesamientos propios de los microdatos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH-INDEC) recogidos en el período 2003/2014.

Participación juvenil en el mercado de trabajo

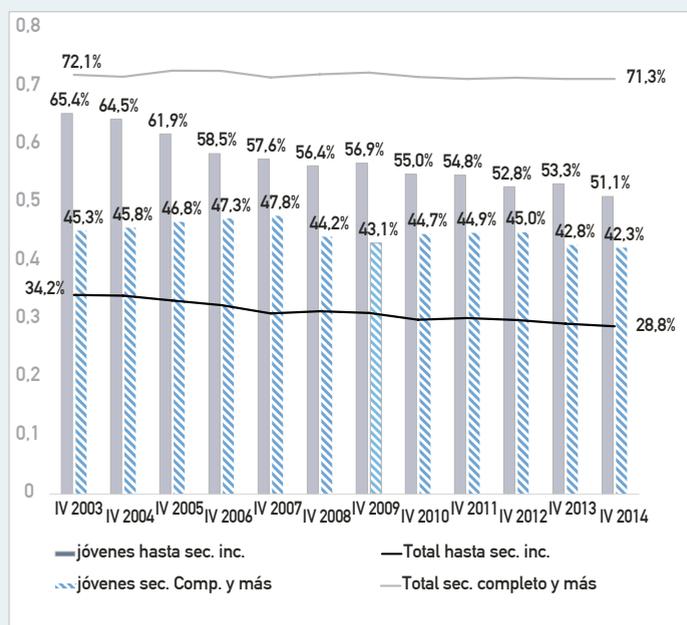
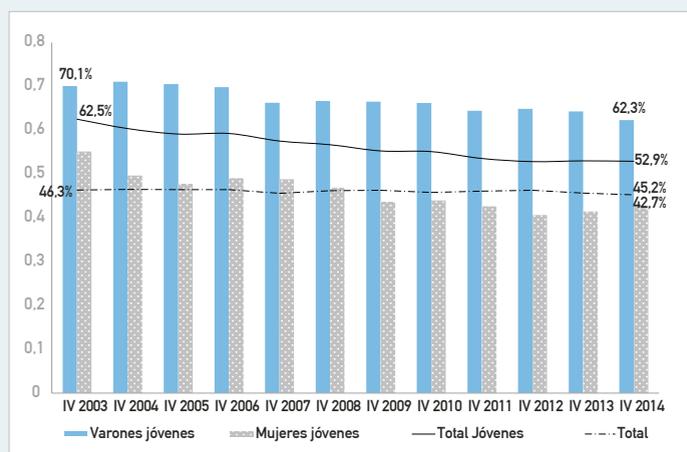
La participación de los jóvenes en el mercado de trabajo expresa el proceso de transición de los mismos a la actividad económica. La tasa de actividad de los jóvenes en el mercado de trabajo ronda el 53% en el IV trimestre de 2014, presentando una diferencia significativa entre varones y mujeres, ya que en el caso de estas últimas es casi 20 puntos porcentuales (p.p.) menor. Comparado con el total de la población de más de 14 años de edad, se advierte que la participación laboral de los jóvenes varones es claramente superior, aunque casi la mitad de la observada entre los adultos de edades centrales.

Cuando se considera la evolución de este indicador a lo largo de los últimos 11 años se comprueba una marcada disminución de la tasa de actividad juvenil, que pasó de 62% en 2003 a 53% en 2014. Esta reducción progresiva –de casi 1 punto porcentual por año– contrasta con la estabilidad de la tasa de actividad general que no mostró cambios relevantes durante el período estudiado. Aunque este comportamiento se verifica tanto para el caso de las mujeres como para el de los varones, la disminución de la participación laboral es más pronunciada en las primeras (12,4 p.p. y 8 p.p., respectivamente).

El análisis de las tasas de escolarización muestra que si bien entre los años 2003 y 2014 el porcentaje de jóvenes que asisten a establecimientos educacionales aumentó, ese aumento es inferior a la reducción de la participación laboral mencionada. En consecuencia, el aumento de la inactividad laboral de los jóvenes no puede ser completamente atribuido a una mayor concurrencia al sistema educativo, sino que en parte es debido a un retiro del mercado laboral no relacionado a un cambio en la situación educacional.

La desagregación de la participación laboral de los jóvenes según su nivel de educación evidencia que son los jóvenes con menor nivel educativo los que exhiben tasas de actividad más elevadas, lo que en la mayor parte de los casos se corresponde con una deserción más temprana del sistema escolar. De todas maneras, cabe indicar que estas diferencias se acotaron durante el período analizado, puesto que mientras la participación de los jóvenes sin estudios secundarios se redujo significativamente (14 p.p.), la participación laboral de los jóvenes con dichos estudios finalizados disminuyó ligeramente (3 p.p.)

Gráfico 1. Evolución de la tasa de actividad general y juvenil según sexo y nivel de educación. Total de aglomerados relevados, IV Trim. 2003 / IV Trim. 2014



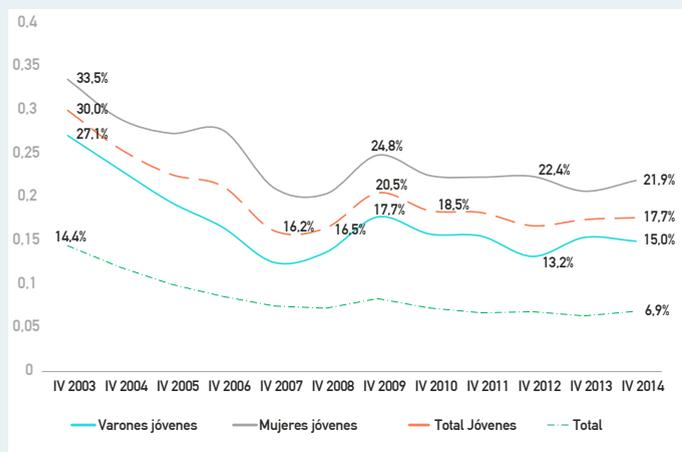
Fuente: Elaboración propia, en base a EPH (INDEC)

Desempleo juvenil

El elevado desempleo juvenil es un problema laboral prioritario tanto en el contexto de economías en desarrollo como en el de economías desarrolladas. En ambos casos, los jóvenes exhiben tasas de desocupación que duplican las registradas para el total de la población económicamente activa, hecho que implica que los jóvenes sean uno de los principales grupos explicativos del desempleo global. En el IV trimestre de 2014 la tasa de desocupación juvenil en las áreas urbanas del país llegaba a 18%, esto es 2,7 veces más elevada que la tasa de desempleo general, que para ese trimestre era de 7%. En el caso de las mujeres jóvenes la incidencia del desempleo asciende incluso a 22%, poniendo de manifiesto las mayores dificultades que enfrentan para insertarse en el mercado laboral.

Cuando se considera la evolución del desempleo juvenil en el período estudiado se aprecia un comportamiento similar al observado para el total de la población económicamente activa. Como puede verse en el Gráfico 2, el desempleo juvenil evidenció una reducción significativa, pasando de 30% en 2003 a 18% en 2014. Sin embargo, y a diferencia de lo ocurrido con la participación laboral, la reducción del desempleo juvenil no tuvo un comportamiento homogéneo durante estos años, pudiendo distinguirse tres momentos diferenciados. El primero de ellos, entre los años 2003 y 2007, es el lapso durante el cual el desempleo de los jóvenes se redujo sostenidamente de 30% a 16%; el segundo momento, entre los años 2008 y 2009, estuvo caracterizado por un ligero aumento del desempleo juvenil (5 p.p.); y finalmente, el tercer momento, que se inicia en el año 2010 y se extiende hasta el presente, es el lapso durante el cual la tasa de desocupación de este grupo etario se mantiene en torno al 18% actual. Si se compara esta evolución con la registrada en el total de la población activa se advierte la mayor vulnerabilidad al desempleo de los jóvenes, puesta de manifiesto en el mayor impacto relativo que ellos sufren entre los años 2008 y 2009 en un contexto de aumento de la desocupación general.

Gráfico 2: Evolución de la tasa de desempleo general y juvenil según sexo. Total de aglomerados relevados, IV Trim. 2003 / IV Trim. 2014



Fuente: Elaboración propia, en base a EPH (INDEC)

Características de la inserción laboral de los jóvenes

Como ha sido abundantemente documentado, los jóvenes no sólo se ven expuestos a mayores niveles de desempleo, sino a condiciones de inserción laboral más desfavorables, caracterizadas por la precariedad e inestabilidad de sus ocupaciones. El análisis de las características del empleo juvenil muestra que su inserción laboral es principalmente asalariada, aunque en su mayor parte en empleos desprotegidos: mientras que el 35% de los jóvenes se ocupa en empleos asalariados registrados, el 52% lo hace en empleos asalariados no registrados. Si se comparan estas proporciones con las observadas en el total de la población ocupada se advierte que estas se invierten, lo que pone de manifiesto la fragilidad de las inserciones ocupacionales juveniles. Comparado con 2003 se destaca el crecimiento de las inserciones asalariadas de los jóvenes en empleos registrados (13 p.p.). La inserción sectorial de los jóvenes muestra también diferencias con las observadas para el conjunto de los ocupados. Los jóvenes tienden a ocuparse en mayor medida en el comercio y la construcción. En particular, es importante el empleo en la rama comercio, en donde se ocupa el 29% de los mismos. Si se tiene en cuenta que el 14% de los jóvenes trabaja en la construcción,

se comprueba que poco menos de la mitad del empleo juvenil se agrupa en dos sectores de actividad con niveles de precariedad laboral superiores al promedio. Por el contrario, el empleo en el sector público, caracterizado por inserciones ocupacionales más estables, se encuentra subrepresentado entre los jóvenes: sólo el 8% de los mismos se ocupa en este sector contra el 16% observado en el empleo total. En concordancia con esta inserción sectorial, se observa que el 49% de los jóvenes trabaja en microestablecimientos de hasta 5 ocupados, en tanto que sólo el 21% de los mismos se ocupa en establecimientos medianos o grandes, con más de 40 ocupados. En términos generales, no se advierten durante el período analizado cambios relevantes en el perfil de inserción laboral de los jóvenes en la estructura ocupacional.

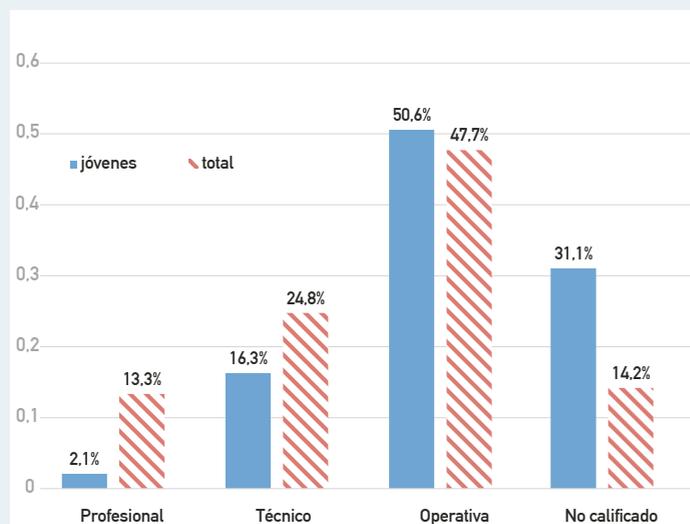
Cuadro 1: Características de la inserción ocupacional general y juvenil. Total de aglomerados relevados, IV Trim. 2003-IV Trim. 2014 (en porcentaje)

Características de la Población ocupada. IV Trim. 2003- IV Trim. 2014	Total		Jóvenes ¹	
	IV 2003	IV 2004	IV 2003	IV 2004
Categoría ocupacional				
Asalariado Registrado	38%	50%	22%	35%
Asalariado No Registrado	36%	26%	60%	52%
Cuenta Propia	21%	20%	13%	10%
Patrón	4%	4%	1%	1%
Resto	2%	1%	4%	2%
Rama de actividad				
Industria	13%	14%	14%	14%
Construcción	7%	9%	8%	13%
Comercio	21%	20%	31%	29%
Transporte	7%	7%	5%	5%
Servicios Financieros	9%	10%	8%	7%
Servicios Personales	7%	6%	5%	4%
Servicio Doméstico	7%	7%	7%	7%
Sector Público	17%	16%	10%	8%
Otros	12%	11%	13%	14%
Tamaño del establecimiento				
Hasta 5	47%	42%	55%	49%
de 6 a 40	27%	26%	27%	30%
Más de 40	26%	32%	18%	21%
Calificación ocupacional				
Profesional	9%	8%	2%	1%
Técnico	17%	18%	9%	11%
Operativa	47%	53%	47%	51%
No califica	26%	21%	42%	37%

Fuente: Elaboración propia, en base a EPH (INDEC)

El análisis de la calificación ocupacional de los puestos de trabajo desempeñados por los jóvenes resalta el peso que tienen de las inserciones laborales no calificadas. En efecto, el 37% se ocupa en puestos sin calificación, proporción que duplica la observada para los ocupados totales. Sin embargo, estas diferencias en la calificación ocupacional no pueden explicarse por el nivel de educación formal de la mano de obra, ya que como se ve en el Gráfico 3, el 31% de los jóvenes con estudios secundarios completos se ocupa en puestos de trabajo no calificados. Cuando se compara este porcentaje con el obtenido para el conjunto de la población ocupada se observa que sólo el 14% de la mano de obra con nivel secundario completo se inserta en puestos de trabajo sin calificación. Una explicación posible de la mayor sobreeducación de los jóvenes reside en su escasa o nula experiencia laboral, lo que significa que ante el mismo nivel de educación formal, los empleadores seleccionan trabajadores adultos con mayor experiencia laboral.

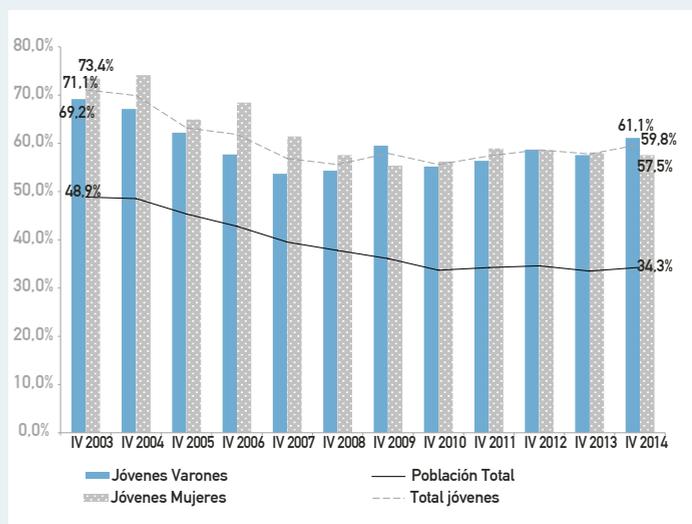
Gráfico 3: Calificación laboral de los ocupados con estudios secundarios completos. Total de aglomerados relevados, IV Trim. 2014 (en porcentaje)



Fuente: Elaboración propia, en base a EPH (INDEC)

El examen de la evolución de la tasa de empleo asalariado no registrado entre los jóvenes es de utilidad para evaluar en qué medida las condiciones de trabajo de este grupo de edad mejoraron en un período en el cual se expandieron las oportunidades de empleo, especialmente las de empleo de calidad con protección social. Los datos obtenidos hacen posible constatar una mejora relativa de estas condiciones expresadas en la disminución de la tasa de empleo no registrado juvenil, que pasó de 71% en 2003 a 60% en 2014. Como en el caso del desempleo juvenil, la tasa de empleo no registrado entre los jóvenes disminuyó más intensamente entre los años 2003 y 2007, llegando en 2008 a 56%; desde entonces se estabilizó luego de un ligero crecimiento en el nivel actual. Si se compara esta evolución con la verificada en el total de la población asalariada se advierte que la reducción de la tasa de empleo no registrado entre los jóvenes tuvo una menor magnitud que en el promedio (11 p.p. contra 15 p.p.), mostrando incluso un comportamiento ascendente en los últimos años del período considerado (4 p.p.).

Gráfico 4: Evolución de la tasa de empleo asalariado no registrado general y juvenil según sexo. Total de aglomerados relevados, IV Trim. 2003 / IV Trim. 2014



Fuente: Elaboración propia, en base a EPH (INDEC)



Resumen y conclusiones

Los resultados encontrados ponen de relieve que a pesar de las mejoras laborales evidenciadas durante el período 2003-2014, los jóvenes continúan siendo un grupo demográfico particularmente expuesto al desempleo y la precariedad laboral.

La participación laboral juvenil exhibió una tendencia declinante entre los años 2003 y 2014, a razón de un punto porcentual por año. Si bien este comportamiento manifiesta una postergación del ingreso al mercado de trabajo ligado a la mayor competencia y permanencia en el sistema educativo, no toda esta caída puede ser atribuida a cambios en la situación educacional. En particular, la retracción del mercado de trabajo se observa entre los jóvenes con menores niveles de educación formal, lo que puede hacernos suponer que en una etapa de expansión de las oportunidades de empleo, la reducción de la participación laboral juvenil manifiesta el proceso de salida de trabajadores secundarios antes volcados al mercado laboral en un contexto restrictivo.

La notoria reducción del desempleo ocurrida en este período también benefició a los jóvenes. La tasa de desocupación juvenil mostró una disminución significativa, aunque con menor intensidad que la observada para el conjunto de la población. Asimismo, cabe decir que luego de la pronunciada caída verificada entre 2003 y 2007, la tasa de desempleo de los jóvenes se estabilizó en un nivel casi tres veces mayor al observado para el total de la fuerza laboral. Los jóvenes que participan del mercado de trabajo permanecen así estando en situación de alta vulnerabilidad al desempleo.

Cuando se examina el perfil de la inserción laboral de los jóvenes en la estructura ocupacional se advierte que se ha mantenido sin cambios significativos. En términos generales, se trata de una inserción mayoritariamente asalariada y concentrada en las actividades del comercio y la construcción. Los jóvenes trabajan de manera mayoritaria en microestablecimientos de la economía informal, en puestos de trabajo de escasa o nula calificación. Aunque la tasa de no registración laboral de los jóvenes



disminuyó durante el período, todavía más de la mitad de los mismos se ocupa de manera precaria e irregular.

La persistencia de estas condiciones de vulnerabilidad laboral llaman la atención sobre la necesidad de formular e implementar una amplia estrategia de inclusión laboral juvenil que en línea con la orientación de las políticas de empleo aplicadas en los últimos años incremente y consolide los mecanismos necesarios para articular el tránsito de los jóvenes, especialmente de sectores sociales más desfavorecidos, al empleo formal. Incrementar el grado de vinculación entre el sistema de educación y el mundo productivo, así como establecer un servicio público federal de prestaciones integradas de capacitación, entrenamiento laboral e inserción promovida en el trabajo registrado constituyen dos lineamientos clave para el logro de dicho cometido.

Los jóvenes trabajan de manera mayoritaria en microestablecimientos de la economía informal, en puestos de trabajo de escasa o nula calificación. Aunque la tasa de no registración laboral de los jóvenes disminuyó durante el período, todavía más de la mitad de los mismos se ocupa de manera precaria e irregular.



por **IRENE MELER**. *Doctora en Psicología. Coordinadora del Foro de Psicoanálisis y Género (APBA). Directora del Curso de Actualización en Psicoanálisis y Género (APBA y U.K.). Codirectora de la Maestría en Estudios de Género (UCES)*

JUVENTUDES, CONDICIONES DE VIDA Y SUBJETIVIDADES

LOS JÓVENES REPRESENTAN EL FUTURO DE LAS SOCIEDADES HUMANAS. TRADICIONALMENTE, ES EN ESTA ETAPA DEL CICLO VITAL HUMANO EN LA CUAL SE GESTAN LOS PROYECTOS DE VIDA. SIN EMBARGO, HOY EN DÍA ESTOS PROYECTOS SE VEN AFECTADOS POR LAS DISTINTAS MANERAS DE VIVENCIAR LA EDUCACIÓN, EL TRABAJO, LA SEXUALIDAD O LAS MIGRACIONES. MIENTRAS LAS GENERACIONES ADULTAS HAN TENDIDO A CLAUDICAR DE SUS ROLES DE ORIENTACIÓN, LE CORRESPONDE A LA JUVENTUD PREPARARSE PARA RETOMAR LAS RESPONSABILIDADES POR EL MUNDO QUE HABITAMOS.

Los jóvenes constituyen un sector social estadísticamente relevante en todo el mundo, y en especial en nuestra región, a lo que se agrega su importancia en tanto representan el futuro de las sociedades humanas.

Para estudiar cualquier colectivo social se requiere construirlo como una categoría de análisis, diferenciando este objeto del conjunto, e indagando en sus características específicas. Al hacerlo, comprobamos que esta categoría es muy heterogénea en su interior, ya que no existe una juventud, sino que es más acorde con la realidad referirnos a las juventudes. Los sectores juveniles se distinguen entre sí sobre la base del sector social al que pertenecen, su origen étnico, su género y su orientación sexual. Asimismo, la velocidad de las transformaciones culturales favorece que sea posible establecer diferencias entre los jóvenes más cercanos a la adolescencia y aquellos que se aproximan a su estatuto adulto. La proliferación mediática de diferentes “generaciones”, identificadas mediante letras, alude a que una diferencia etaria de tres años puede reconocerse por distintas actitudes ante el estudio, el trabajo, las relaciones amorosas y las relaciones familiares.

Sin embargo, este colectivo tan diverso a su interior, comparte algunas tendencias significativas. Existe hoy un mayor acceso a la educación, si se compara con generaciones precedentes, pero esa calificación no se acompaña con la posibilidad de obtener mejores trabajos remunerados. La actual revolución tecnológica ha contraído la oferta laboral, de modo tal que los jóvenes de hoy, aunque están mejor calificados, enfrentan grandes obstáculos para conseguir empleos. Las mujeres jóvenes son quienes más padecen el desempleo y también las que tienen mayores dificultades para obtener trabajos de calidad. Esta tendencia

se explica por la persistencia de la división sexual del trabajo, que les asigna las tareas de cuidado familiar, no remuneradas y poco prestigiosas, que demandan tiempo y energía restándola al trabajo para el mercado. De modo convergente, se observa la reproducción de prejuicios sobre su idoneidad y su compromiso laboral, lo que favorece emplearlas en posiciones subalternas. Las jóvenes de los sectores populares constituyen la gran mayoría de los desocupados de ese sector, y quedan atrapadas en los cuidados a sus hermanos, la maternidad y la domesticidad, lo que aumenta su vulnerabilidad a la violencia y contribuye a reciclar la pobreza.

Pese a la modernización cultural, diversos estudios informan sobre la persistencia de representaciones y valores tradicionales acerca del amor y la sexualidad. Estos coexisten de modo inarmónico con una aceptación irreflexiva de la incitación sexual posmoderna, estimulada en el capitalismo tardío por razones mercantiles. En el caso de los jóvenes varones, esta incitación no hace sino continuar con una tendencia ancestral, que considera el acceso al goce erótico como una recompensa al esfuerzo varonil, y como un emblema de logro que genera prestigio. Las mujeres jóvenes padecen nuevas estrategias de comodificación de sus cuerpos, que pueden ser sutiles en los sectores integrados, pero que, en ocasiones, asumen modalidades delictivas que afectan a los sectores femeninos subalternos.

Estos colectivos juveniles enfrentan barreras para encontrar su lugar en un universo social que tiende a excluirlos. Las generaciones mayores no han podido hacer espacio para la reproducción generacional en el contexto de la contracción de la oferta de trabajo. Ante esta tensión histórica, ellos oscilan entre la reproducción de las asimetrías jerárquicas entre sectores sociales, etnias y géneros, y una creciente tendencia hacia la paridad.

Los sectores juveniles se distinguen entre sí sobre la base del sector social al que pertenecen, su origen étnico, su género y su orientación sexual. Asimismo, la velocidad de las transformaciones culturales favorece que sea posible establecer diferencias entre los jóvenes más cercanos a la adolescencia y aquellos que se aproximan a su estatuto adulto.



La educación de los sectores jóvenes

La oferta del sistema educativo se segmenta siguiendo líneas de demarcación trazadas entre los sectores pobres y los sectores medios de la sociedad. También es conocida la segregación que se produce según el género de los sujetos. Mientras los jóvenes desfavorecidos buscan capacitarse en oficios, los que disponen de mayores ventajas aspiran a obtener credenciales universitarias. Surge la necesidad social de ocupar a los colectivos juveniles, para evitar que engrosen el segmento denominado "Ni-Ni", integrado por los que no estudian ni trabajan. La carencia de disponibilidad para desempeñar roles sociales favorece el desarrollo de impulsiones y/o de depresiones, deteriorando la salud mental de esta población excluida. Al mismo tiempo, aumenta su potencial contribución a la conflictividad social, y su vulnerabilidad a la discriminación y a la represión policial. Diversos autores han planteado el temor a que nos encontremos ante una generación perdida. Mientras que los varones de sectores populares excluidos corren el riesgo de ser reclutados por redes delictivas, generalmente vinculadas con el narcotráfico, las mujeres son más vulnerables a la trata de personas con fines de explotación sexual. En otros casos, al carecer de oportunidades para el desarrollo personal, ingresan en la vida adulta de modo precoz a través de la reproducción. La maternidad adolescente constituye una tradición en ciertos sectores sociales y se replica de generación en generación. La inmadurez personal, sumada a la prescindencia de muchos varones ante su inminente paternidad, contribuye a reciclar la pobreza de generaciones futuras. Respecto de la adherencia al sistema educativo, dos factores relevantes conspiran contra la misma: la pobreza y la disolución y recomposición familiar. Los jóvenes que residen en hogares monoparentales o en familias ensambladas tienen mayor proclividad a abandonar sus estudios que aquellos que crecen en hogares dirigidos por una pareja casada cuya unión permanece estable a lo largo de cierto tiempo. La inestabilidad de los vínculos y la escasez de recursos se retroalimentan entre sí, y perjudican el desarrollo educativo juvenil.

Las ofertas de capacitación destinadas a estos sectores apuntan a calificar la oferta laboral para dar satisfacción a los requerimientos actuales del mercado laboral, y deben ser un aspecto central de las políticas públicas.

En el caso de los sectores medios, la oferta de credenciales ha aumentado en diversidad y complejidad. Esto se explica, por un lado, por la necesidad de conocimientos actualizados respecto de los avances tecnológicos y organizacionales, y por el otro, por la mercantilización de la educación superior, que estimula la

acumulación de credenciales para competir por puestos laborales escasos.

Las mujeres aún prefieren capacitarse en ocupaciones vinculadas con sus roles sociales ancestrales, que han consistido en cuidar, educar y curar a los demás. La matrícula universitaria experimenta un proceso de *desgenerización*, o sea que tiende a ser mixta en carreras antes reservadas a los varones. Sin embargo, la división sexual del trabajo deja todavía su impronta en las subespecialidades. Para dar un ejemplo, hay muchas mujeres médicas pero pocas de ellas son cirujanas, ya que prefieren la clínica, la ginecología, la pediatría o la dermatología. Sin embargo, existen avances notables hacia la equidad. En la Argentina las mujeres son hoy mayoría en los estudios universitarios de grado y de posgrado, tienden a permanecer más en el sistema y obtienen mejores calificaciones que sus pares varones.



Las jóvenes de los sectores populares constituyen la gran mayoría de los desocupados de ese sector, y quedan atrapadas en los cuidados a sus hermanos, la maternidad y la domesticidad, lo que aumenta su vulnerabilidad a la violencia y contribuye a reciclar la pobreza.

Inserción laboral juvenil

Pese a que las mujeres son mejores estudiantes, su desempeño laboral no es tan exitoso como el de los hombres. Se ha descrito que durante los estudios cunde una ilusión de igualdad, pero que esta situación no se sostiene cuando, al ingresar en la vida adulta, la maternidad pone en crisis los proyectos laborales femeninos. Las mujeres jóvenes educadas y modernizadas aún experimentan dificultades para conciliar trabajo y familia. Diversos factores concurren para sostener este estado de cosas. Por un lado, los varones aun hoy tienden a considerar que su participación en los cuidados infantiles y en las tareas domésticas es complementaria y opcional, asignando la responsabilidad principal a las mujeres. Por su parte ellas tienden a sostener esta situación, haciéndose cargo de esta asignación tradicional de roles sociales. La mayor parte de las parejas de nuestro medio mantiene un estilo transicional en las relaciones entre los géneros, donde las mujeres aportan un ingreso complementario y los varones colaboran en el hogar. Este resabio de la división sexual del trabajo fragiliza las inserciones laborales femeninas, a pesar de la sobrecualificación educativa de las mujeres. Las estrategias conjuntas para el logro de un ascenso social basado en la ocupación del varón no resultan confiables en un período donde las familias tienden a experimentar frecuentes cismas y recomposiciones.

El colectivo masculino no es homogéneo, sino que se diferencia en sus desempeños laborales y en sus actitudes ante el trabajo, de acuerdo con el estilo de masculinidad que hayan construido, que, a su vez, incide en la elección vocacional. Mientras algunos varones estudian cuestiones sociales, comunicacionales o subjetivas, y, a los fines de la subsistencia, aceptan desempeñarse en ocupaciones que no se relacionan con sus temas de interés, otros, orientados hacia tareas rentables, estudian para capacitarse y mejorar sus desempeños laborales en los ámbitos empresarios. Ellos son los aspirantes a una masculinidad hegemónica, los que llegarán a los estamentos directivos de su sector social y de su género.

De todos modos, los escollos que enfrentan los sectores medios son menores si se los compara con la situación de los jóvenes pobres. Las mujeres provenientes de sectores populares engrosan el mercado informal de los servicios domésticos, con lo cual sostienen el desarrollo de carrera de sus congéneres más aventajadas, que se ahorran así negociar con sus compañeros la división sexual del trabajo. Los varones evitan la exclusión social cuando logran capacitarse en oficios, y de ese modo encuentran algún canal para un posible ascenso.

Sexualidades juveniles

El ejercicio de la sexualidad adquiere gran importancia en la vida de los jóvenes. Más allá de la importancia emocional de las relaciones amorosas, podemos considerar a la sexualidad como un eje central del intercambio social juvenil. Los jóvenes se vinculan no sólo para compartir intereses y recreación, sino también para oficiar como acompañantes en el proceso de búsqueda y establecimiento de contactos sexuales.

El régimen regulador de las sexualidades ha experimentado una profunda transformación. En las sociedades tradicionales, la sexualidad femenina ha estado censurada, para asegurar el orden establecido a través de la monogamia, institución sostenida de forma unilateral por las mujeres, vírgenes antes del matrimonio y fieles durante el mismo. De modo paralelo, la sexualidad masculina fue estimulada como un indicador de dominancia social y como una recompensa a los esfuerzos masculinos por prevalecer frente a los congéneres. Para sostener ese ordenamiento asimétrico, se ha creado una categoría de mujeres degradadas, aptas para los intercambios sexuales, y excluidas de la respetabilidad aportada por la condición conyugal y la maternidad.

En la actualidad, esa doble moral sexual cultural se encuentra en franco retroceso ya que las prácticas sexuales femeninas han salido de su condición clandestina y las mujeres jóvenes tienen acceso al libre ejercicio sexual, garantizado por la disponibilidad de la anticoncepción moderna.

Al mismo tiempo, la heterosexualidad compulsiva que ha caracterizado a los regímenes sexuales modernos a partir del auge del cristianismo, se encuentra en retroceso, y las más diversas modalidades de expresión de género y de deseo erótico se manifiestan de modo público. La discriminación sobre la base del género

y de la orientación sexual aún persiste, pero su manifestación franca no es aprobada en Occidente, ya que existen regulaciones legales y un creciente consenso cultural acerca de que la libre orientación sexual constituye un derecho humano.

Estas tendencias progresistas podrían inducir a un optimismo infundado, ya que el sistema de géneros, por su misma índole, tiende a reestructurarse a través de los cambios que experimenta. El ordenamiento hoy vigente en las regiones desarrolladas podría caracterizarse como una "polisexualidad mercantil". A su interior, todo está permitido en apariencia, siempre que conduzca al logro de réditos económicos. La industria de la pornografía se exhibe de modo manifiesto, y obtiene grandes ganancias. El consumo de drogas y alcohol constituye verdaderos rituales de iniciación juvenil, destinados a superar inhibiciones sociales y sexuales. Sus efectos destructivos en la salud de la población, y en especial entre los jóvenes, son conocidos por todos. Bajo la apariencia de un proceso de liberación, se encubren nuevas modalidades opresivas, que esta vez no se manifiestan a través del control sino de la incitación. La sexualidad juvenil es explotada de modo comercial, ya sea de modo indirecto, como incentivo para la adquisición de bienes o servicios, o de modo directo, mediante la pornografía y la trata de personas. Los varones jóvenes están sujetos a estímulos que favorecen el coleccionismo sexual y la represión de los afectos, que genera reluctancia a establecer vínculos de intimidad. Las jóvenes mujeres con frecuencia se someten a situaciones que no desean, o que carecen de reciprocidad erótica, como formas de ser aceptadas socialmente. Padecen, una vez pasada la primera juventud, de sentimientos de soledad, y experimentan dificultades para formar familias, un propósito que la mayor parte de ellas aún sostiene.

Los sectores juveniles hoy integrados al sistema reciben la pesada herencia de gestionar la conflictividad y las carencias de otros sectores en desventaja, ya sea por su origen étnico, su sector social o su género. Las generaciones adultas han tendido a claudicar de sus roles de orientación, pero conviene retomar las responsabilidades por el mundo que habitamos en común.

Migraciones y conflictos interétnicos: su incidencia en los sectores juveniles

Las poblaciones actuales se mueven al ritmo de la globalización. Hace varias décadas los movimientos migratorios fueron liderados por los hombres, en su mayor parte jóvenes adultos, que impulsados por las carencias económicas y la inseguridad política se desplazaron muy lejos de sus hogares en busca de mejores oportunidades. Las mujeres quedaban en el lugar de origen, con frecuencia a cargo de algunos hijos. Esa tendencia se ha modificado en la actualidad.

Los desplazamientos migratorios no son tan definitorios como antes debido al auge de las comunicaciones. Es posible ir y venir, y los flujos de remesas circulan con fluidez, marcando tendencias económicas que vinculan a las regiones de modos inéditos. Al mismo tiempo, muchas mujeres jóvenes o adultas jóvenes se desplazan lejos de sus hogares porque son requeridas para paliar la crisis de los cuidados que presentan los centros desarrollados. Mientras las mujeres casadas y madres de los países centrales, o de los sectores acomodados de los países periféricos, se incorporan al mercado, la participación del Estado en la provisión de recursos para el cuidado de niños, ancianos y enfermos es insuficiente. Se observa una notable tendencia a la participación masculina en la domesticidad y en la provisión de cuidados primarios a los niños, pero aún está lejos de ser igualitaria. Surge entonces la demanda de que las mujeres poco educadas provenientes de regiones pobres suplan los roles de cuidado que sus congéneres más afortunadas ya no cumplen como antes. Es así como las nuevas corrientes migratorias ya son mixtas y en algunos casos resultan lideradas por mujeres.

Las poblaciones de origen migrante que se originan a partir de estos traslados son vulnerables a la discriminación y a la exclusión social. Los varones adolescentes y jóvenes constituyen el sector poblacional más proclive a la transgresión y a la violencia, debido a su sociosubjetivación de género masculino, que sigue la ancestral tradición guerrera, aunque hoy se limite a escaramuzas suburbanas. Esta población es hoy fuente de preocupación por causa de su malestar social, que es fuente de tendencias antisociales que los dañan y lesionan al conjunto de la población.

Proyectos de vida

La juventud ha sido tradicionalmente un período del ciclo vital humano en el cual se gestaban proyectos de vida que organizaban la existencia y le daban sentido. Pero los acelerados cambios culturales y las nuevas modalidades de conflictividad política han tornado imprevisible la existencia. Se abren nuevas alternativas en cuanto a la orientación sexual, la asunción de identidades y la conformación de diversos estilos de familia o la negativa a establecerlos, que incrementan los márgenes de autonomía personal, superando en parte el control social, que fue tan opresivo en tiempos premodernos. Pero este proceso de individuación y de autonomía individual transcurre en un contexto donde las redes sociales son precarias y las instituciones contienen escasamente a los ciudadanos. Nuestros jóvenes enfrentan un universo cultural donde les resulta muy difícil integrarse. La exposición a la diversidad cultural amplía los horizontes, pero también promueve la anomia en un período de edad donde aún se busca guía y orientación de las generaciones anteriores. La población juvenil corre el riesgo de la exclusión, al menos en aquellos sectores a los que la escasez de recursos o los conflictos familiares han tornado vulnerables. Ante la sensación vertiginosa que promueve la diversidad de opciones y el constante debate entre varios estilos de vida, la tentación de abdicar de la autonomía y delegarla en sectores fanáticos o mesiánicos es poderosa. Los sectores juveniles hoy integrados al sistema reciben la pesada herencia de gestionar la conflictividad y las carencias de otros sectores en desventaja, ya sea por su origen étnico, su sector social o su género. Las generaciones adultas han tendido a claudicar de sus roles de orientación, pero conviene retomar las responsabilidades por el mundo que habitamos en común.

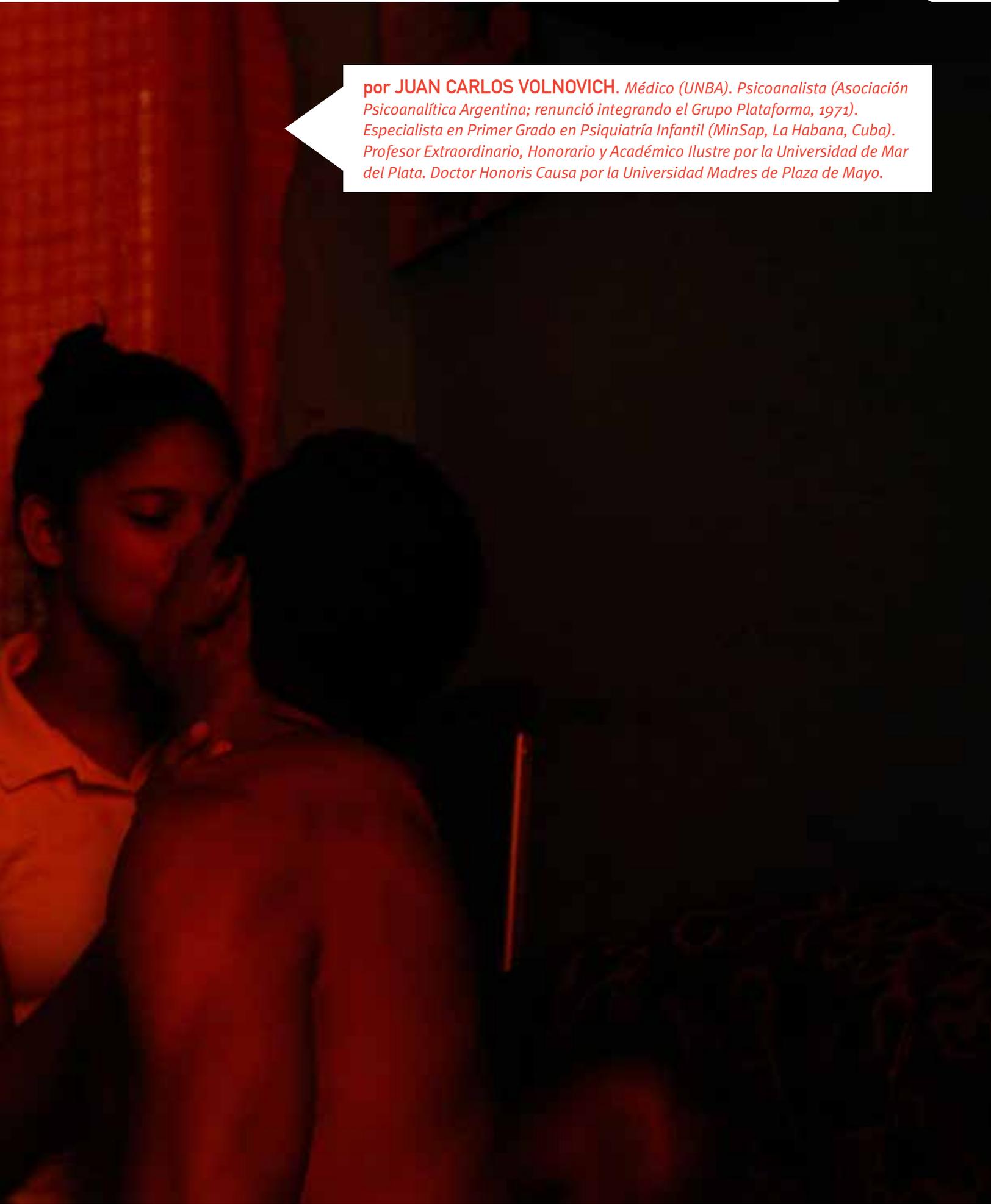




RITOS Y MITOS SOBRE LA INICIACIÓN SEXUAL DE LOS VARONES

A LO LARGO DEL SIGLO XX Y LO QUE VA DEL XXI, EL DEBUT SEXUAL DE LOS VARONES JÓVENES FUE SUFRIENDO IMPORTANTES CAMBIOS; PERO EN TODAS LAS ÉPOCAS EXISTIERON LOS TÍMIDOS. A CONTINUACIÓN, UN RECORRIDO POR ESTA HISTORIA Y POR LOS CAMBIOS ACTUALES QUE DEBEMOS APROVECHAR PARA TERMINAR CON LA NORMATIVA PATRIARCAL QUE ESTABLECE QUE EL CUERPO DE LOS VARONES ES EL LUGAR DONDE SE CONSTRUYE LA MASCULINIDAD.

por **JUAN CARLOS VOLNOVICH**. *Médico (UNBA). Psicoanalista (Asociación Psicoanalítica Argentina; renunció integrando el Grupo Plataforma, 1971). Especialista en Primer Grado en Psiquiatría Infantil (MinSap, La Habana, Cuba). Profesor Extraordinario, Honorario y Académico Ilustre por la Universidad de Mar del Plata. Doctor Honoris Causa por la Universidad Madres de Plaza de Mayo.*



Con cierto pudor, aun corriendo el riesgo de transitar por caminos trillados... voy a referirme a la iniciación de los varones heterosexuales. Y decidí hacerlo por dos razones:

► En los últimos tiempos el apogeo de los estudios *queer*; el júbilo del movimiento LGTTBI; el protagonismo que están tomando las homoparentalidades; el escándalo de la pospornografía... se han confabulado para desplazar a lo heterosexual volviéndolo a colocar en el lugar de la norma, de lo normal, sobre lo que –parecería– ya no hay nada más que decir. El inevitable e ineludible desplazamiento del interés académico y político a los gays, a las lesbianas, a lo trans, ha venido reclamando la atención y exigiendo explicaciones y teorías que le son ajenas a la heterosexualidad. La heterosexualidad ha quedado así tan soldada al sistema patriarcal, tan denunciada como refuerzo del dominio y el poder masculino, que solo aparece como objeto del repudio feminista.

► La segunda razón se basa en lo siguiente: sospecho que la heterosexualidad de nuestros días está sufriendo una serie de mutaciones, está cambiando bajo el impacto de la ampliación del espectro y, sobre todo, como efecto de la aparente disolución de las prohibiciones. De modo tal, que tomando lo anterior más como justificación que como argumento, voy a dedicarme a los tímidos.

Los tímidos

Porque en estos tiempos de celular en mano... aun circulan por ahí algunos tímidos.

En estos tiempos, cuando la ciencia y la técnica se han ocupado de acortar las distancias entre los cuerpos, cuando la velocidad anula los espacios y la expansión se nos hace infinita; en estos tiempos, cuando WhatsApp, Facebook, Twitter, Tumblr, Instagram, Tinder y Taringa se han tomado el trabajo de abolir los obstáculos que se oponían al encuentro franco, al intercambio sin vueltas, la timidez irrumpe para interrumpir el flujo, para demorar el contacto, para hacerle lugar al anhelo. La timidez canta presente y como contratiempo viene a perturbar la atracción inmediata y la seducción recíproca al instante hasta hacerla coincidir con el titubeo, la postergación, la lentitud extrema del tacto y del contacto.

En estos tiempos, cuando ya no hay límites para traspasar; cuando si no todo, casi todo lo que estaba prohibido pasó a estar permitido y frecuentemente vuelto como obligación; cuando el himen inmaculado de las pibas que alguna vez fue tesoro a conservar se ha convertido en pesada carga, en residuo bochornoso a disimular... en estos tiempos, aun perduran los pibes tímidos. Sí. Aun quedan pibes tímidos; aun persiste un universo de púberes, adolescentes (varones, me refiero) a quienes les cuesta acercarse a una “minita”, levantársela y “ponerla”. Pibes fóbicos, diríamos, enfrentados temerosamente, ambivalentemente enfrentados a ese rito de iniciación que es el debut, que es “la primera vez”: ese “acto” que dirime un antes y un después; ese “acto” que dirime un antes-virgen... un después-varón con todas las letras. Si. Aun quedan pibes tímidos, pero **los tímidos de ahora poco tienen que ver con los tímidos de entonces**. Comparten, tal vez, un mismo temor –el temor a su propio deseo y el temor al deseo de ellas; el temor a la exclusión del mundo de los normales (si por normales se entiende portar las credenciales de la virilidad tradicional)– pero aun así, el temor de los tímidos de ahora no es el mismo temor de los tímidos de entonces.

La timidez, la vergüenza de los pibes de antaño (aludo a las décadas previas a los '60) se hacía presente en las erecciones inoportunas, se les notaba en la cara cuando se sonrojaban descubiertos con sus “malos pensamientos”. No obstante, ese temor, esa timidez desaparecía en el zaguán porque allí el rechazo estaba asegurado. Los reparos, la reticencia, las negativas de las chicas decentes –de sus futuras novias, las que se hacían desear– permitían, exigían el despliegue de una iniciativa, el ejercicio de una audacia que no podía ser otra cosa que testimonio de una virilidad sin tacha y sin mancha (como no sea la de

Debemos aspirar a que el cuerpo de los varones no sea el sitio donde tiene lugar la construcción de la masculinidad sino que el cuerpo de los varones sea el sitio donde tenga lugar la destrucción de una normativa patriarcal en cuyo transcurso se forma un sujeto.

una polución en el calzoncillo). Allí, en el zaguán, las hormonas y el coraje se potenciaban. En el zaguán la timidez desaparecía para reaparecer en el burdel frente al cuerpo de la puta porque en esas ocasiones lo que estaba en juego era nada más y nada menos que la autenticidad de la masculinidad. Y esa condición quedaba supeditada pura y exclusivamente a la turgencia del pene; dependía de ese caprichoso amo despótico. Entonces, era la puta quien evaluaba y comparaba; era la puta quien tenía en sus labios la respuesta a ese interrogante definitivo y fundante de “¿Cómo la tengo?”.

La iniciación sexual de aquellos pibes transitaba por burdeles, puteríos baratos... llegaban allí conducidos por los padres o por algún tío canchero encomendado para esa función; adultos que funcionaban como iniciadores. Para la clase media porteña tuvo nombre propio: se llamaba Naná. Naná regentaba el prostíbulo más popular de Maldonado. En su puerta se agolpaban los “clientes” que viajaban a Punta del Este solo como pretexto para concurrir a una cita con la sacerdotisa máxima; para que los “chicos” debuten.

¿Todos los pibes de entonces se iniciaban con putas? No, no todos. También estaban las “sirvientitas” de la casa que daban una buena mano, ponían de su parte (y sus “partes”) a la hora de cambiar de estatus.

La timidez de entonces, hecha a pura represión, producción residual de la moral victoriana, había llegado a su máximo nivel,

además, gracias a la generosa contribución de la Iglesia. Porque para la Iglesia, ya se sabe, sexo y procreación están indefectiblemente soldados y eso supone el pecado para las mujeres que se entregan antes del matrimonio y –dicho sea de paso– el pecado mortal de la masturbación. De modo tal que los tormentos del infierno como promesa pero también el riesgo de un embarazo, la sífilis y la gonorrea confluían para amedrentar a los tímidos. La timidez de entonces, hecha a pura represión, cobró sus víctimas: Borges fue una de ellas. Según Rodríguez Monegal, una traumática iniciación sexual promovida por su padre con una prostituta en Ginebra (seguramente compartida con él) no fue ajena a la evitación de la sexualidad que se hizo evidente en su vida y en su obra.

Y esto fue así hasta finales de los '60. Las pastillas anticonceptivas y la liberación sexual de los '60 y los '70 llegaron como cálida brisa de primavera. Sexo por placer y no solo para procrear. Bajo la consigna de “a coger que se viene el Halley; hagamos el amor y no la guerra” aquellos pibes sesentistas gozaron de una iniciación sexual un poco más luminosa, un poco menos ominosa. Por una vez sexo y amor intentaron cabalgar juntos y si bien nada cambió radicalmente, los imperativos patriarcales soporados por los varones de entonces se basaron más en el poder de convencer a la amiga, a la novia de turno, para tener relaciones sexuales con ella, que en visitar el burdel. Solo los que fracasaban en su capacidad de persuasión acudían a las putas de

En la actualidad iniciarse con prostitutas no es la primera y única opción como supo serlo en tiempos pasados, pero convertirse en “clientes” de la prostitución es casi inevitable desde que “ir de putas” ha adquirido la condición de garantía de virilidad, de lucimiento personal, de rito de pasaje inevitable para ser aceptado en la comunidad de varones.

modo tal que ese espacio decadente y patético pasó a ser antro de perdedores. Para el buró político de la masculinidad, para el superyó *hippie*, la prostitución devino en solución anacrónica: práctica de “viejos y de pelotudos”.

Sí. Para los tímidos de entonces los sesenta fueron una fiesta porque si bien es cierto que la liberación sexual de los sesenta no acabó con la timidez, al menos atenuó su intensidad. En aquellos años había que estar muy tomado por la Iglesia para seguir siendo tímidos y fueron pocos, muy pocos, los que no se animaron al debut con su primera novia; fueron muy pocos los que no se atrevieron a desear a la que amaban.

Junto a los “desaparecidos”, los años de la dictadura militar se encargaron de desaparecer los logros sesentistas. La moral sexual represora y clerical volvió a renacer, pujante, para encarnar en los tímidos; volvió para postularse como la norma hegemónica.

La democracia nos llegó consumista y neoliberal con dos novedades: el sida y la obligación de gozar; gozar mucho, siempre, y rapidito porque *time is money* y, ya se sabe, tanto el dinero como el capital erótico no están allí para ser dilapidados; no son épocas estas para andar derrochando sexo y dinero. Y fue así como en un mundo donde la eyaculación precoz parecía ser más un indicio de adaptación a la realidad que un síntoma, la timidez cambió de signo. No era ya solo la inhibición, el sufrimiento por los efectos de la represión sexual sino que tomó la forma de resistencia al imperativo de gozar. La timidez adquirió valor como gesto de rebeldía frente al mandato de someterse a la causa del patriarcado; pasó a ser la defensa de un derecho: derecho a transcurrir; a abrir ese espacio propio que tiende a desaparecer;

a reclamar lugar y tiempo para los preliminares, para las reglas de cortesía, para el simulacro de recibimiento, para los rituales amorosos, para la hospitalidad primitiva.

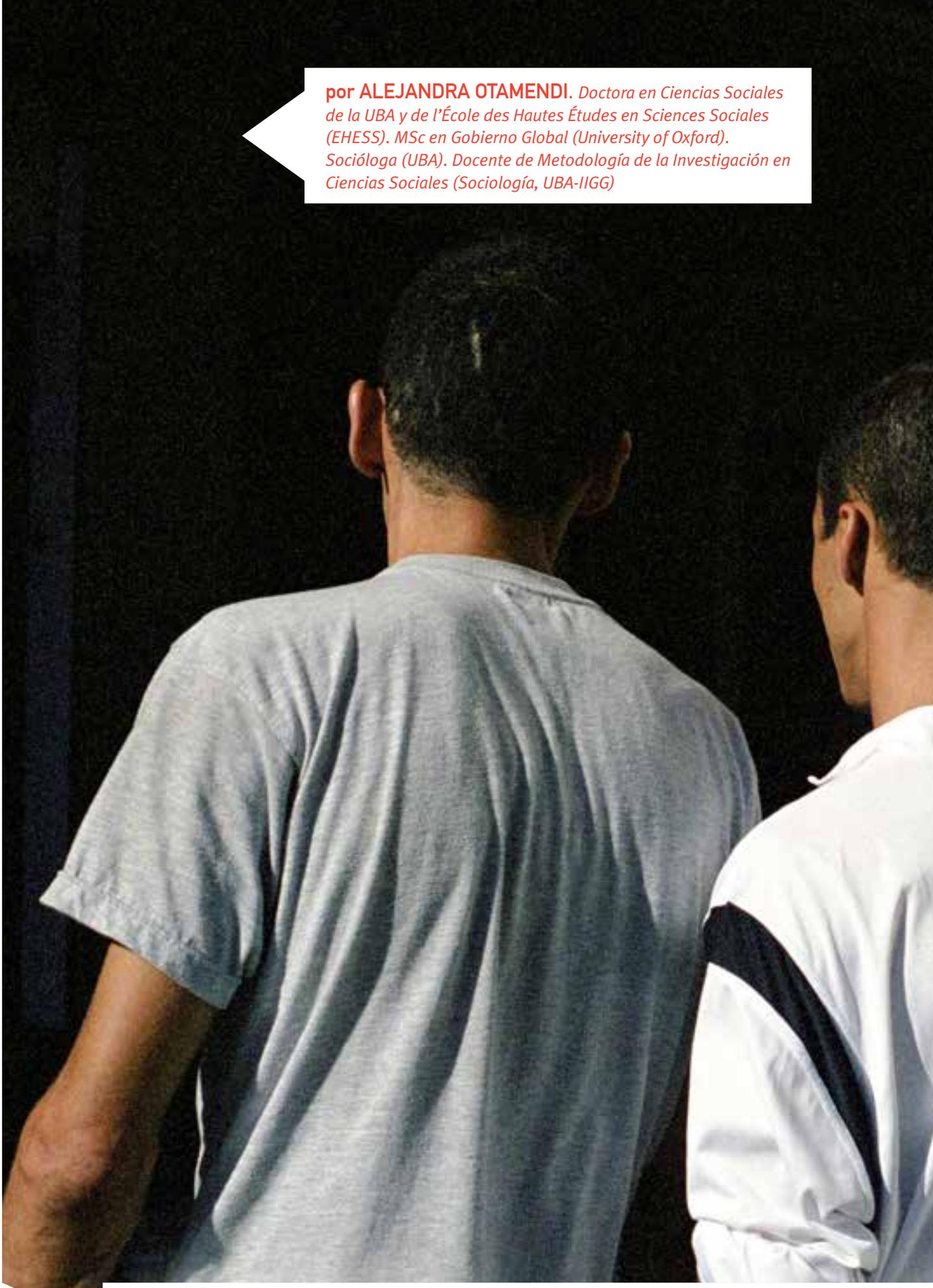
La democracia nos llegó consumista y neoliberal, decía, y nos sorprendió con la restauración y vigencia de los tradicionales estereotipos masculinos que el patriarcado impuso. La agresión a las mujeres, todo el repertorio de la misoginia, la denigración de lo femenino, la disociación entre la madre y la puta, recuperaron su poder y volvieron a dirigir las relaciones entre los sexos. De modo tal que hoy en día no son pocos los pibes que evalúan su virilidad de acuerdo a la proximidad o la distancia que los separan de sus modelos ideales: “pibes chorros”, “wachiturros” que, tal vez, no se inician sexualmente con putas pero que no por eso dejan de recurrir a ellas. Son los pibes que colman los “saunas” y los “piringundines” que inundan la ciudad, cuando no acuden al servicio de *delivery*. Quiero decir: en la actualidad iniciarse con prostitutas no es la primera y única opción como supo serlo en tiempos pasados, pero convertirse en “clientes” de la prostitución es casi inevitable desde que “ir de putas” ha adquirido la condición de garantía de virilidad, de lucimiento personal, de rito de pasaje inevitable para ser aceptado en la comunidad de varones. Y, dicho sea de paso, la prostitución se ha convertido en refugio inmejorable para los tímidos; paraíso para los pibes que temen perder su poder cuando se sienten acosados por muchachitas que, antes que escrúpulos y remilgos, les hacen saber lo bien dispuestas que están para mantener relaciones sexuales con ellos. De modo tal que su timidez no aparece ahora ante el cuerpo de la puta anulada en su deseo por la paga, sino ante el



cuerpo de una mujer que se posiciona como sujeto de deseo. Allí, ante tamaña herejía, o la castiga denigrándola por “atorranta” refugiándose bajo su armadura de macho recio hecha de cicatrices, tatuajes, *piercings*, alcohol, drogas y ropa de “marca” (las zapatillas y el celular sobre todo); allí, ante tamaña herejía, ante el cuerpo de una mujer deseosa, o la castiga denigrándola por “atorranta” o arruga como el mejor.

Pero... a no desesperar. Hay remedio para los tímidos. La democracia consumista y neoliberal nos trajo el problema pero, también, la solución. Y el remedio es (como no podía ser de otra manera) un invento argentino. Invento que estamos exportando al resto del mundo. Además de la “Guía infalible para levantar minas” de Taringa puede consultarse a Levantart, Escuela de Seducción, coaching social y liderazgo. Esta escuela capacita en el arte de conquistar mujeres, perder la timidez y convertirse en un ganador. Entonces, si comencé afirmando que la iniciación de los varones heterosexuales merece un lugar en este número de las Voces en el Fénix dedicado a las adolescencias, terminaré apelando a rescatar la timidez, antes que como un síntoma, como evidencia de ciertos cambios que se están operando en los códigos de género: cambios que suponen la renuncia a una masculinidad normativa que nos impide convertirnos plenamente en hombres; resistencia a las imposiciones neoliberales.

Por eso es que, pienso, debemos aspirar a que el cuerpo de los varones no sea el sitio donde tiene lugar la construcción de la masculinidad sino que el cuerpo de los varones sea el sitio donde tenga lugar la destrucción de una normativa patriarcal en cuyo transcurso se forma un sujeto.

A photograph showing the backs of two men standing in a dark environment. The man on the left is wearing a light grey t-shirt, and the man on the right is wearing a white jacket with a black stripe on the sleeve. The lighting is dramatic, highlighting their shoulders and the texture of their clothing against the dark background.

por **ALEJANDRA OTAMENDI**. *Doctora en Ciencias Sociales de la UBA y de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS). MSc en Gobierno Global (University of Oxford). Socióloga (UBA). Docente de Metodología de la Investigación en Ciencias Sociales (Sociología, UBA-IIGG)*



LAS JUVENTUDES Y LAS VIOLENCIAS SON MÚLTIPLES EN UNA SOCIEDAD, Y LOS JÓVENES SON TANTO VÍCTIMAS COMO VICTIMARIOS. SIN EMBARGO, PARA EL SENTIDO COMÚN Y LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN, LA VIOLENCIA APARECE REPRESENTADA COMO PATRIMONIO DE LOS VARONES JÓVENES DE SECTORES POPULARES, A QUIENES MUY POCA ATENCIÓN SE LES PRESTA COMO VÍCTIMAS. EN LAS PÁGINAS QUE SIGUEN, ALGUNOS DATOS QUE REFUTAN ESTAS VISIONES.

LOS JÓVENES Y LAS VIOLENCIAS

La convocatoria por los jóvenes y la violencia nos abre múltiples preguntas. Primero, debemos dar cuenta de qué jóvenes hablamos, ya que la juventud puede definirse como una etapa del ciclo de vida, pero que es experimentada de forma diversa si se tiene en cuenta clivajes de clase, género y territorio, entre otras. Luego, considerar a la violencia como violencias, reflejando sus múltiples manifestaciones, pero además debemos analizar la dirección de la relación, esto es, la violencia hacia y desde los jóvenes, como víctimas y victimarios.

Por último, preguntarnos por qué ante la convocatoria de los jóvenes y la violencia la reacción más inmediata no es hacerse varias preguntas, sino sólo una acerca del uso de la violencia física callejera por los jóvenes varones de sectores populares. Así se cierra esta reflexión por donde otros la hubieran comenzado como camino obvio y directo, pero que en su obviedad oculta la demanda de mayores castigos hacia los jóvenes varones pobres como objeto de la hostilidad social.

La(s) juventud(es)

Según la UNESCO, el concepto de juventud se refiere al período del ciclo de la vida en que las personas pasan de la infancia a la condición de adultos y durante la cual se producen importantes cambios que dependen de las condiciones sociales, culturales, étnicas, de clase y de género. Por lo tanto, se debe hablar de juventudes en plural, ya que sus funciones y significados sociales dependen de la división social del trabajo entre las clases y las edades.

Dado que se trata de un período de transición entre la infancia dependiente y la adultez independiente, no son claros sus límites. En general se identifica su inicio con el desarrollo de las funciones sexuales y reproductivas, que implican una transformación de la dinámica física, biológica y psicológica del niño. El final de la juventud resulta más difuso y varía cultural e históricamente, especialmente si se considera como adulto haber desarrollado cierta madurez social (estudios formales finalizados, trabajo y/o familia).

Sin embargo, existe cierto consenso en considerar como jóvenes a las personas que tienen entre 15 y 24 años de edad. No obstante, en ámbitos rurales o de pobreza el inicio puede abarcar la franja etaria anterior (10-14 años) y en ámbitos urbanizados y de estratos medio-altos abarcar al grupo de 25 a 29 años. Más allá de estas consideraciones, una dimensión común de la juventud es que se considera como el período en el cual se vive con mayor intensidad la construcción de la propia identidad a partir de reglas, valores y expectativas sociales. Como veremos, este aspecto resulta central para comprender algunos usos de la violencia perpetrada por los jóvenes.

Los ilegalismos son estrategias instrumentales de supervivencia para resolver problemas materiales, pero también estrategias expresivas de pertenencia, para resolver problemas identitarios. Son respuestas a la deprivación relativa, a la fragmentación social, al consumismo, a los trabajos precarios y a las oportunidades generadas por los mercados ilegales e informales, pero también al aburrimiento, al descontento y a la necesidad de adrenalina que no encuentran canales institucionales ni políticos para expresarse.

La(s) violencia(s)

En cuanto a la violencia la definimos según la Organización Mundial para la Salud como el *uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones*. Por la multiplicidad de sus formas, entonces se suele referir a las violencias en plural, las cuales se las clasifica según a quién va dirigida (autoinfligida, interpersonal o colectiva) y según su naturaleza (física, sexual, psíquica, privaciones o abandono).

Otras clasificaciones son posibles. En efecto, se señala que la violencia política en América latina ha disminuido, pero que se ha incrementado la violencia social (violencia interpersonal, doméstica y sexual, y criminal). Para dar cuenta del ámbito o grupo social, se habla también de la violencia urbana y rural; como de la violencia en las escuelas, en el fútbol, en los sindicatos, o la violencia doméstica al interior de los hogares. Además, preocupa la violencia institucional y policial ejercida por las instituciones del Estado que tienen como función la protección de los derechos ciudadanos y no su violación. Sin embargo, la violencia de los jóvenes que concentran las miradas es la violencia que ocurre en el ámbito barrial que, según Esteban Rodríguez Alzueta, incluye los conflictos entre los vecinos, entre punteros, entre barras de jóvenes de distintos barrios o escuelas, o del mismo barrio; entre los pibes y la policía, entre los *dealers* del barrio, o los *dealers* y los vecinos.

Si bien se suele estudiar cada tipo de violencia por separado, varios autores, entre ellos Auyero, señalan que las violencias se encuentran conectadas entre sí en forma de cadena, la privada con la pública, la interpersonal con la colectiva, y que se encuen-

tran en el repertorio social como formas aprendidas de resolver conflictos. Galtung también muestra que el “triángulo de la violencia” conecta la “violencia directa”, esto es, la violencia visible en comportamientos y actos, con la “violencia estructural” y con la “violencia cultural”, entendiendo la estructural como el conjunto de estructuras que niegan la satisfacción de necesidades humanas básicas de determinados sectores como resultado de la estratificación social. Es un tipo de violencia más difícil de detectar y contrarrestar, ya que se encuentra legitimada por la llamada “violencia cultural” y simbólica a través de religiones, ideologías, creencias, leyes, educación y lenguaje.

Igualmente, no resulta fácil visibilizar los mecanismos que las vinculan ni tampoco identificar las causas que las generan. El “modelo ecológico” plantea cómo interactúan diversos factores agrupados en cuatro niveles que refuerzan o modifican los otros. En el primero se identifican factores que influyen en el comportamiento individual como los biológicos, demográficos, psíquicos o de personalidad, las toxicomanías y los antecedentes de maltrato. En el segundo, se tratan las relaciones más cercanas, como las familias, las amistades y la pareja, que puedan aumentar los riesgos de sufrir o perpetrar actos violentos.

En el tercer nivel se exploran los contextos comunitarios como las escuelas, los lugares de trabajo y el barrio que puedan aumentar los riesgos de actos violentos, tales como la alta movilidad, densidad poblacional, desempleo o tráfico de drogas. El cuarto nivel se interesa por factores estructurales que alientan o inhiben la violencia, como normas sociales y culturales como la dominación masculina y el fácil acceso a las armas, y políticas económicas y educativas que perpetúan la desigualdad. Aquí se podrían incluir tanto los factores estructurales como culturales del triángulo de Galtung.

Los jóvenes y las violencias

Una vez señalada la multiplicidad de juventudes y violencias, nos preguntamos sobre la relación entre ambos, ya que los y las jóvenes son tanto víctimas como perpetradores de las violencias. En efecto, si bien la atención pública está centrada en el rol de los jóvenes como victimarios, cuando se analizan los diferentes indicadores sobresale la participación de los y las jóvenes como víctimas y su menor participación como victimarios.

Antes de analizarlos cabe advertir que en la Argentina el acceso y la calidad de los datos estadísticos sobre violencias son limitados, tanto los policiales como los judiciales y sanitarios.

En cuanto a su rol de víctimas del mayor acto de violencia, esto es, de homicidio doloso, de acuerdo con los datos surgidos del Censo Nacional y los suministrados por la Corte Suprema de Justicia de la Nación (CSJN), notamos que en promedio en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) entre 2010 y 2014, del total de víctimas el 7% son menores de 18 años, pero si se toma como jóvenes hasta los 25 años de edad inclusive, son el 34% de los casos, cuando en la población representan el 32% del total. Si se focaliza en el 2014, esta porción de víctimas jóvenes aumenta al 36,4% de los casos, lo que representa una tasa de 7,8 homicidios de jóvenes cada 100.000 jóvenes, un punto por encima de la tasa para toda la población de la CABA. Lo mismo se confirma para varias provincias en 2013. En Corrientes, el 15% de víctimas de homicidios son menores y el 37% tienen hasta 25 años inclusive; en Tucumán 9% y 38%; en Misiones 9% y 21%; en San Luis 5% y 50%, respectivamente.

Si se consideran los promedios nacionales de 2003 a 2008 suministrados por el Sistema Nacional de Información Criminal (SNIC), también se obtiene que una de cada tres víctimas de homicidios tenía menos de 25 años cuando fue asesinada. La misma proporción se obtiene a partir de los datos de causas externas de mortalidad del Ministerio de Salud de la Nación en la Argentina en el 2013, aun teniendo en cuenta los casos donde se desconocía la edad de la víctima.

Así, los jóvenes constituyen el principal grupo de riesgo de homicidios si se tiene en cuenta los absolutos, reduciéndose levemente si se consideran las tasas correspondientes. Otro dato alarmante es que mientras a nivel de toda la población hubo un incremento en el total de homicidios del 16% de 2012 a 2013, esto fue aún mayor (22%) en el grupo de 15 a 19 años. Además el grupo etario modal es menor en el caso de las mujeres, cuya mayor cantidad





de víctimas de homicidio se produce entre los 15 y 19 años de edad, mientras que en los varones sucede en el grupo siguiente. En un estudio reciente con datos de la Policía Federal Argentina (PFA) analizados por el Ministerio de Seguridad de la Nación, para la CABA en el 2014 se señala que la mayor ocurrencia de lesiones dolosas se produce en personas de 20 a 39 años de edad. Además, el grupo de 15 a 29 años de edad se enfrenta con más lesiones fuera del hogar. En cuanto a los abusos sexuales, las mujeres de entre 14 y 29 años de edad constituyen el principal grupo de riesgo, ya que representan el 60% de casos de mujeres abusadas. En otro estudio de violencia de género también se observa que las mujeres jóvenes de 15 a 34 años son el principal grupo de riesgo de lesiones a mujeres, ya que concentran el 69% de los casos atendidos en hospitales centinela. A falta de información oficial sobre otro tipo de violencias, analizamos la encuesta de victimización de la Universidad de San Andrés (UDESA), que busca cubrir la “cifra negra” del delito. Si bien de manera leve, en todos los modelos analizados para mayores de 15 años de la CABA en el 2006, tener menos años incrementa las chances de ser victimizado de manera significativa, tanto para delitos patrimoniales y robo de autos, pero espe-

Ser joven estaría vinculado a correr mayores riesgos de ser asesinado, lesionado, abusado sexualmente, agredido y robado con violencia. Sin embargo, muy poca atención se presta a los jóvenes como víctimas y mayor atención se les otorga como victimarios, especialmente a los menores de 18 años, muy por encima de su incidencia.

cialmente para los delitos violentos, esto es, agresión, amenaza, secuestro, robo con violencia y delitos sexuales.

Por lo tanto, ser joven estaría vinculado a correr mayores riesgos de ser asesinado, lesionado, abusado sexualmente, agredido y robado con violencia. Sin embargo, muy poca atención se presta a los jóvenes como víctimas y mayor atención se les otorga como victimarios, especialmente a los menores de 18 años, muy por encima de su incidencia. En efecto, si se analiza los inculpados conocidos cuya edad se sabe, alrededor del 12% tiene menos de 18 años al cometer el homicidio entre 2003 y 2008 en todo el país (SNIC), muy por debajo de la proporción de menores de 18 en la población (31%). No obstante, si se consideran como jóvenes hasta los 25 años, la proporción de jóvenes inculpados de homicidios (44%) es similar a la proporción de jóvenes en la población (42,5%). Así, notamos que el grupo etario de 18 a 24 años resulta más violento, ya que el 32% de los inculpados de homicidios proviene de esta franja, aunque representan sólo el 12% de la población.

Lo mismo se comprueba con datos de la CSJN para la CABA en el 2014 donde el 10% de los inculpados conocidos es menor de 18 años, pero asciende a 45% hasta los 25 años inclusive. En el

caso de la provincia de Buenos Aires, de 2009 a 2014 entre el 14% y el 10% de los imputados por homicidio doloso corresponden al Fuero de Responsabilidad Penal Juvenil (FRPJ), siendo 10% en el año 2014. En el caso de femicidios, se observa que sólo el 7% de los inculpados cuya edad se conoce tiene 18 años o menos al cometer el femicidio a nivel nacional en el 2014.

Luego, a partir del SNIC de 2003 a 2008 a nivel nacional para otros delitos donde se usa la violencia, como en el caso de robos, notamos que en el 26% fueron cometidos por menores de 18 años, y en el caso de robo de autos, sólo el 18%. Sin embargo, el grupo de 18 a 21 años produce más robos (27%) y robos de autos (32%) que su proporción poblacional (7%). Si se toma en cuenta las Investigaciones Penales Preparatorias (IPP) iniciadas en la provincia de Buenos Aires según su fuero desde 2009 hasta 2014, son muy bajos los porcentajes para otros delitos con inculpados del FRPJ, siendo alrededor del 5% en robos, robos agravados por uso de arma y lesiones, aunque algo mayor en abuso sexual con acceso carnal en el último año (8%). En síntesis, si bien el centro de atención pública está en la violencia ejercida por los menores de 18 años, notamos que su incidencia es menor, y destacamos su rol como víctimas.

Las violencias logran resolver problemas individuales y colectivos, desde obtener un recurso para financiar un hábito, proteger una propiedad o un territorio dedicado al comercio ilegal, disciplinar a un hijo o dominar a la pareja, castigar a un depredador o retribuir una ofensa hasta reforzar la autoridad en el hogar o la reputación en el barrio, buscando respeto y reconocimiento.



Los usos de la violencia por los jóvenes

Como vimos, las juventudes y las violencias son múltiples, siendo los jóvenes tanto víctimas como victimarios. Más allá de esta complejidad, la violencia que más aparece representada en los medios es la de los varones jóvenes de sectores populares. Para entender dicha violencia y su reacción se han desarrollado diversas teorías y estudios. Desde el constructivismo, se señala que los significados y usos que las personas les otorgan a las prácticas violentas mantienen su vigencia. Como Auyero nota en un barrio pobre del conurbano bonaerense, las violencias logran resolver problemas individuales y colectivos, desde obtener un recurso para financiar un hábito, proteger una propiedad o un territorio dedicado al comercio ilegal, disciplinar a un hijo o dominar a la pareja, castigar a un depredador o retribuir una ofensa hasta reforzar la autoridad en el hogar o la reputación en el barrio, buscando respeto y reconocimiento.

Así, los ilegalismos son estrategias instrumentales de supervivencia para resolver problemas materiales, pero también estrategias expresivas de pertenencia, para resolver problemas identitarios. Son respuestas a la deprivación relativa, a la fragmentación social, al consumismo, a los trabajos precarios y a las oportunidades generadas por los mercados ilegales e informales, pero también al aburrimiento, al descontento y a la necesidad de adrenalina que no encuentran canales institucionales ni políticos para expresarse. Como vemos, hay factores de los cuatro niveles de análisis del modelo ecológico explicado arriba.

En esta línea, Young considera al delito juvenil como una respuesta a la deprivación relativa, a la inseguridad material, pero también a la crisis de identidad y a la inseguridad ontológica en un mundo globalizado donde el Estado, la familia y el trabajo están en crisis. Bourgois también encuentra esta doble utilidad de la violencia y de la delincuencia, ya que permite a los marginados estructuralmente, cumplir con el sueño americano de obtener dinero y consumo, pero también respeto y reconocimiento a partir de la revalorización de la cultura de la calle.

En cuanto a ciertas modalidades de violencia expresiva de los jóvenes, Dubet dice que se trata de una violencia “gratuita”, nihilista, excesiva, que busca dar miedo para presentarse a sí mismos como atemorizantes. Sin embargo, no se trataría de una violencia reivindicativa o política, ya que no hay conciencia de clase ni de movimiento social por el retraimiento de la cultura popular obrera. Esta violencia ha sido explicada como consecuencia de



la desorganización social; como respuesta innovadora frente a la homogeneidad cultural y al mismo tiempo, a la exclusión estructural vivida como fracaso personal y de manera humillante; y como rabia en contra de los actores que encarnan el orden y la dominación como la policía, pero también la escuela, aunque no llega a constituirse en un movimiento social.

Si bien se reconoce que el delincuente es construido por el castigo, esto es, que no existe como tal sino sólo a partir del proceso de etiquetamiento, los jóvenes se resisten a tales etiquetas e incluso las resignifican. En efecto, Rodríguez Alzueta habla de una doble respuesta de los jóvenes de barrios periféricos, que van del estigma, la humillación y el retraimiento al emblema, la identidad y el orgullo en un proceso de contraestigmatización a partir del uso de la violencia expresiva.

En síntesis, no se trata de una violencia puramente instrumental, sino también expresiva, diversa e imprevisible que genera un sentimiento de amenaza difusa y aleatoria, imponiendo temor y respeto hacia dichos jóvenes. Esta manera desafiante de luchar contra los estigmas y la humillación confirma los prejuicios que pesan sobre ellos y que en lugar de ser vistos como víctimas de la exclusión y dominación, son representados como “diablos”, de naturaleza diferente, lo cual habilita a ser objeto ideal de la hostilidad social.

Actitudes punitivas hacia los jóvenes

Dicha hostilidad se expresa por ejemplo en que alrededor del 50% de los encuestados en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) entre 2001 y 2010 se muestra a favor de castigar con una pena de adulto a un joven de 15 años que comete asalto a mano armada. A su vez, Otamendi destaca que los adultos mayores, quienes suelen ser menos victimizados, son particularmente más punitivos hacia los delincuentes jóvenes. Esta paradoja ha sido explicada de diversas maneras: por un lado, se sostiene que los mayores son más punitivos hacia los jóvenes por su mayor vulnerabilidad física, social y económica, esto es, por una menor capacidad de manejo práctico, afectivo o simbólico ante un evento traumatizante. Otros autores como Young plantean que dicha hostilidad hacia los jóvenes no es tanto una reacción moral exagerada generada por los medios de comunicación, sino más bien porque se les atribuye a los jóvenes la responsabilidad de los cambios estructurales y la erosión de valores y tradiciones socialmente compartidos.

Por lo tanto, las actitudes punitivas no serían tanto una reacción instrumental ante una mayor amenaza delictiva, sino más bien una respuesta socio-emocional ante las ansiedades que generan los cambios sociales personificados en los jóvenes pobres con los cuales no se identifican y no empatizan. Además, expresan

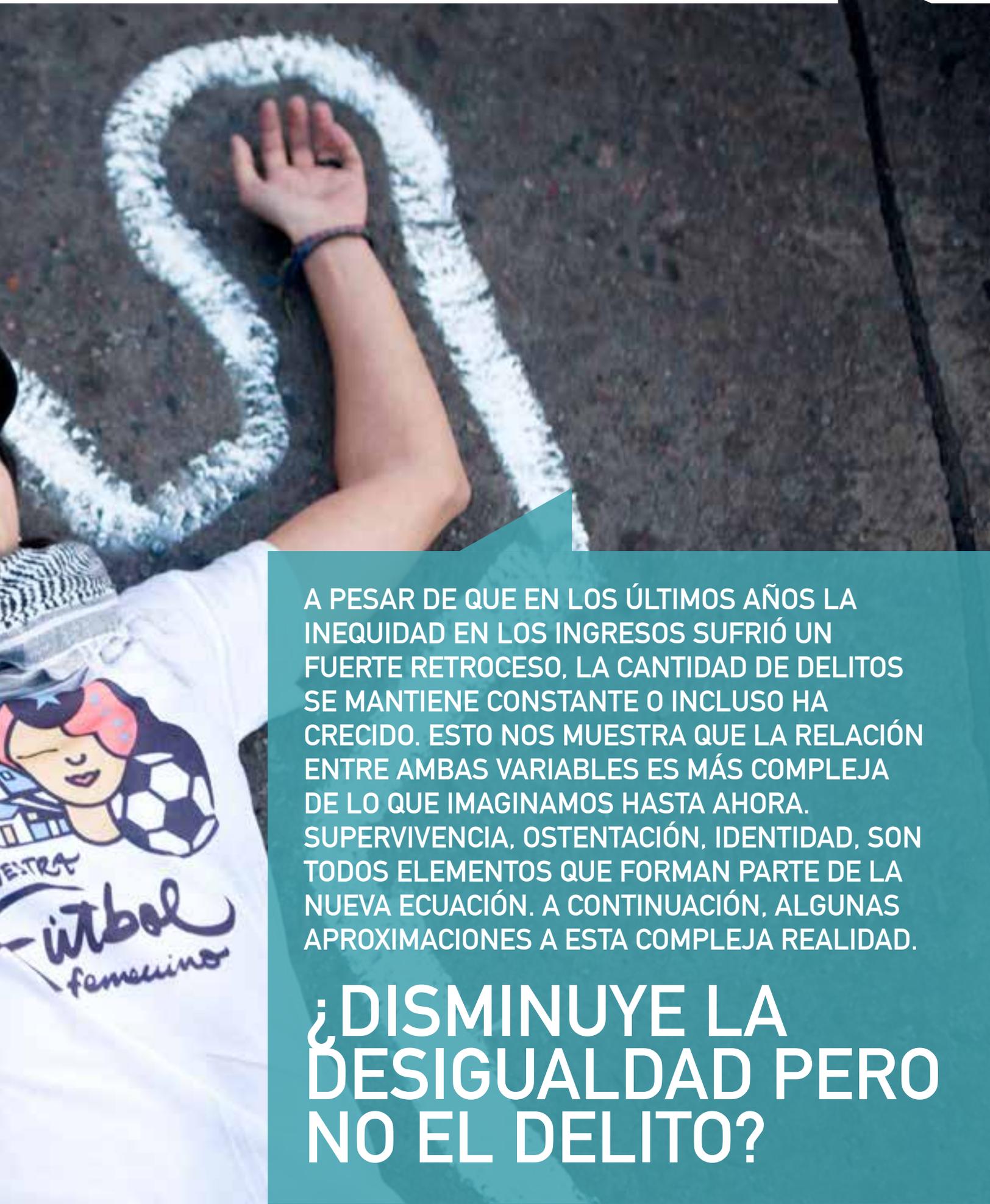
la envidia ante una supuesta mayor libertad y resentimiento cuando los límites de clase son borrosos. Así, la mayor hostilidad hacia los delincuentes jóvenes como chivos expiatorios es una forma de canalizar la ansiedad generacional en un contexto cambiante al que no logran adaptarse y temen.

Brevemente intentamos aquí mostrar la complejidad de los jóvenes y las violencias como víctimas y victimarios, así como también la reacción que generan, mientras que los delitos de los sectores poderosos que producen grandes daños sociales se mantienen invisibles o son incluso ponderados.

Si bien de manera leve, en todos los modelos analizados para mayores de 15 años de la CABA en el 2006, tener menos años incrementa las chances de ser victimizado de manera significativa, tanto para delitos patrimoniales y robo de autos, pero especialmente para los delitos violentos, esto es, agresión, amenaza, secuestro, robo con violencia y delitos sexuales.

por **GABRIEL KESSLER**. *Doctor en Sociología EHESS Paris. Investigador del CONICET. Profesor Universidad Nacional de La Plata*





A PESAR DE QUE EN LOS ÚLTIMOS AÑOS LA INEQUIDAD EN LOS INGRESOS SUFRIÓ UN FUERTE RETROCESO, LA CANTIDAD DE DELITOS SE MANTIENE CONSTANTE O INCLUSO HA CRECIDO. ESTO NOS MUESTRA QUE LA RELACIÓN ENTRE AMBAS VARIABLES ES MÁS COMPLEJA DE LO QUE IMAGINAMOS HASTA AHORA. SUPERVIVENCIA, OSTENTACIÓN, IDENTIDAD, SON TODOS ELEMENTOS QUE FORMAN PARTE DE LA NUEVA ECUACIÓN. A CONTINUACIÓN, ALGUNAS APROXIMACIONES A ESTA COMPLEJA REALIDAD.

¿DISMINUYE LA DESIGUALDAD PERO NO EL DELITO?



*El presente artículo retoma ideas publicadas en mi libro **Controversias de la desigualdad** (FCE 2014) y en el artículo “Interrogantes pendientes sobre el delito urbano en la Argentina”, publicado en la revista *Estudios Sociales* 32. Julio-diciembre 2014.*



Durante los años '90 y hasta el 2003, hubo consenso sobre la correlación del aumento de la desigualdad y del delito urbano en la Argentina. Una serie de trabajos económicos identificaron de modo fehaciente la relación estrecha entre ambos hechos. En rigor, la variable independiente era la desigualdad y su incremento hacía que el delito urbano, como variable dependiente, también aumentara. En un trabajo muy difundido, los economistas Cerro y Meloni en 1999 mostraron que un incremento del 10% en la desigualdad del ingreso aumentaba un 3% la tasa de criminalidad. De algún modo, estos hallazgos llevaron a que de forma implícita se supusiera que el reverso también era cierto: esto es que la disminución de la desigualdad generaría también una retracción del delito. En efecto,

si un fenómeno era la causa eficiente de otro, la disminución del primero supondría por resultado lógico un cambio en el segundo. Ahora bien, si luego del pico de delitos registrados en el 2002 hubo una disminución, al menos hasta el 2008 donde hay datos oficiales, no hubo en general una caída muy importante del delito y en muchas jurisdicciones no se pudo “perforar” un techo alcanzado en los años '90. En otras palabras, si la situación social y específicamente en términos de desigualdad era claramente mejor que en los años '90, ¿qué estaba sucediendo con el delito urbano cuyo comportamiento no era el esperado? En este artículo, retomo algunas ideas e hipótesis cuyo objetivo es ayudar a pensar la compleja relación entre desigualdad y delito; más compleja de lo que imaginamos hasta ahora.

Una de sus consecuencias es que el delito se inscribía dentro del campo de experiencias posibles y, aun cuando se optaba por no incurrir en él, solía ser considerado por muchos como una opción posible para enfrentar una coyuntura determinada.

Algunas ideas e hipótesis de la relación entre desigualdad y delito

Este interrogante no es privativo de nuestro país. Se trata de un tema de preocupación académica y política en toda América latina, una situación similar de disminución de la desigualdad y aumento del delito puede encontrarse en Uruguay, ciertas regiones de Brasil, Ecuador, Bolivia y Venezuela, entre otros. Sobre esto me gustaría presentar algunas ideas e hipótesis que precisarían ser trabajadas. En primer lugar, es preciso clarificar los vínculos causales (más allá de las correlaciones estadísticas) entre ambos problemas. En segundo lugar, es posible que algunas de las consecuencias mismas de la disminución de la desigualdad estén gravitando en el mantenimiento o aun incremento de ciertos delitos. En cuanto a lo primero, es necesario considerar cómo son los vínculos entre los procesos: posiblemente dos hechos estén unidos causalmente en su etapa de expansión, pero aun si la variable independiente (en este caso, la desigualdad) empieza a ceder, la variable dependiente (el delito) puede haber cobrado autonomía en tanto hecho social y, por ende, no responder ya al decurso descendente de la variable independiente que explicaba su ciclo expansivo.

En este mismo sentido, puede haber una cierta autonomía de fenómenos sociales producidos años atrás; nos referimos a dinámicas y mercados de delito que podrían surgir y perdurar. En rigor, esta hipótesis se aplica a ciertos procesos y a otros no. Por ejemplo, no debe pensarse en un contingente estable de grupos que comenzaron a dedicarse al delito en los años noventa y siguieron hasta el presente. Los recambios generacionales han sido muy rápidos. Una gran mayoría de los que cometen delitos juveniles abandonan al comienzo de la adultez y se produce una mayor comisión de hechos por nuevas cohortes que eran niños en los años noventa. Por lo cual, la hipótesis de una generación que ha comenzado a fines de los años noventa y continúa hoy no parece muy plausible.

Por el contrario, sí podría haber continuidad y cierta autonomía cuando pensamos en mercados de delito que, una vez establecidos, conocen recambios entre sus actores pero perduran como

mercado ilegal. Por ejemplo, el robo de autos con sus circuitos de desguace, autos mellizos para exportar ilegalmente, etc. Más allá de que sean otras cohortes quienes realizan los robos de autos, los circuitos, los desarmaderos y las bocas de venta están establecidos. Algo similar puede pensarse frente a tantos otros mercados, tales como la venta de droga, de celulares robados, de metales, de medicamentos, de trata de mujeres para la explotación sexual, por nombrar algunos de ellos.

Por lo demás, si como dijimos, no nos inclinamos por la idea de una continuidad de la misma generación, casi dos décadas de delito alto habían dejado su marca en cohortes más jóvenes. En nuestro trabajo en un barrio altamente estigmatizado desde 2006 en adelante, todos nuestros entrevistados conocían mucha gente que había cometido delitos, que estaba presa, que había muerto, que se había “refugiado” en otro lugar o que se había “rescatado”, esto es, abandonado el delito. Una de sus consecuencias es que el delito se inscribía dentro del campo de expe-

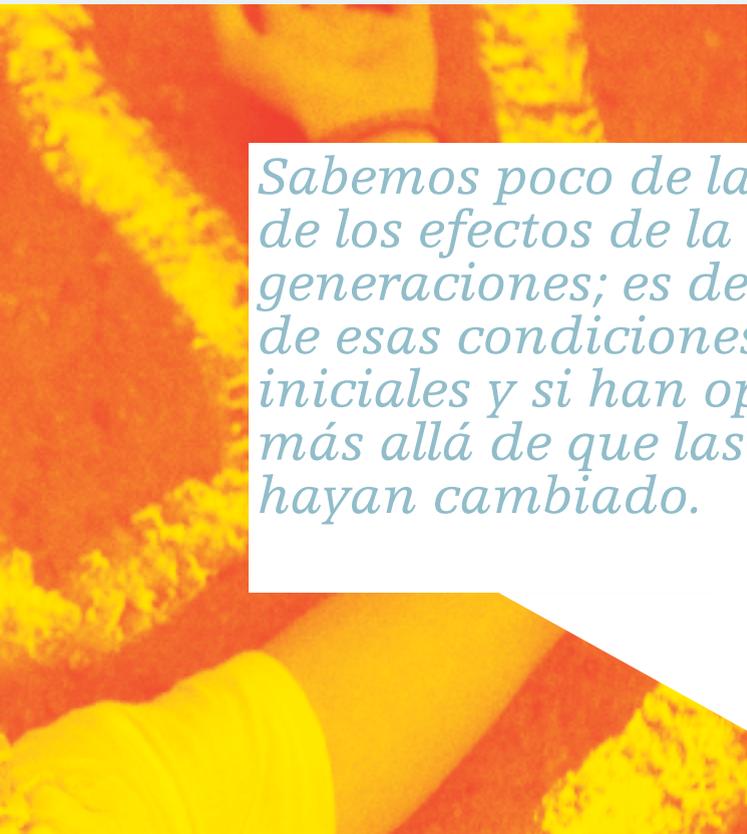
riencias posibles y, aun cuando se optaba por no incurrir en él, solía ser considerado por muchos como una opción posible para enfrentar una coyuntura determinada.

Hay otras líneas a indagar en esta relación entre desigualdad y delito: si bien se establecieron correlaciones generales y a nivel de las comunidades o barrios se plantearon y demostraron hipótesis sobre el impacto de la degradación general en la disminución de las oportunidades laborales, efectos en la segregación residencial y en el empobrecimiento del capital social para explicar diferencias entre tasas de delito en diferentes zonas, menos claro es el modo en que estas variables operaban a nivel de la experiencia individual. Sabemos poco de la perdurabilidad de los efectos de la desigualdad en las generaciones; es decir, cuál ha sido el impacto de esas condiciones deficitarias en años iniciales y si han operado posteriormente, más allá de que las condiciones sociales hayan cambiado. También debería relativizarse la idea de una reducción homogénea de la desigualdad. Las me-



diciones con las que contamos no alcanzan la pequeña escala necesaria para dar cuenta de la concentración de la desigualdad en ciertos barrios, sumada a los efectos de la estigmatización y la acumulación de desventajas en los territorios relegados. A modo de ejemplo, una investigación dirigida por Marcela Vio en la Universidad Nacional de Avellaneda en 2012 en tres barrios carenciados del partido de San Martín, muestra que la población bajo la línea de pobreza era de más del 60%. Por supuesto que esto no tiene efecto estadístico en las cifras generales, pero marca sin duda la persistencia de núcleos de exclusión y de desigualdad que operan sobre las causas del delito. En estos casos, la estigmatización y la exclusión de determinados territorios es un tema a considerar. En nuestra investigación ya señalada, en un contexto con alta estigmatización después de 2006, encontramos que la situación de reactivación económica y mejoramiento de la situación social ocultaba una serie de paradojas y tendencias contrapuestas.

Una primera paradoja surgía con respecto al trabajo: había más oportunidades, en general, pero pocas para los jóvenes menos calificados o que residen en lugares estigmatizados. La inestabilidad del trabajo del período anterior ya aparecía como un rasgo implícito de toda ocupación, por lo que las oportunidades se vislumbraban como de corta duración. En el mismo barrio se vivía una gran reactivación, y la llamada “democratización del consumo” implicaba un mayor acceso de los sectores populares a bienes antes reservados a los sectores más altos, como los celulares o computadoras. Cobraban así más importancia que en la etapa anterior estrategias de distinción y valoración ligadas a ciertos bienes, y se producía una reconfiguración de la privación relativa en la medida en que había disminuido la privación absoluta. Dicho de otro modo, si en la etapa pasada gran parte de los delitos eran estrategias de subsistencia, en esta eran más bien medios para acceder a bienes deseados.



Sabemos poco de la perdurabilidad de los efectos de la desigualdad en las generaciones; es decir, cuál ha sido el impacto de esas condiciones deficitarias en años iniciales y si han operado posteriormente, más allá de que las condiciones sociales hayan cambiado.

En relación con el delito, si durante el período anterior supusimos un mayor peso de acciones con fines instrumentales, conseguir dinero o bienes, nos preguntamos si no está comenzando a cobrar importancia un delito también vinculado a razones más expresivas, como parte del reforzamiento de identidades e identificaciones con grupos locales de pertenencia.

Relación con la policía, identidades periféricas y consumo

Un tema central en este barrio y en otros que investigamos es la relación con la policía. Una diferencia con la etapa anterior, nos referimos a trabajo de campo realizado entre 1999 y 2002: un mayor odio, por arreglos que no se respetan y por violencia institucional o maltrato generalizado. En tal sentido, encontramos una nueva generación socializada en un constante “parar e investigar”, debido a la mayor presencia de la policía en tareas de vigilancia, producto de la presión social por la inseguridad. Esto resultaba tanto o más insoportable que lo observado en la etapa pasada, porque muchos jóvenes habían internalizado un discurso sobre los derechos y contra la discriminación, que el accionar policial contradecía cotidianamente. Sobrecontrolados pero a la vez subprotegidos, los jóvenes de sectores populares interpretan esta mayor presión policial como una clara prueba de discriminación y desigualdad.

A su vez, había un creciente orgullo identitario por ser parte del barrio. En la última década, el conurbano se ha transformado en un poderoso productor de contenidos culturales de todo tipo: música, cine, literatura, estética, lo que se advierte en las crecientes marcas identitarias locales en los jóvenes de la periferia. En relación con el delito, si durante el período anterior supusimos un mayor peso de acciones con fines instrumentales, conseguir dinero o bienes, nos preguntamos si no está comenzando a cobrar importancia un delito también vinculado a razones más expresivas, como parte del reforzamiento de identidades e

identificaciones con grupos locales de pertenencia. El ya señalado aumento, o al menos la no disminución, de delitos contra las personas quizá nos está mostrando otras lógicas de acción no necesariamente vinculadas a la búsqueda de beneficio económico y un incremento de una violencia con matices más expresivos, de reafirmación de liderazgos locales, ligados a modos de construcción de formas de masculinidad violenta, un novedoso interés por las armas y un revanchismo frente a la experiencia de humillación, entre otras lógicas que no necesariamente se reducen a las explicaciones sociales habituales.

Es preciso considerar también otro aspecto en que la reactivación económica posiblemente esté operando en el mantenimiento de tasas altas de delito. Un caso notorio a nivel mundial es el aumento de los hurtos en casi todos los países desarrollados como consecuencia de la afluencia de *netbooks*, *iPhones*, *iPads*, *tablets* y otros implementos tecnológicos de cierto valor y poco peso y volumen. En el caso argentino y en particular de la CABA, consideramos que en los últimos años el crecimiento económico propició la mayor circulación de bienes tecnológicos, el parque automotor sigue creciendo sin cesar y el turismo conoció un crecimiento exponencial. En tal contexto, como se dijo al comienzo de este capítulo, las oportunidades de delito se incrementaron, lo que gravita en la perdurabilidad de tasas altas de robos y hurtos en la vía pública. El incremento de la venta de autos, por ejemplo, tiene como subproducto el florecimiento de la venta de repuestos, que, a su vez, genera una demanda por piezas robadas, dado el alto costo de las nuevas.



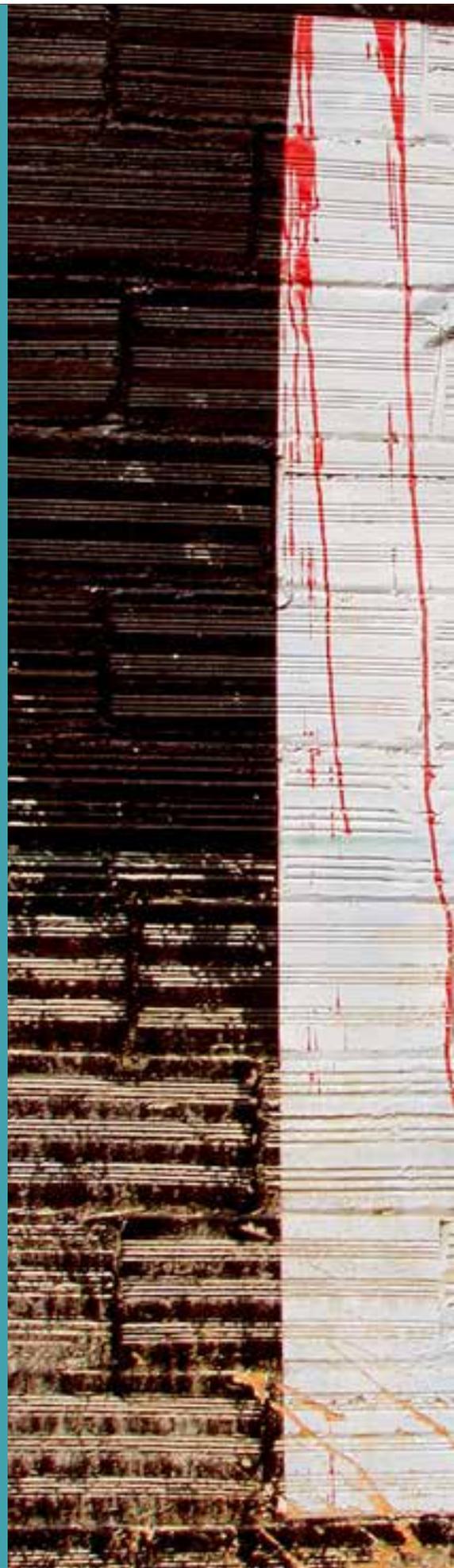
A modo de cierre

En estas páginas planteo la necesidad de indagar aún más en la relación entre delito y desigualdad para comprender la permanencia de altas tasas del primero a pesar de la disminución de la inequidad de ingresos. Se trata por ahora de hipótesis sobre el vínculo entre ambos procesos que proponen, por un lado, revisar los lazos causales entre ambos hechos y los efectos inerciales de la desigualdad del pasado cercano. Por otro lado, nuestros indicadores de desigualdad no llegan a captar las escalas más pequeñas, como ciertos territorios o barrios, donde dudamos que se haya modificado radicalmente la situación respecto de las décadas pasadas. Pero también el propio crecimiento y la reactivación influyen: disminuye la privación absoluta pero puede incidir sobre un incremento de la privación relativa, en cuanto hay más promesas y deseos de consumo y más circulación de bienes. Este mismo mercado expandido genera demandas que indirectamente pueden incidir sobre determinados delitos a su vez que implica un nivel de circulación de bienes y personas que multiplica los blancos de delito. El interrogante está planteado, sin duda las respuestas que podamos dar a este problema serán centrales también para pensar políticas innovadoras respecto de la relación entre desigualdad y delito.

JÓVENES Y SISTEMA PENAL: DE LAS LEYES QUE NO FUERON Y DE LAS LEYES QUE PUEDEN SER. EL ESPEJO DE BRASIL

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS FUERON MUCHOS LOS PROYECTOS QUE SE PRESENTARON EN EL CONGRESO DE LA NACIÓN EN PRO DE LA BAJA DE LA EDAD DE IMPUTABILIDAD PENAL. SI ESTO TUVO LUGAR EN UN CONTEXTO DE REDUCCIÓN DE LA POBREZA Y DE AUGE DE POLÍTICAS DE INCLUSIÓN, RESULTA DIFÍCIL IMAGINAR UN CONTEXTO FAVORABLE EN EL NUEVO CONCIERTO DE RELACIONES DE FUERZA QUE SE ABRE. EN EL HORIZONTE ASOMA UN ESTADO POLICIAL, UN ESTADO PENAL, UN ESTADO PUNITIVO.

por **SILVIA GUEMUREMAN**. *Socióloga. Doctora en Ciencias Sociales. Investigadora del CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires*





M

ucho se ha hablado de la necesidad de adecuación de la legislación penal para regular la sanción de delitos cometidos o supuestamente cometidos por personas menores de edad. Sin embargo, pese a los cíclicos momentos en que el debate asumió ribetes públicos y los múltiples y variados proyectos de modificación del régimen penal de la minoridad y las propuestas de instauración de un régimen de responsabilidad penal juvenil, la tan ansiada reforma legislativa no se ha consumado, y ya finalizando el 2015 seguimos con la misma ley 22.278 fruto de la Comisión de Asesoramiento Legislativo (CAL), hija de la última dictadura militar, pesada herencia que más de treinta años de democracia no lograron remover.

Tedioso sería repasar la cantidad de proyectos que fueron presentados en el Congreso de la Nación y que ganaron y perdieron estado parlamentario, se remozaron, se re-representaron, volvieron a ganar y volvieron a perder estado parlamentario, muchos sin siquiera haber recibido tratamiento legislativo en las comisiones específicas. Desde el *Observatorio de adolescentes y jóvenes en relación a las agencias de control social penal*, en distintos momentos nos hemos detenido en el devenir del Congreso y analizado los proyectos de ley de modificación del régimen penal de la minoridad según sus previsiones, focalizando en tres aspectos: la representación de joven implicada, la edad de imputabilidad, y la orientación de las medidas previstas en carácter de reproche penal. A esas variables añadimos en cada momento el análisis de los fundamentos de los legisladores incluidos en el mensaje de elevación. La resultante de este cruce fue un análisis de posiciones de actores e intereses en juego que resultaron ser dinámicos y cambiantes ya que las reformas legales expresan cambios en las sensibilidades sociales y las reformas penales cambios en las sensibilidades punitivas que permitan censar estructuras institucionales, fuerzas sociales y valores culturales. Veamos la secuencia.

El discurso de la seguridad paga bien en las campañas electorales; por eso, en materia securitaria es floja la comparación entre dos modelos, no hay tal cosa: todas las propuestas de seguridad de los partidos con chance electoral son políticas que en clave de racionalidad política bien podemos ubicar dentro de la nueva derecha, sea neoconservadora, sea neoliberal, sea una hibridación neoconservadora-liberal, o la inversa, si de pesadillas se trata.

Un relato en seis tiempos

Desde que la Convención de los Derechos del Niño (CDN) fue ratificada por el Congreso en 1990, y más aún, desde que fue incorporada a la Constitución nacional en 1994, la adecuación normativa de las leyes a los cánones y prerrogativas consagrados por la CDN se tornó imperativa. Esto se tradujo en gran cantidad de proyectos de ley que desfilaron por el Congreso nacional tanto en la faz de protección y promoción de derechos como en la faz de regulación y responsabilización penal. A los efectos de conocer la entidad de los proyectos, se realizaron relevamientos de aquellos que proponían la reforma del régimen penal de la minoridad en distintos momentos: en 2002, 2004, 2006-2007, 2009, 2011-2012 y 2013. En forma simultánea se relevó la cobertura mediática que tuvieron los momentos álgidos de discusión legislativa en el Congreso de la Nación. Así no fue difícil constatar que la agenda legislativa se agitaba a la par de la repercusión mediática de hechos delictivos graves cometidos por adolescentes, usualmente interclase, en que un joven procedente de un sector socialmente vulnerable victimizaba a un sujeto, joven o no, procedente de un sector socialmente acomodado. Este esquema hizo paradigma en 2004 con el evento Blumberg, en que el joven Axel fue víctima de un secuestro extorsivo seguido de muerte y entre los integrantes de la banda que lo secuestró había jóvenes involucrados. Volvió a ser así en el año 2008, con el caso del ingeniero Barrenechea, en 2009 con el camionero Capristo, y con el jugador de fútbol Cáceres, también a principios del año 2011 ante el homicidio de Fabián Esquibel, y luego la correlación dejó de ser estrecha.

En un primer momento, en el año 2002 se analizaron 27 proyectos que tenían trámite parlamentario; la mayoría de los proyectos se contentaba con modificar los artículos referidos a la baja de edad de imputabilidad penal, es decir, eran “reformistas”. Su anclaje era la sensación de inseguridad y la alarma social y el aumento de los delitos cometidos por personas menores de edad,

cada vez más graves, y a edad cada vez más temprana, verdad autoevidente, esto es carente de respaldo empírico. Proyectos amparados en el principio de defensa social. Pocos proyectos eran “innovadores” en el sentido de propiciar la instauración de un régimen de responsabilidad penal juvenil que velara por el cumplimiento de derechos y garantías para los adolescentes que cometieran acciones disvaliosas y en tal sentido postulara medidas socioeducativas y no punitivas. Ninguno de estos proyectos se convirtió en ley pese a haber sido discutidos en comisiones específicas. El contexto social conmovido por el trágico diciembre del año 2001 y el malestar social con la clase política impidieron que el tratamiento legislativo prosperara.

Un segundo momento se inaugura en el año 2004 y cobra visibilidad a partir del evento Blumberg. Para entonces, los proyectos innovadores se habían incrementado equiparando en cantidad a los proyectos reformistas. Se analizaron los 15 proyectos de ley con trámite parlamentario y tratamiento en la Comisión de Legislación Penal de la HCD de la Nación. El discurso políticamente correcto en la letra y texto de la mayoría de los proyectos, cuyo anclaje en la CDN los dotaba de legitimidad, distorsionó el debate encubriendo las verdaderas intenciones de algunos legisladores animados de un ansia punitivista y retribucionista con matices expiatorios que sí afloró en los debates que se suscitaban en las comisiones legislativas. Pese a que un importante paquete de leyes punitivas obtuvo sanción en el período, no prosperó la baja de edad de imputabilidad penal. A partir del 2006 se inicia un tercer momento que partió del consenso legislativo de que debía ser la Cámara de Senadores la que promoviera la iniciativa. Para entonces había 16 proyectos con trámite parlamentario, 10 en la Cámara de Diputados y 6 en la de Senadores. Respecto de los períodos anteriores, era nítido el avance de las propuestas de regímenes de responsabilidad penal juvenil (11 proyectos). Traducido en términos prácticos esto implicaba que debían prevalecer las medidas socioeducativas,

los apercibimientos, el trabajo comunitario, la libertad asistida, en tanto *la privación de libertad* como sanción debía tener un carácter excepcional y llevarse a cabo en centros especializados, siempre como último recurso y por un tiempo determinado (el más breve posible). Sólo cinco proyectos “desentonaban” la línea políticamente correcta de adecuación a las prerrogativas de la CDN, sosteniendo una lógica tutelar y la baja de edad de imputabilidad como mayor argumento para proponer una reforma legislativa. El escenario era propicio para arribar a un consenso, ya que cinco de los seis proyectos de la HCS aglutinaban más coincidencias que divergencias. Así no era descabellada la expectativa de arribar a un dictamen único o al menos un dictamen de mayoría. Sin embargo, la proximidad al acto electoral de 2007 interrumpió el proceso que probablemente hubiera concluido con la sanción de la ley.

Retomada la discusión a la sombra de los espasmos mediáticos disparados por los casos de Barrenechea, Capristo y Cáceres, el cuarto momento, al que podríamos denominar “cerraron filas... y se viene la baja”, está representado por la media sanción que obtuvo el proyecto de ley en la Cámara de Senadores a finales del año 2009, “Régimen legal aplicable a las personas menores de 18 años en conflicto con la ley penal”, con la fijación de la edad de punibilidad en los 14 años.

Cuando parecía inminente su conversión en ley, ya que el paso por la Cámara de Diputados debería haber sido un “mero trámite”, el tránsito legislativo se interrumpió, debiendo atribuirse esto fundamentalmente a dos motivaciones: a) la adopción de una postura legislativamente responsable que abogó por conferir una perspectiva de materialidad a las propuestas que emanaban de los proyectos, esto es, que luego, una vez sancionada la ley, las acciones que prevé no queden en letra muerta por falta de previsión presupuestaria. Esta posición fue proclive al envío de la propuesta remitida por la HCS a la Comisión de Presupuesto de la HCD; y de otro, el cambio de postura del bloque del FPV que retiró su apoyo a la baja de imputabilidad penal consensuada y con ello obturó el trámite, pese a la agitación mediática que produjeron nuevos casos. A este quinto momento lo podríamos denominar “estábamos tan cerca... que

casi lo logramos” y de haber sido así, probablemente el proyecto aprobado hubiera restituido la edad de punibilidad a los 16 años, ya que en la Cámara de Diputados se había logrado consenso en este punto. Este momento abarcó desde el año 2010 hasta 2012, en que el proyecto con media sanción perdió estado parlamentario y nuevamente quedamos en fojas 0, con un régimen penal de la minoridad rebosante de buena salud.

El sexto momento se inicia en agosto de 2013 luego de las elecciones PASO, con las declaraciones de uno de los principales candidatos a diputado por la provincia de Buenos Aires, quien, sin que medie episodio escabroso alguno que tuviera como protagonista a un “menor delincuente”, reinstaló a partir de declaraciones con fines de rédito electoral, el tema de la baja de edad de imputabilidad. A partir de este momento las voces estentóreas que reclamaban la modificación de la legislación penal incluyendo la baja de edad de imputabilidad empezaron a correlacionarse con el mercado de los réditos electorales y con la interpretación de la sensibilidad ciudadana de las cosas que le preocupan a la gente común y corriente. Así, las movidas más recientes en pro de la baja de la edad de imputabilidad penal procedieron de los políticos en campaña y no fueron derivaciones de acciones lesivas a la vida cometidas por jóvenes. El camino legislativo se bifurca de la agenda política y así a finales del 2013 ya se habían presentado en la Cámara de Diputados cuatro nuevos proyectos con pretensiones diversas respecto de la edad de punibilidad, pero en escenarios de discusión más hostiles.



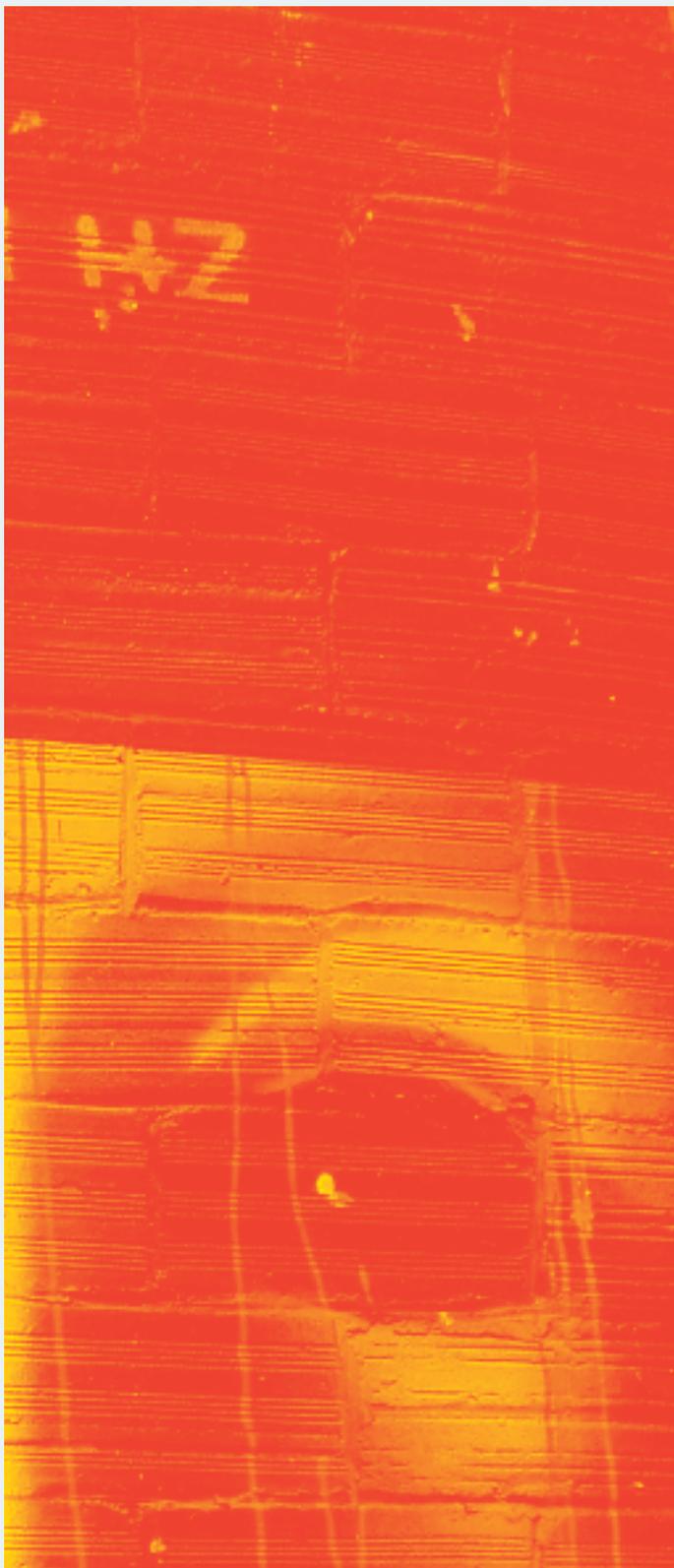
No fue difícil constatar que la agenda legislativa se agitaba a la par de la repercusión mediática de hechos delictivos graves cometidos por adolescentes, usualmente interclase, en que un joven procedente de un sector socialmente vulnerable victimizaba a un sujeto, joven o no, procedente de un sector socialmente acomodado.

No resultaría osado arriesgar un brutal aumento de la violencia punitiva estatal contra los jóvenes de sectores socialmente vulnerables, tanto más brutal cuanto que las fuerzas de seguridad se han multiplicado en forma exponencial en los últimos años y han producido una configuración de clases que confronta con intereses contrapuestos a jóvenes procedentes de los mismos sectores sociales.

Acerca del quién es quién

El principal promotor de la alianza que acaba de ganar en las elecciones, el Dr. Ernesto Sanz, fue también uno de los artífices del Servicio Cívico Voluntario, proyecto que allá por 2010 obtuvo media sanción en la Cámara de Senadores. Aquel y otros proyectos de similares características planteaban *“la creación de un Servicio Cívico Voluntario en el marco de políticas sociales y de defensa de la nación para la inclusión de jóvenes”* (proyecto del senador Pampuro); *“el desarrollo de una política de carácter reparador que contemple la inclusión social, continuidad y finalización del ciclo educativo formal y el fortalecimiento de los vínculos sociales (...para dar respuesta...) a la urgente necesidad de solucionar la problemática socio-económica de nuestra juventud, sobre todo aquella que pertenece a familias con escasos recursos materiales, por lo tanto una franja poblacional de seria vulnerabilidad social”* (proyecto del senador Sanz); *“una política de carácter contenedora y de inclusión social continua, contemplando la finalización del ciclo educativo formal, la formación laboral y el fortalecimiento de los vínculos sociales”* (proyecto de la senadora Montero), y párrafo aparte merece el proyecto del senador Rodríguez Saá, que excedía la cuestión de la inclusión social y la contención de los jóvenes y anclaba su propuesta en la *“promoción del bien común y las prácticas democráticas, la institucionalización del altruismo,*

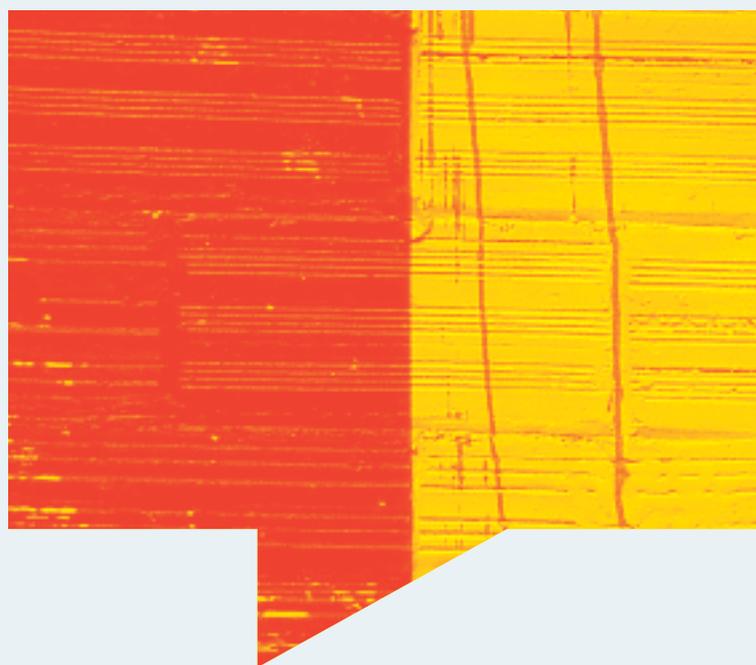
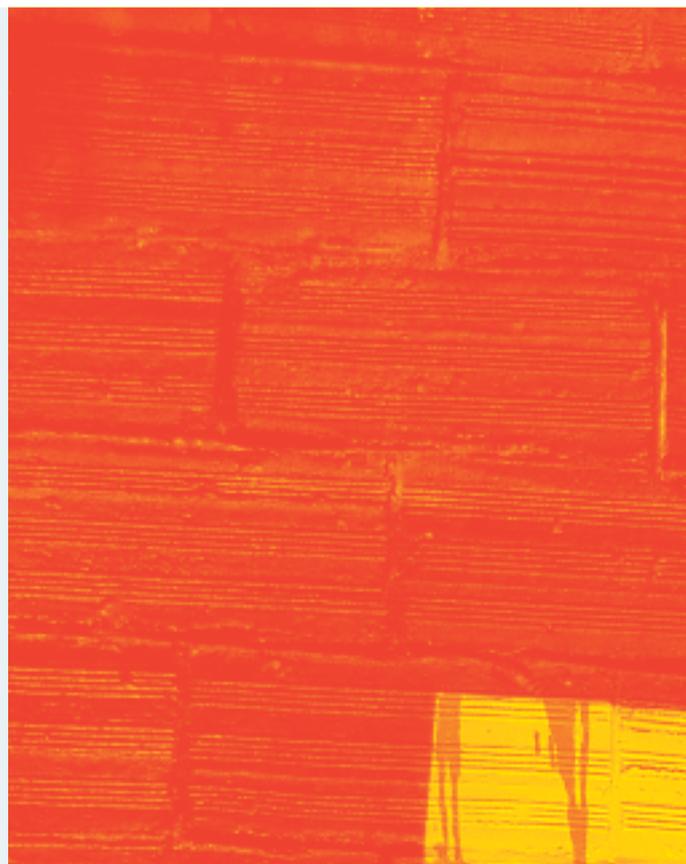
el patriotismo y la solidaridad, en todo el territorio de la República Argentina. (...y...) la importancia de la promoción, directa o indirecta, de políticas de bien común que inviten a los ciudadanos a experimentar la utilidad de las acciones altruistas y solidarias”, apuntando por este motivo no solamente a los jóvenes, sino confiriendo al régimen federal un carácter de obligatorio para el desempeño en cargos públicos. Si bien esa media sanción prescribió y no llegó a convertirse en ley efectiva, su espíritu quedó flotando y reencarnó en propuestas de convocatorias a reclutamiento de fuerzas de seguridad convertidas en verdaderas políticas de inclusión y empleo para jóvenes. No en vano estas convocatorias se enmarcan en las denominadas *políticas de seguridad para la inclusión social*, que sin eufemismo alguno asignan a las fuerzas de seguridad un papel relevante en la llegada de política social al territorio. Para algunos, este ingreso triunfal se llama *“pacificación”* –el mejor ejemplo ha sido el ingreso de los tanques en las favelas de Río de Janeiro, pacificación a sangre y fuego–, para otros se llama *“militarización de la política social”*. La misma acción decodificada en forma distinta según la lente del saber técnico político que se nutre del sentido común o la lente del pensamiento reflexivo académico que conlleva en sus genes su misión de vigilancia crítica sobre prácticas y poderes. ¿Por qué citar este ejemplo, y por qué en este contexto particu-



lar mirar a Brasil? Brasil hace un año tuvo un proceso electoral semejante al que acaba de vivir la Argentina. La elección se dirimió en *ballottage*, en segunda vuelta, y a diferencia de la Argentina, el partido en funciones en el gobierno, en persona de la propia presidenta, volvió a ganar por un margen escaso, esto es, retuvo el gobierno. El margen escaso fue un problema a la hora de la gobernabilidad, muchos años seguidos de gobierno del mismo partido, mucho desgaste, mucha erosión por parte de los medios de comunicación incansables e implacables y poco poder real. Denuncias de corrupción por doquier, falta de mayoría legislativa en el Congreso, nuevos actores políticos, diputados religiosos (bancadas evangélicas pentecostales), diputados policiales (“bancada de la bala”, esto es, legisladores vinculados a las fuerzas policiales y militares), y pedido de *impeachment* a la jefa de Estado configuraron un escenario complejo en que los jóvenes de sectores populares que conjugan la ecuación infalible de residencia en zonas periféricas, clase social baja y raza negra, no podían correr mejor suerte, y de hecho ya fueron receptores de un chasco mayúsculo en junio pasado cuando obtuvo aprobación un pedido de enmienda constitucional (PEC) que propone la baja en la mayoría de edad, situando el límite en los 16 años, cuando en Brasil, conforme a la Constitución de 1988, los menores de 18 años son inimputables penalmente (art. 228) y deben ser tratados de acuerdo al Estatuto de la Criança (ECA) aprobado en 1990, que prevé medidas socioeducativas, amonestaciones verbales, trabajos comunitarios y, excepcionalmente, medidas de privación de libertad en instituciones especializadas cuya duración no puede extenderse más de tres años. Con el PEC aprobado, que por tratarse de una enmienda en la Constitución debe ser aprobado dos veces en cada Cámara legislativa, entiéndase bien, ya no se está hablando de subir el piso de la punibilidad, ¡sino de bajar el techo! Ya no se trata de abrir la puerta de ingreso, ahora se trata de bajar el límite de edad del territorio donde debería dominar el derecho penal juvenil y la justicia especializada. Si tuviéramos que explicar esto en forma fácil y rápida podríamos decir: “Ahora los adolescentes son grandes más chicos”, es decir, ingresan al mundo adulto con todas las letras a una edad más temprana, e ingresan no por la puerta majestuosa de más y mejores derechos sino por la puerta ominosa del sistema penal, de magros derechos y donde la realidad siempre supera las peores fantasías.

Pongamos que hablamos... de Brasil

Brasil, junio 2015: había varios PEC presentados sobre la mayoría de edad penal de los jóvenes. La reconstrucción de posiciones muestra que la propuesta que prospera es de un diputado evangélico conservador, Eduardo Cunha. En primera instancia, el PEC no obtiene los votos necesarios, le faltan 5 votos para ser aprobado. La propuesta rechazada preveía que los adolescentes y jóvenes entre 16 y 18 años fueran juzgados como adultos en los delitos de violaciones, secuestros, robos y lesiones seguidos de muerte, homicidios, delitos de terrorismo, tráfico de drogas y lesiones corporales. Ante el resultado, se reconfigura el bloque de los que apoyan el PEC moderando los delitos por los que los adolescentes pueden ser imputados desde los 16 años. Así se excluyen los delitos de terrorismo, tráfico de drogas y lesiones corporales. Obtienen la aprobación y el trámite del PEC prosigue su curso. El periódico *O Globo* realiza un arqueo de posiciones y obtiene la opinión de 49 de los 81 senadores que deben expedirse. Cabe mencionar que el contrincante de la presidenta Dilma Rousseff en el *ballottage*, Aécio Neves, presenta su propio PEC, considerando el delito de los menores como “crimen hediondo”. Así como hay opciones algo más moderadas, como la del diputado Aloysio Nunes, quien asigna a la Justicia y al Ministerio Público la facultad de decidir sobre la imputabilidad de los jóvenes entre 16 y 18 años en los casos particulares, también hay posiciones más duras, y estas son asumidas por la *bancada evangélica* que alega que siendo que la justicia humana se mostró ineficaz con los delincuentes, no estaría mal evocar el Éxodo 22, es decir, cumplir con la ley divina, fuente de toda razón y justicia, que debe actuar mediante el brazo ejecutor de las fuerzas de seguridad, que tiene su propio coro de “políticos policiales” que integran la “bancada de la bala”, cuyos argumentos arraigan en el pragmatismo y la experiencia: ellos saben. Este Congreso tiene poco espacio para los movimientos sociales y los derechos humanos y son los legisladores de esas fracciones y partidos quienes encabezan una tenaz resistencia y votan en contra del PEC –Paulo Paim (PT-RS); Acir Gurgacz (PDT-RO); João Capiberibe (PSB-AP), entre otros–. Franco retroceso de los diputados “garantistas” y “progresistas” si tales conceptos no han sido vaciados ya de contenido. Cuestionan la utilidad del sistema penal, y el deficiente estado de las prisiones, verdaderas escuelas del crimen. Enfatizan en la necesidad de más educación y no más cárceles.



Volvamos a la Argentina, y a nuestros jóvenes

El discurso de la seguridad paga bien en las campañas electorales; por eso, en materia securitaria es floja la comparación entre dos modelos, no hay tal cosa: todas las propuestas de seguridad de los partidos con chance electoral son políticas que en clave de racionalidad política bien podemos ubicar dentro de la nueva derecha, sea neoconservadora, sea neoliberal, sea una hibridación neoconservadora-liberal, o la inversa, si de pesadillas se trata. En el contexto de un fin de ciclo de gobierno se impone reactualizar el análisis y configurar una perspectiva de escenarios que auguramos de gran pesimismo para los jóvenes que ingresen al sistema penal. Estamos preocupados y son varios los factores que se conjugan para dotar de materialidad a nuestra preocupación: contexto regional de reformas legislativas en países vecinos, multiplicación exponencial de las fuerzas de seguridad, intervención multiagencial en territorios, cálculos de riesgos y penologías actuariales, y lógicas de privatización multifacéticas, criminología mediática, amplificación del discurso del miedo y renovados cuestionamientos al rol del Estado en tanto garante de derechos, seguridad social y, en contraposición, reivindicación

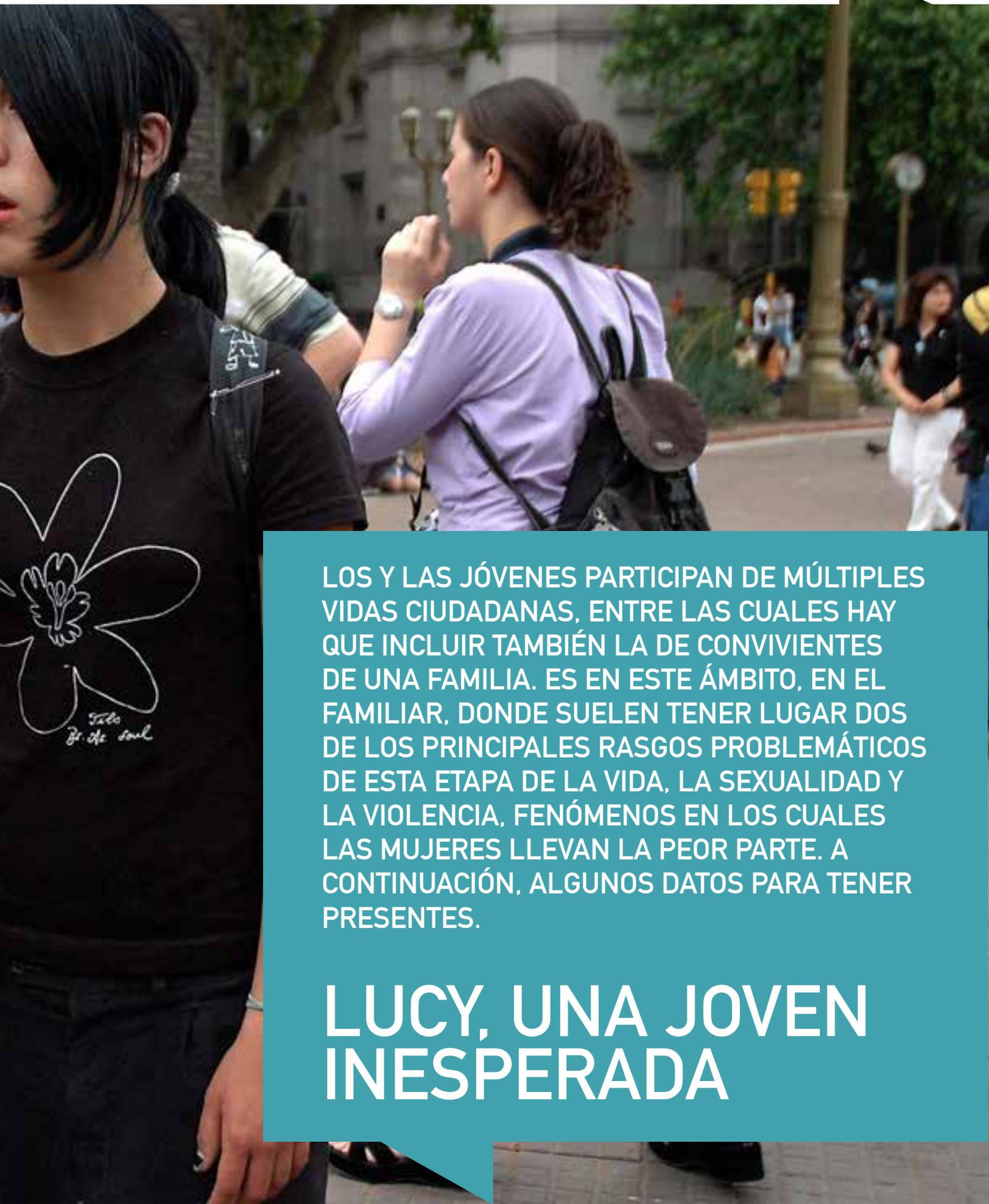
del Estado al servicio de la seguridad ciudadana punitiva, dicho en otras palabras, un Estado policial, un Estado penal, un Estado punitivo. Wacquant diría un Estado neoliberal que propone el gobierno chico de la economía y agrandamiento del Estado en el control. Wacquant va a explicar esta paradoja mostrando que el Estado neoliberal es un Estado centauro, “liberal hacia arriba y paternalista hacia abajo, que presenta caras radicalmente diferentes en los dos extremos de la jerarquía social: un rostro bello y atento hacia las clases media y alta, y un rostro temible y sombrío hacia la clase baja”.

Entonces, según han pasado los años, ya veníamos bastante complicados con la cuestión de sostener la edad de imputabilidad en los 16 años, ya resultaba cuesta arriba apelar a las mejores razones de política criminal y evocar la ineficacia del castigo cuando desde el público se confunde más seguridad con más policías, y se asimila al endurecimiento del sistema penal como el antídoto universal contra todos los males de la inseguridad, poco importa que su origen arraigue en el mercado laboral, en la seguridad social, en la falta de previsibilidad de un futuro, en la falta de cobertura, o de horizontes de inclusión plena. Si en un contexto de reducción de la pobreza, de auge de políticas de inclusión, los discursos sobre la peligrosidad de los jóvenes Ni-Ni estuvieron a la orden del día, las oleadas de pánico moral produjeron avanzadas cíclicas en pro de la baja de edad de imputabilidad penal, el coro de los legisladores punitivistas (la *bancada de la bala*, a lo brasileño) se abrió camino discursivo para legitimar que “algo debe hacerse”, en tanto el coro de los legisladores garantistas quedó neutralizado, a la defensiva, pugnando tanto más por evitar que avancen los proyectos más duros que por proponer mejores iniciativas, difícil resulta imaginar un contexto favorable en el nuevo concierto de relaciones de fuerza bajo un gobierno de signo neoliberal explícito y de derecha implícita. No resultaría osado arriesgar un brutal aumento de la violencia punitiva estatal contra los jóvenes de sectores socialmente vulnerables, tanto más brutal cuanto que las fuerzas de seguridad se han multiplicado en forma exponencial en los últimos años y han producido una configuración de clases que confronta con intereses contrapuestos a jóvenes procedentes de los mismos sectores sociales. Dicho en otras palabras, *pobres contra pobres*, los unos ejerciendo la violencia bendecida del Estado, reprimiendo a otros, a los autores de la violencia demonizada de quienes rompen el falaz pacto social de individuos libres e iguales. En este escenario, ¿se puede augurar una plausible reforma del régimen penal de la minoridad con enfoque de derechos y dotada de garantías constitucionales? ¿Qué pasará cuando eventualmente se active el coro punitivo ante algún acto delictivo cometido por un adolescente y amplificado por la criminalización mediática? Sin duda alguna, el espejo de Brasil es una alerta temprana.





por **EVA GIBERTI**. Asistente social (UBA). Licenciada en Psicología (UBA). Doctora Honoris Causa en Psicología por la Universidad Nacional de Rosario y por la Universidad Autónoma de Entre Ríos. Coordina el Programa las Víctimas contra las Violencias (Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación)



LOS Y LAS JÓVENES PARTICIPAN DE MÚLTIPLES VIDAS CIUDADANAS, ENTRE LAS CUALES HAY QUE INCLUIR TAMBIÉN LA DE CONVIVIENTES DE UNA FAMILIA. ES EN ESTE ÁMBITO, EN EL FAMILIAR, DONDE SUELEN TENER LUGAR DOS DE LOS PRINCIPALES RASGOS PROBLEMÁTICOS DE ESTA ETAPA DE LA VIDA, LA SEXUALIDAD Y LA VIOLENCIA, FENÓMENOS EN LOS CUALES LAS MUJERES LLEVAN LA PEOR PARTE. A CONTINUACIÓN, ALGUNOS DATOS PARA TENER PRESENTES.

LUCY, UNA JOVEN INESPERADA

Si se trata de edades, los jóvenes conviven en el mundo junto con los viejos y las viejas, con las niñas y los niños, con quienes están por nacer y con las personas no humanas como nuestra orangutana Sandra y sus semejantes. El decir popular y las disciplinas técnicas nuclean por edades a las poblaciones con la pretensión de ordenar las diferencias etarias, como un indicador que ayude a pensar. Si clasificamos por edades resultará más fácil entender a las personas porque se supone que, concentradas, el transcurrir de los años acumulará experiencias semejantes. Los jóvenes de veinte años se parecerán entre sí y diferirán entonces de quienes tengan treinta. Pero sabemos que hablar de juventud con criterio etario es insuficiente porque elude el contexto.

Si se trata de “los jóvenes” imaginándolos en vertiginosa juventud con destellos de futuro se espera que iluminen nuestros horizontes como garantía de promesas bellas y triunfantes. Como un termómetro en espera de la temperatura se privilegió para los jóvenes el estatuto de la “moratoria social”, había que esperarlos hasta que llegasen a la adultez.

Los jóvenes, por su parte, son varones, mujeres, personas LGTTBI, sujetos que pueden participar de las múltiples vidas ciudadanas. Forman parte de esa estratificación etaria donde se los cobija; hablamos de ellos porque amamos ser “los mayores”, nos entusiasma lo distinto que ellos introducen así como se nostalgia lo perdido y se anhela lo inalcanzable.

Los jóvenes arrastran consigo las múltiples ilusiones de aquellos que consideran “los otros”, es decir, nosotrxs. Las ilusiones, cuando de jóvenes se trata, reclaman una revisión y quizás una transformación, ya que fácilmente quedamos atrapados en la marca de la ilusión y las creencias que regulan las opiniones acerca de ellos; ilusiones y creencias que desfiguran el futuro al pretender anticiparlo mediante la soleada y luminosa figura de “los jóvenes” que mejorarían todo aquello que, en el mundo, incumplimos o amputamos.

El psicoanálisis nos apunta la idea de reducir la ilusión, soltarnos de la atadura y las creencias, particularmente de aquellas que nos conducen a confiar en quienes creemos ser; reducción que nos advierte los riesgos que acechan nuestras conciencias y nos conducen a proyectar en “los jóvenes” las esperanzas de aquello que se denomina un mundo mejor. Sin encaramarse ni sumergirse en ilusiones que otros deberían protagonizar.

Vemos a los jóvenes como personas distintas si las comparamos con nosotrxs, pero recordamos que caminábamos igual que

ellos, nos engañábamos como ellos, tal vez soñábamos como algunos de ellos; la existencia de la juventud es un fenómeno existencial previsto que necesitamos recortar y anudar como espacio propio de nuestra historia personal.

En la Argentina tenemos jóvenes con historia social propia, algunos porque inauguraron su derecho al voto a los 16 años y otros porque construyeron su identidad como H.I.J.O.S.: varones y mujeres.

Pero las mujeres en particular pueden ser iniciadas en una maternidad –deseada a veces pero también reiteradamente violadas por familiares y conocidos– que ilustra el rubro “embarazo adolescente”, que se extiende entre los 10 y los 24 años. Cifras que comparten con otras jóvenes de América latina. Dato señero que alerta frente al rubro “los jóvenes”: imposible hablar de ellos con lenguaje masculino “normalizado” por la norma genérica del patriarcado: son los jóvenes y las jóvenes.

Este es el primer alerta que estimo imprescindible: el atravesamiento que los géneros imponen. El arrastre semántico desemboca en el masculino cuando se menciona a “los” jóvenes que comparten el fundamentalismo que la idea de “niño” anticipara. El niño involucra a niños y niñas, pero la niña se mantiene oculta y silenciada en el masculino que, en diccionarios sólo recién-



temente corregidos definía a la niña como el femenino de niño. Como si no se tratase de otra persona con perfiles identitarios propios.

La ausencia de las jóvenes en los discursos que normativizan el lenguaje compromete el área del cuerpo de las mujeres jóvenes: no sólo los embarazos indeseados, también el universo de aquellas que el crimen organizado selecciona para la trata de personas, prioritariamente mujeres jóvenes, las jóvenes que son embutidas y opacadas en “los jóvenes”. El disciplinamiento de los cuerpos de las mujeres en general, mediante las diversas prácticas que los patriarcados históricos instituyeron, alcanza su acmé en esta etapa de la vida.

Más allá de la victimización que embarazos y trata de personas significan, se torna ostensible la colonización de las jóvenes mediante la imposición de cuerpos anoréxicos o arremetidos por flacuras esmirriadas, ajenos a las formas placenteras de los múltiples disfrutes libidinales.

En cambio, y como complemento venturoso que desata las alternativas corporales, del reconocimiento de las diversas sexualidades surgió la autorización para los amores lésbicos silenciados, ocultados durante décadas y que las jóvenes no titubean –aunque no todas– en instituir como derechos. A la par con los

jóvenes homosexuales que irrumpieron desbaratando los cánones de las organizaciones familiares ordenadas tradicionalmente. Entre los desórdenes que jóvenes mujeres y jóvenes varones impulsaron durante estas últimas décadas, la mostración de sexualidades diversas ganó espacios que mantienen inquietas a las familias doloridas por cambios que sienten como arrasadores. Situaciones que las juventudes –no todas– viven como triunfos y que se acompañan con cifras que estremecen y que no necesariamente se aportan como manera de conocer el mundo de los jóvenes. Desde el año 2006 el Programa “Las Víctimas contra las Violencias”, dependiente del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, que coordino, se ocupó de realizar estadísticas referidas a violencia familiar en ciudad de Buenos Aires. ¿Qué encontramos cuando rastreamos a “los jóvenes”? Selecciono datos obtenidos desde septiembre 2008 a septiembre 2015. En el rango de víctimas de 16 a 29 años, un total de 4.532, de las cuales 3.894 son mujeres y 638 varones, datos resultantes de las intervenciones en domicilio que realizan nuestros equipos después de un llamado al número telefónico 137 solicitando un móvil que transporte profesionales y un policía para intervenir en terreno, en la escena misma de la violencia. Sin desagregar los detalles ni los tipos de violencia, estos números quieren decir



que cualquiera de ellos y de ellas ha padecido golpizas de diferente envergadura, han necesitado intervenciones hospitalarias, han atravesado períodos de negligencia alimentaria y descuidos graves en la atención de su salud, conjuntamente con carencias económicas de distinta índole. Es notorio el porcentaje mayor de víctimas mujeres entre los y las jóvenes.

Y si buscamos las proporciones de jóvenes agresores localizados por nuestros equipos, encontramos 5.331 agresores/as en la siguiente proporción: 4.995 agresiones provenientes de varones y 336 actuadas por jóvenes mujeres. Estos agresores y agresoras incluyen violencia contra sus madres y padres, si bien los jóvenes agresores varones distribuyen sus violencias preferentemente contra mujeres, según el modelo clásico (resultaría extenso desagregar detalles referidos a vínculos entre víctimas y victimarios y otros datos aclaratorios).

Entonces, para hablar de los y las jóvenes corresponde incluir también sus avatares como convivientes de una familia. En el universo de las violencias domésticas son protagonistas sin necesidad de alcanzar la madurez.

No es menor la estadística que obtenemos cuando nos ocupamos de violencias sexuales que incluyen violaciones, abusos, exhibicionismo, y distintas prácticas. Si selecciono víctimas de 16 a 24 años en el período que se extiende desde el año 2010 hasta el año 2014 encontramos 3.884 víctimas mujeres jóvenes, 152 varones y una persona transgénero en Ciudad de Buenos Aires. Los agresores, también entre los 16 hasta 24 años, ascienden a 872, de los cuales 846 son varones y 26 mujeres jóvenes.

La tendencia se reitera: las víctimas prioritarias son las mujeres jóvenes. Es decir, en el panorama de las violencias y las violaciones de los derechos humanos generalizados encontramos que las violencias contra las mujeres constituyen un capítulo internacionalmente estudiado y evaluado en su peligrosidad destructiva y homicida; pero esos cuadros abarcativos, al incorporar a las víctimas etariamente y/o por nacionalidades y posiciones sociales neutralizan el segmento correspondiente a “los jóvenes” que se recorta arrastrando una filosofía específica. Porque quedan asociados con el futuro y a los horizontes prometedores dada su real competencia en los cambios culturales, sociales y políticos que introducen en sus comunidades y, mediante el implante de las nuevas tecnologías, en los barrios planetarios.

Un éxito de quienes entrecomillamos como “los jóvenes” es aquel que nos permite darnos cuenta de que estamos sumergi-

dos en la gran ilusión de creer que nos conocemos a nosotros mismos al referirnos a ellos. Sería un autoconocimiento de sujetos sujetados por el exitismo que imaginamos por ser los adultos emergentes de “los jóvenes” que fuimos.

La lectura de los textos históricos nos enseña que la cuestión de “los jóvenes” se menciona como capítulo ineludible: siempre han reclamado su lugar en el mundo, pulsionalmente eficaces marcando sus propios territorios. Parecería que también logran incorporarse en la historia si surgen cuando no se los espera. Así le sucedió al antropólogo D. Johanson que, acompañado por su colega M. Edey, exploraba el lecho de un lago en Hadar, Etiopía, repleto de sedimentos prehistóricos, fósiles aún ignotos. Arduas búsquedas no aportaban descubrimientos interesantes pero después de tres semanas de exploración encontraron no menos de un centenar de huesos del esqueleto de una joven hembra. Y al juntar las piezas del rompecabezas prehistórico los investigadores repararon en algo: Lucy, que así la bautizaron en homenaje a la canción de los Beatles, entonces popular, caminaba erecta. Y probablemente nada la diferenciaba de nuestro andar, según un descubrimiento en 1974 que se confirmó cuando, en 1976, Mary Leakey identificó en Tanzania tres series de homínidos bípedos marcados en la roca volcánica.

Lucy vivió hace 3.800.000 años. Tenía un metro de estatura y pesaba 25 kilogramos. Se la consideró joven hembra. Apareció para sorprender y modificar los cánones de la antropología de la época. “Los jóvenes” no pueden transcurrir sus periplos sin obligarnos a mirar con más cuidado aquello que aparece disperso, desordenado e incoherente. También esperanzador si logramos observarlo con el alerta encendido. Así reconocemos a Lucy: arquetipo de una joven hembra, en el origen de los tiempos.

Vemos a los jóvenes como personas distintas si las comparamos con nosotrxs, pero recordamos que caminábamos igual que ellos, nos engañábamos como ellos, tal vez soñábamos como algunos de ellos; la existencia de la juventud es un fenómeno existencial previsto que necesitamos recortar y anudar como espacio propio de nuestra historia personal.

Más allá de la victimización que embarazos y trata de personas significan, se torna ostensible la colonización de las jóvenes mediante la imposición de cuerpos anoréxicos o arremetidos por flacuras esmirriadas, ajenos a las formas placenteras de los múltiples disfrutes libidinales.

por **JULIO SARMIENTO**. *Político. Docente investigador. Facultad de Trabajo Social y Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UNLP*

por **MARIANA CHAVES**. *Licenciada en Antropología y Doctora en Ciencias Naturales con orientación en Antropología. Investigadora CONICET en el Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad, FTS, UNLP. Profesora en la Facultad de Trabajo Social y en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata*





EXISTE MULTIPLICIDAD DE MANERAS DE RELACIÓN ENTRE LOS JÓVENES Y LA POLÍTICA. POR LO GENERAL, A CADA MOMENTO HISTÓRICO LE CORRESPONDIÓ UN TIPO DIFERENTE DE PARTICIPACIÓN. EL PRESENTE ARTÍCULO RECORRE LAS IDAS Y VUELTAS DE ESTA RELACIÓN A LO LARGO DE LAS ÚLTIMAS DÉCADAS APORTANDO HERRAMIENTAS PARA ENTENDER UN FENÓMENO QUE PUEDE DETERMINAR EL FUTURO DE NUESTRA SOCIEDAD.

JÓVENES Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA: VAIVENES DE UNA RELACIÓN COMPLEJA

Algunas precisiones

En los medios de comunicación, en el debate político y en las discusiones de la vida cotidiana es posible encontrar construcciones de sentido estereotipadas sobre la juventud y la participación política. La visión del joven apático y hedonista despreocupado por el acontecer político de su sociedad convive a la par de una imagen totalmente opuesta, la del joven altruista y heroico interesado en todo tiempo y lugar por los temas públicos. Ambas representaciones, cargadas de prejuicios, obturan el entendimiento de la compleja relación que los sujetos juveniles mantienen con la política, y ocultan tras una mirada homogeneizadora las múltiples disposiciones y prácticas de las diversas experiencias y subjetivaciones juveniles en relación a la participación política. Para desandar esas visiones estereotipadas y acercarse mejor al amplio arco de relaciones entre juventudes y participación política resulta imprescindible precisar y problematizar ambas nociones.

Como la mayoría de los hechos de la vida social, la participación

política se encuentra sometida a múltiples determinaciones que la convierten en una realidad multidimensional y compleja.

Es multidimensional porque en su conformación intervienen una multiplicidad de factores como la institucionalidad dominante; la estructura social subyacente; las tradiciones políticas presentes en una sociedad y, obviamente, los acontecimientos sociales y políticos, que pueden avivarla o inhibirla.

A su vez, es compleja porque las distintas dimensiones antes aludidas interactúan de manera cambiante para darle a la participación política un carácter dinámico y particular en cada momento histórico. No pudiendo, entonces, establecerse a priori cuál de las dimensiones resulta determinante para comprender el fenómeno.

Asimismo, la participación política resulta un hecho complejo dado que es posible distinguir en ella distintos modos y grados de implicación de los sujetos. La participación política puede ir desde la predisposición a exponerse a información política hasta la toma de decisiones en las diferentes instituciones que

La etapa que se inicia con los gobiernos kirchneristas puede ser entendida como la de un nuevo encantamiento de los jóvenes con la política. Etapa que tiene puntos de contactos con la del utopismo democrático pero que se diferencia de ella en el hecho de que el eje articulador ya no es democracia o dictadura sino el papel mismo de la política y el rol del Estado.

conforman el sistema político, pasando por el voto, la formación y expresión de una opinión sobre un tema público y la militancia en organizaciones sociales o políticas.

La distinción entre “lo político”, como instancia de expresión de los antagonismos que surcan a toda sociedad humana y como espacio de lucha en torno a la constitución de determinado orden social, y la “política”, como práctica social sedimentada al interior de las formas políticas ya instituidas, contribuye a complejizar el entendimiento de la participación política. La pasión que desata saberse partícipe de un proceso instituyente contrasta con la normalización de las prácticas políticas convencionales.

A su vez, si bien en un principio la noción de participación política puede restringirse a acciones en la esfera propiamente política vinculada al Estado y lo que reconocemos como sistema político, una consideración amplia de esa noción debería incluir acciones en el marco de la economía y la cultura.

El sociólogo italiano Alessandro Pizzorno sugiere que la participación política se asocia a dos sistemas de acción social diferentes: por un lado, un sistema de acción social en el que la acción individual y/o colectiva encuentra su fundamento en la identificación de posiciones y fines comunes; por el otro, un sistema de acciones sustentado en el interés, esto es, un sistema de acción que reconoce diferencias entre sectores sociales y en el que la acción se dirige a la mejora relativa de un grupo social en relación a los otros. A lo que agregaba la necesaria existencia de una estructura de valores medianamente compartida al interior de la cual cobran sentido la constitución de una identidad colectiva o la lucha entre intereses contradictorios.

Así, la participación política puede ser definida como *“...una acción que se cumple en solidaridad con otros con vistas a conservar o modificar la estructura (y por tanto los valores) del sistema de intereses dominante”*.

De esa definición se desprende que tanto las acciones orientadas a la expresión de una identidad política colectiva y a la construcción de sentidos sobre las divisiones más significativas del mundo social como las dirigidas a la persecución del interés de un grupo en relación a otros que conforman la vida social, pueden ser entendidas en clave de participación política.

Con la noción de juventud ocurre algo similar que con la participación política, es necesario problematizar su uso

La juventud es una condición social que se define en el marco del sistema de relaciones sociales y de poder de las que forma parte. Desde el sistema de edades, joven es aquel que no es viejo, no es niño, no es adulto. Ese joven puede serlo desde diferentes opciones de género, sexuales, religiosas y de proyectos ideológicos. Se puede ser joven con dinero, sin dinero, trabajador, estu-

dante, madre, padre o novio. Además, las formas de ser joven y los sentidos circulantes frente a esa categoría social están históricamente condicionados. En este sentido, la juventud es una categoría social situada que, debido a la diversidad de situaciones sociales e identitarias que engloba, sería pertinente usar el plural. Es decir, hablar de jóvenes o sujetos juveniles antes que de juventud.

En relación a la participación política, se puede ser joven sin interés en la política, pero sí en lo político, o asignarle mucha importancia, o ninguna, o ser militante tiempo completo, o concurrente a marchas por temas de derechos humanos o ecológicos, o un insistidor de la difusión y discusión política en las redes sociales. Las personas atraviesan la experiencia juvenil, como identidad etaria, asociada a muchos otros papeles sociales y adscripciones identitarias, como sus prácticas cotidianas, eventuales o excepcionales. Algunos participan políticamente, y entre ellos, unos pocos construyen y viven su experiencia juvenil –un corto o largo tiempo– como militantes políticos.

Discursos e interpelaciones

Estos modos de ser joven en relación a la política conviven en su diversidad. Sin embargo, hay momentos en que una de esas formas cobra socialmente relevancia sobre otras. Así, por ejemplo, los años setenta son interpretados desde una fuerte asociación de sentido entre jóvenes y política, en tanto los noventa fueron años en que primó una lectura en clave de desafección política juvenil. Esas lecturas operan como un reduccionismo interpretativo del gran arco de maneras de ser joven en relación a la política que coexisten en un mismo tiempo y en una misma sociedad. Sin embargo, antes de ser desechadas, conviene explorar los elementos que aportan esas significaciones para comprender el devenir histórico de relación de los sujetos juveniles con la política.

En ese sentido, los diferentes imaginarios sobre los jóvenes y la política antes aludidos dicen mucho sobre los modos hegemónicos de interpelación de la política hacia los jóvenes y el tipo de respuestas que los sujetos juveniles motorizan frente a dicha interpelación.

Hay un modo socialmente muy extendido de interpelar a los jóvenes en relación a la política que es el “no te metás”.

El “no te metás” es una frase de uso cotidiano para hablar del vínculo con la política marcado desde el individuo en función de una acción colectiva. El “no te metás” conlleva el supuesto de un yo que puede hacer política –agencia–, y un nosotros en el que incluirse y del que se puede ser parte, tanto como algo preexistente como algo a ser creado. Además supone que el “meterse” implica una modificación del individuo –subjetividades e identidades– y una modificación de aquello en “lo que se mete”. Las representaciones del “no te metás” funcionan como metáforas del vínculo entre las personas y la política y si bien no tienen como destinatarios exclusivos a los jóvenes en gran medida es una construcción de sentido utilizada por los adultos para con los jóvenes, así como entre jóvenes.

En los años ochenta, era observable una construcción del “no te metás” asociado a la idea de peligro. Aquí primaba una ligazón entre participación política, ocupación de la esfera pública y muerte. Esta asociación de sentido tenía como trasfondo, entre otros elementos, la derrota del sujeto transformador y sus colectivos y el ejercicio del terrorismo de Estado y de sus prácticas genocidas. Esta alocución tiene la intención de alertar sobre las consecuencias que en el imaginario del enunciador puede traer el compromiso político, buscando generar en el destinatario una disposición refractaria a la participación política.

En la década de los noventa se construyó una nueva significación del “no te metás”. Esta vez se adjuntaba a la idea de que “no vale la pena”. La asociación con el peligro fue reemplazada por una mirada en que la participación resultaba impotente para

modificar la política, a la que se caracterizaba como naturalmente corrupta. Así, la acción política fue perdiendo reconocimiento social como actividad potencialmente transformadora y como vía significativa en la lucha por el poder. El “no te metás” aludía, entonces, a una deslegitimación de la actividad política y de la participación frente a un estado de cosas que se representaba como inmodificable.

El “no te metás” empezó a perder significación social con la crisis que desembocó en los sucesos de diciembre de 2001. Los movimientos sociales y las asambleas que se gestaron en aquel período eran animadas por la idea de que el “no te metás” ya había sido explorado con las consecuencias por todos conocidas y que había llegado el momento de la participación política y poner en marcha nuevas formas de organización y canalización de la acción política.

El retraimiento del “no te metás” alcanzó su máxima expresión con la movilización política que produjo entre muchos jóvenes la aparición del kirchnerismo y el modo en que el discurso de este nuevo sujeto político logró interpelarlos, al igual que muchas de sus políticas y tomas de posición frente a los antagonismos que estructuran la sociedad argentina.



Agencia juvenil y participación política en la Argentina democrática

Si deja de lado las interpelaciones sociales dirigidas a los jóvenes y la mirada se vuelca a las acciones políticas desplegadas por los sujetos juveniles pueden develarse otros modos de participación política juvenil.

En los años ochenta los jóvenes participaron activamente en la política. Muchos dirigentes del alfonsinismo, así como destacados funcionarios del Estado, se habían formado en las organizaciones juveniles del radicalismo. El Partido Intransigente, al igual que otros partidos, fue revivificado por una importante participación juvenil. Los jóvenes participaron activamente en la elección presidencial de 1983. El movimiento estudiantil se engrandeció de manera significativa con la creación de nuevas organizaciones y las que tenían más larga data fueron fortalecidas con mayor presencia juvenil. La movilización de los jóvenes respecto de demandas vinculadas a los crímenes cometidos durante la dictadura cívico-militar contribuyó a tonificar el movimiento de derechos humanos. A su vez, aunque no sin tensiones y por un tiempo limitado, hubo varias acciones conjuntas de las juventudes políticas. Entre ellas, una movilización multitudinaria en

contra de la deuda externa. La defensa del régimen democrático y su positiva valorización frente a las amenazas de una vuelta al pasado autoritario caracterizó en buena medida la participación política juvenil. El eje democracia o dictadura ordenó a grandes rasgos la participación de los jóvenes en la política durante este período. La exploración de las organizaciones tradicionales como los partidos políticos o las ligadas al movimiento estudiantil fue considerable en quienes tenían inclinación por los temas públicos, también muchos jóvenes se volcaron a activar en movimientos sociales no tradicionales. La consolidación democrática era una aspiración en muchos militantes juveniles. Desde la agencia juvenil, esta etapa puede ser considerada como de utopía democrática.

Las limitaciones del poder político democrático frente a los poderes de hecho –como la corporación militar o los grandes grupos económicos– generaron un profundo desencanto de los jóvenes con la participación política. La subordinación de la política al mercado implicó una fuerte desafección hacia la actividad política tradicional. Muchos jóvenes se inclinaron por salidas individuales y centradas en la participación en la esfera mercantil. A la par de esa desafección, la organización territorial

Las personas atraviesan la experiencia juvenil, como identidad etaria, asociada a muchos otros papeles sociales y adscripciones identitarias, como sus prácticas cotidianas, eventuales o excepcionales. Algunos participan políticamente, y entre ellos, unos pocos construyen y viven su experiencia juvenil –un corto o largo tiempo– como militantes políticos.



Los jóvenes no abandonaron la política cuando ella los abandonó. Buscaron, animaron y alumbraron otros espacios y modalidades para expresarse y participar ensanchando la esfera de la política.



de la “población sobrante” de la fase de acumulación neoliberal se impuso en muchos lugares. Los movimientos de desocupados fuertemente estructurados desde los territorios contaron con un importante activismo juvenil. Muchos de sus dirigentes fueron jóvenes, incluso alguno de ellos sin anterior participación política. El carácter de desocupado y de habitante de configuraciones urbanas marginales primó sobre la identidad juvenil, a pesar de que desde esos movimientos se afirmaba que los jóvenes de los barrios estaban ahí contribuyendo con la organización y sus actividades. El hecho de orientar sus demandas al Estado y promover el cambio social los constituía en actores y espacios claramente políticos. Es más, podría llegar a afirmarse que esos movimientos de desocupados imprimieron la primera gran derrota al neoliberalismo con significación planetaria. Durante ese período e instaladas las políticas de impunidad en materia de crímenes de lesa humanidad, la agrupación HIJOS mantuvo la cuestión en la agenda pública a través de una nueva forma de

intervención en el espacio público: los escraches. Los jóvenes no abandonaron la política cuando ella los abandonó. Buscaron, animaron y alumbraron otros espacios y modalidades para expresarse y participar ensanchando la esfera de la política. Así, esta etapa puede ser definida, guardando las tensiones que presentamos anteriormente, como de desafección política con politización de otras esferas del mundo de la vida. Otro momento lo constituyó el advenimiento de la “anomalía kirchnerista”. Esa anomalía consistió en motorizar la autonomía del poder político respecto de las corporaciones, en desocultar y exponer vivamente los antagonismos y conflictos de intereses que atraviesan la sociedad argentina, en defender la presencia del Estado en la reducción de las desigualdades sociales, y en retomar cuestiones pendientes que se pretendían cerradas como la violación de los derechos humanos durante la dictadura cívico-militar a través de acciones como la derogación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final.



Esta actitud del kirchnerismo se tradujo en niveles inéditos de politización. Las familias, los grupos de amigos, los lugares de trabajo se vieron conmovidos por esta irrupción. Lejos de provocar desafección, encendió la pasión política convirtiéndose en un nuevo eje ordenador de las relaciones sociales superpuesto a otros.

La apuesta a la potencia transformadora de la política interpeló a los jóvenes que volvieron a participar de las actividades políticas tradicionales. En este punto es interesante señalar que la anomalía kirchnerista trasvasó la frontera partidaria y fue condición de posibilidad para que aparecieran nuevos partidos políticos fuertemente animados por jóvenes.

En ese sentido, la etapa que se inicia con los gobiernos kirchneristas puede ser entendida como la de un nuevo encantamiento de los jóvenes con la política. Etapa que tiene puntos de contactos con la del utopismo democrático pero que se diferencia de ella en el hecho de que el eje articulador ya no es democracia

o dictadura sino el papel mismo de la política y el rol del Estado.

Hoy la Argentina está frente a un nuevo umbral histórico: por primera vez un partido ubicado en la derecha del espectro ideológico se ha vuelto competitivo en elecciones libres y ha obtenido un triunfo en una también inédita segunda vuelta. La manera en que esta derecha construyó su legitimidad política la predispone a la generación de intentos de construir hegemonía. La construcción de hegemonía por parte de este actor implica devolver a las clases y grupos tradicionalmente dominantes un lugar preponderante en la conducción del país, pero también conducir a los sectores subalternos incluyendo alguno de sus intereses. Para que este proyecto sea viable debe presentar a la política como una instancia capaz de contener a todos, como una vía a través de la cual se exprese una sociedad reconciliada consigo misma y que presente a las decisiones políticas, antes que animadas por intereses o ideologías, como mera cuestión técnica.

La nominación de los activistas del Pro como voluntarios en lugar de la tradicional nominación de militantes; la presentación del partido como una organización compuesta por gente que no viene de la política; la insistencia de sus dirigentes en los medios de comunicación de que ellos no están para hablar de política sino de los problemas de la gente, y el uso de significantes vacíos altamente débiles como la consigna "cambiamos", buscan operar una cierta eutanasia de la política que asegure sus intenciones hegemónicas.

Esa construcción ideológica interpela débilmente a los sujetos juveniles que poseen disposiciones hacia la política. Tal debilidad no es casual ni ingenua, resulta funcional al proyecto que representa esta nueva derecha en tanto la movilización política, en especial de los jóvenes, puede desestabilizar su proyecto de construcción de hegemonía.

Frente a este modo de interpelación subsiste otro, reactualizado por la experiencia kirchnerista, que resalta el potencial transformador de la política y que promueve sujetos predispuestos a la participación. La robustez de esta interpelación quedó en evidencia en el importante activismo juvenil, y de no tan jóvenes, que se observó en la campaña en torno a la segunda vuelta y que inéditamente rebasó con mucho a los dirigentes y estructuras del FPV.

En buena medida, el futuro de la Argentina dependerá de cuál de las formas de interpelación logre convertirse en la dominante en el mediano y largo plazo y de cómo los sujetos juveniles, juntos a otros actores sociales, activen su capacidad de agencia política a través de las múltiples dimensiones que encierra el fenómeno de la participación política.

LOS JÓVENES CONSTRUYEN SUS PROPIOS UNIVERSOS RELIGIOSOS, ELIGEN EN QUÉ CREER Y CÓMO HACERLO. LEJOS DEL PRECONCEPTO QUE INDICA QUE NO CREEN EN NADA, HAY UNA DIVERSIDAD DE CREDOS QUE OCUPAN SU ATENCIÓN Y SU TIEMPO. ¿CÓMO SE DESARROLLAN ESTAS PRÁCTICAS? ¿QUÉ BUSCAN EN LA RELIGIÓN? ¿QUÉ IMPACTO TIENEN EN LAS INSTITUCIONES RELIGIOSAS? EN LAS PRÓXIMAS PÁGINAS, ALGUNAS RESPUESTAS A ESTOS INTERROGANTES.

LAS MÚLTIPLES FORMAS DEL CREER RELIGIOSO ENTRE LOS JÓVENES ARGENTINOS



por **FORTUNATO MALLIMACI**. *CEIL-CONICET*

por **MARIELA MOSQUEIRA**. *Doctora en Ciencias Sociales. Investigadora del CEIL-CONICET. Docente UBA y USAL. Codirectora del GEIRS - Análisis reticular en Ciencias Sociales*

Reflexionar sobre los modos juveniles del creer en la Argentina actual supone un ejercicio de deconstrucción de ciertos imaginarios sociales que postulan tanto la “secularización de la juventud” como la “homogeneidad de la juventud creyente”. Con el fin de complejizar dichos postulados, presentaremos algunos resultados sobre la primera encuesta académica sobre creencias y actitudes religiosas realizada por el CEIL-CONICET. Considerando a los residentes en la Argentina que al momento del estudio tenían entre 18 y 29 años de edad, se observa que el 85,1% afirma creer en Dios y el 71,8% se declara católico, el

17,2% indiferente, el 7,6% evangélico y el 3,3% pertenece a otras religiones. Datos que revelan porcentajes altos de creencia entre los jóvenes (una considerable identificación con las religiones consideradas “tradicionales”) junto al número más alto de “indiferentes” en el conjunto de la sociedad.

En cuanto a sus motivos de adhesión a la religión, la “transmisión familiar” se configura como la opción mayoritariamente elegida con 62,4%. Observándose también que 5 de cada 10 jóvenes afirman proceder de familias “muy” creyentes.

Por su parte, el 40% de los jóvenes argentinos afirman acudir a Dios “en momentos de sufrimiento” y consideran que Dios es “el

La dimensión subjetiva adquiere una gran centralidad pues los jóvenes construyen sus propios universos religiosos “a su manera” y desde diversas fuentes de sentido.

creador del mundo” (32,5%), “un ser superior” (26%) o “un padre” (24,4%). Asimismo, si tuviéramos que diseñar un ranking de las creencias juveniles los primeros puestos son para Jesucristo (88,3%), el Espíritu Santo (80,8%), la Virgen María (76%), los Ángeles (75,1%) y los Santos (70%), mientras que la Energía (61,2%), el Diablo (43,6%) o la Pacha Mama (19,4%) gozan de menos confianza.

Si bien la “creencia en Dios” en los sectores juveniles alcanza altos niveles de aceptación, la *relación* que establecen con lo sagrado es diversa y flexible: 6 de cada 10 afirmaron vincularse con lo trascendental “por su propia cuenta”, mientras que sólo un 16,8% se relaciona a través de una institución religiosa. Este tipo de vivencia religiosa alejada de la esfera institucional se replica en la asistencia juvenil a las ceremonias de culto y en la frecuencia de consulta a “especialistas religiosos” o sea sacerdotes, religiosas o pastores: el 16,6% de los jóvenes concurre a ceremonias al menos una vez por semana y el 21,9% consulta frecuentemente a líderes religiosos. Es preciso destacar, no obstante, que estas tendencias presentan variaciones según confesión religiosa, destacándose que en los jóvenes evangélicos la relación institucional con Dios salta a 33,5%, la asistencia semanal a los cultos sube a 48,3% y la consulta frecuente a pastores se eleva a 41,8%. Lo cual configura un perfil de alta adhesión e identidad en esa feligresía juvenil.

Respecto de las prácticas religiosas juveniles, se observa que las más elegidas son aquellas desarrolladas en el ámbito de lo privado como: rezar en la casa (69,4%), consumir

libros o programas de TV/radio con contenido religioso (52%) y leer la Biblia (36,2%). Es preciso destacar que estamos frente a un amplio y complejo proceso de individuación y de cuentapropismo del creer. Asistimos a un *continuum* que diferencia poco lo público y lo privado, presente en toda la estructura etaria, que toma carices novedosos entre los jóvenes. El espacio de los consumos culturales y las redes sociales virtuales es uno de los ámbitos donde construyen sus subjetividades, sociabilidades y sus formas de creer.

Nuestras investigaciones cualitativas en el ámbito juvenil evangélico –donde estos consumos son más intensos ascendiendo 10 puntos porcentuales– nos han permitido cartografiar distintos circuitos de consumo y producción cultural en el ámbito latinoamericano, siendo los más destacados: el mundo editorial y el musical. Una infinidad de libros, programas de radio y TV, revistas, páginas web, blogs y estrellas de rock, constituyen importantes arenas de consumo a través del cual los jóvenes cristianos vivencian su fe desde su condición etaria. Estos modos juveniles del creer, donde el recurso a las tecnologías, los medios de comunicación y la industria cultural supone una de sus tantas aristas, plantea desafíos a las instituciones religiosas que, ávidas de retener y/o conquistar a las nuevas generaciones, necesitan ecualizar sus discursos y espacios de socialización. De este modo –por citar solo algunos ejemplos del mundo evangélico– aparecen “pastores para jóvenes” como Dante Gebel que desde su sitio web invita a seguir sus prédicas *online* y a “recibir la palabra de Dios” a través de Twitter o Facebook. También emergen



Reflexionar sobre los modos juveniles del creer en la Argentina actual supone un ejercicio de deconstrucción de ciertos imaginarios sociales que postulan tanto la “secularización de la juventud” como la “homogeneidad de la juventud creyente”.

portales como www.godtube.com en el que se pueden ver videos de bandas de rock cristiano o www.especialidadesjuveniles.com, donde se ofrecen diversos recursos virtuales de capacitación para aquellos “líderes” que “pastorean” jóvenes.

A la luz de estos datos, se configura entonces una triple dinámica en la experiencia religiosa juvenil que combina mayoritariamente altos niveles de creencia con una toma de distancia institucional e individuación del creer junto a una comunitarización de los más identitarios. En este contexto, la dimensión subjetiva adquiere una gran centralidad pues los jóvenes construyen sus propios universos religiosos “a su manera” y desde diversas fuentes de sentido.

En sintonía con esta tendencia, se detectan matices interesantes en las posiciones adoptadas por los jóvenes creyentes respecto de la moral sexual que sugieren un cuestionamiento a los postulados doctrinales sostenidos por las jerarquías religiosas. En la Argentina, desde la apertura democrática y frente a la creciente legitimidad que fueron adquiriendo las demandas de los movimientos feministas y por la diversidad sexual, las instituciones religiosas (especialmente católicas y evangélicas) han intensificado su intervención en los debates sobre sexualidad y reproducción, manifestando públicamente sus posiciones ofi-

ciales en torno a cuestiones como el aborto, la homosexualidad, las relaciones prematrimoniales, los métodos anticonceptivos y la educación sexual en las escuelas. Centrándonos en los datos que arroja la encuesta, notamos variaciones interesantes en la población joven.

En principio, la anticoncepción es ampliamente aceptada entre los jóvenes: 9 de cada 10 se manifiestan “muy de acuerdo” con la participación del Estado en la prevención del VIH/sida, las enfermedades de transmisión sexual y en el control de la natalidad. Es más, 8 de 10 jóvenes católicos y 7 de 10 evangélicos consideran que el uso de anticonceptivos no resulta incompatible con su “deber ser” religioso.

Esta postura se intensifica cuando se les pregunta por las opiniones que consideran válidas para orientar al Estado en las decisiones sobre el uso de anticonceptivos y el control de la natalidad. Tanto para jóvenes católicos (61,1%) como para evangélicos (41,7%), los derechos de los individuos se colocan en primer lugar; luego los planteos médicos y científicos (con un 30,5% y un 38,1%, respectivamente) y en tercer lugar, la opinión de obispos y pastores (con un 4,1% y 11,1%).

Como se desprende de los datos, la mayoría de los jóvenes reclaman para sí el derecho a la libertad de conciencia y decisión

en lo que respecta a su vida sexual y es por ello que la voz de los especialistas religiosos sobre estas cuestiones cuenta con una legitimidad muy baja en esta franja etaria.

En la misma línea, una abrumadora mayoría considera que la escuela es un lugar legítimo para la enseñanza de educación sexual. El total de jóvenes que se manifiestan “muy de acuerdo” y “algo de acuerdo” suma un 96,2%. Esta postura sube 2,2 puntos porcentuales entre los católicos y entre los evangélicos baja levemente a 81,6 por ciento.

Esta distancia que sostienen con los principios dogmáticos se pone de relieve al ser consultados por las relaciones sexuales antes del matrimonio: 9 de cada 10 jóvenes católicos consideran que el sexo prematrimonial es una experiencia positiva. En cambio, entre los evangélicos esta tendencia baja al 53,5%, lo cual revela el intenso trabajo que despliegan las instituciones evangélicas en torno a estas cuestiones sobre su feligresía juvenil.

Finalmente, el matrimonio entre personas del mismo sexo y la legalización del aborto se configuran en las dos temáticas más combatidas por el activismo religioso en la arena pública. En la Argentina, tanto la Iglesia Católica como las iglesias y federaciones evangélicas han logrado converger fuerzas, encauzar acciones conjuntas y hasta sellar alianzas frente a estos tópicos

en el seno de la sociedad civil y también en la sociedad política y el Estado.

Al mismo tiempo las posturas de colaborar en la lucha contra la pobreza, la indigencia, por un trabajo digno y la participación en la implementación de políticas sociales gubernamentales siguen siendo temáticas desarrolladas por los grupos religiosos y cuentan con amplio apoyo juvenil. Aquí también se fortalecen sociabilidades y subjetividades de largo plazo. Frente a un sentido común dominante que cree lo contrario, afirmamos que la inserción política con sus múltiples formas y acentos no está ajena en estos grupos juveniles. Nuestras investigaciones en el Programa Sociedad, Cultura y Religión del CEIL/CONICET (<http://www.ceil-conicet.gov.ar/investigacion/sociedad-cultura-y-religion>) nos muestran que se desarrollan en ámbitos del oficialismo como de la oposición.

Ahora bien, si nos centramos en la opinión de los jóvenes católicos y evangélicos frente a estos temas, nos encontramos con matices interesantes, que ponen nuevamente en cuestión la posición adoptada por las cúpulas religiosas.

Ante la frase “la homosexualidad es una enfermedad”, el 54,4% declaró estar “en desacuerdo”, el 16% “algo de acuerdo” y el 21,8% “muy de acuerdo”. Según confesión religiosa, estas respuestas registran que entre los católicos se mantienen las tendencias pero entre los evangélicos el porcentaje de desacuerdo disminuye al 39,3% revelando nuevamente mayor alineación con las posturas evangélicas oficiales.

Respecto de la cuestión del aborto, se observa que el 16,1% de los jóvenes argentinos considera que la “mujer debe tener derecho a un aborto siempre que así lo decida”, el 64,7% sostiene que “el aborto debe estar permitido en algunas circunstancias (casos de violación, malformación del feto o riesgo de vida de la madre)” y el 16,1% afirma que “el aborto debe estar prohibido en todos los casos”. Estos porcentajes varían según religión, registrándose un incremento entre los jóvenes católicos de 10 puntos porcentuales en la respuesta que acepta el aborto en “algunas circunstancias” y, entre los evangélicos, se observa un ascenso al 41,3% en la opinión que afirma la prohibición del aborto en todos los casos.

Estos datos ponen de relieve los múltiples anclajes y conflictos con las autoridades religiosas legítimas que adopta la postura en torno a la sexualidad y la reproducción en los sectores juveniles de la sociedad argentina. Las posiciones de la feligresía juvenil frente a estos temas, tienden a distanciarse de los principios doctrinarios incluso en aquellos puntos neurálgicos (como el aborto o la homosexualidad) donde el discurso oficial supone que, en términos religiosos, no deberían suscitar polémicas, ni posturas intermedias al interior de la comunidad de fe que representan.

vocesenelfenix.com